

Nahuel Filú

Una aventura en el lago



María Eugenia Velázquez

Nahuel Filú

Una aventura en el lago

Autora: María Eugenia Velázquez

Diseño de tapa: Paola Braile.

[@tengocaptura](#)

Fotografía interna: Maximiliano Gines Velázquez



Esta obra está bajo una [Licencia Creative Commons Atribución-NoComercial-CompartirIgual 4.0 Internacional](#).

A Santiago Maldonado.

Por vos y por nosotros:
memoria, verdad y justicia.

María Eugenia Velázquez

Capítulo 1



Entre Primeros Pinos y Villa Pehuenia el paisaje se vuelve prehistórico. Los autos circulan por una ruta viboreante y les¹ pasajeros tienen que lidiar con la sensación permanente de que les espera una sorpresa detrás de cada curva. A izquierda y derecha se elevan mesas rocosas que parecen haber

1 Este libro usa lenguaje inclusivo. La e es utilizada como neutro colectivo que incluye a varones, mujeres y cualquier persona de género no binario.

sido arrancadas por la mano de un gigante invisible. Coronándolas, las araucarias, esos árboles contrahechos y extraños, se reúnen en pequeños grupitos como viejas chismosas.

Pilu estaba encantada con ese paisaje insólito, tan similar al de sus sueños más bizarros. Toda la extrañeza que entraba por la ventanilla del auto era una bocanada refrescante que aliviaba un poco el ambiente de aburrimiento y calor soporífero que reinaba en el interior. Fue entonces que decidió iniciar una de sus narraciones. Buscó entre los recuerdos de las miles de películas que había visto en su corta vida, una que se adecuara al paisaje, que marcara el inicio de una aventura inconcebible. La voz engolada y de acento neutro retumbó en la carrocería muda.

—Corre el año 2015. El paisaje silencioso solo inspira paz. Nadie sospecharía que allí se han llevado a cabo más de 300 pruebas nucleares...

Sebastián, su hermano de 13 años, ni siquiera se inmutó. No porque estuviera acostumbrado, como lo estaba, a sus extensos soliloquios; o porque ya no le quedara capacidad de sorpresa para apreciar los singulares comportamientos de su hermana más pequeña; ni siquiera porque su despuntante adolescencia lo llevara a teñir con un barniz de indiferencia todo lo que lo rodeaba. Si no, porque tenía encasquetados, bien apretados sobre las orejas, unos enormes auriculares negros y

la vista clavada en algún punto del infinito del otro lado de la ventanilla. Sebastián estaba, simple e irremediablemente, en otro mundo.

—Se trataba de una familia como cualquier otra. Un hombre viudo y sus dos hijos pequeños...

Jorge, su papá, que conducía en el asiento de adelante, chequeó rápidamente el espejo retrovisor. Pilu pensó que iba a hablarle.

—Seba ¿Me alcanzás el agua que está ahí atrás?

Pilu miró a su hermano que estaba perdido en un universo propio. Y supo que sería imposible rescatarlo de allí, incluso en el improbable caso de que quisiera ser rescatado. En la mejor de las circunstancias y con viento a favor, la ola de mal humor y queja persistente que implicaría traer a Sebastián al mundo de los vivos por una cuestión tan nimia como alcanzar una botella de agua, arruinaría toda la diversión de contarse un cuento a sí misma. A sus escasos 6 años, la niña, había tenido que aprender muchas cosas por su propia cuenta y una de las más importantes era que la adolescencia era una edad difícil. No solo para aquellos que la estaban transitando, sino también para todos los que les rodeaban. Era imprescindible cruzar los dedos y ponerle una vela a cada dios para que ese momento vital se pasase pronto.

—Lo que no sabían era que más adelante los esperaba un mundo fantástico... —La voz se le puso ronca al agacharse

para alcanzar la botella de agua que estaba pegada a los pies de su hermano. —Lleno de monstruos y seres deformados por la radiación...

Jorge agarró distraído la botella de agua, sin prestar atención a quién se la alcanzaba.

—Gracias.

—Un viaje así solo podría terminar de una manera: —continuó Pilu sin molestarse en contestar a su padre, y mirando por la ventanilla volvió a perderse en los intrincados laberintos de su imaginación. —Alguien va a morir. Los afortunados lo harán primero.

En la cabeza de Pilu la película recién estaba comenzando. Era una de clase Z de la década de 1970. Una de esas viejas películas que tanto adoraba.

Luego de recorrer más de 1400 kilómetros, el auto de los Martelli por fin encontró un minuto de paz cuando su motor se detuvo frente a la vieja cabaña a orillas del lago Aluminé. El enorme espejo de agua recibió a la familia con el mutismo humilde, propio de los lugares que llevan siglos pareciéndose a sí mismos y sin embrago lo han visto todo. Pero ninguno de los pasajeros le dedicó, apenas, una mirada. Las tres portezuelas del auto se abrieron al mismo tiempo y Jorge,

Sebastián y Pilu bajaron armando una improvisada coreografía para unos ojos ausentes.

El interior de la casa era oscuro y quieto. Las paredes, acostumbradas al silencio, dormían una siesta de mamut ancestral. La puerta de la cabaña se abrió de repente y por ella apareció, enfundada en una calza a rayas negras y blancas, la diminuta pierna de Pilu. El cuadro estaba compuesto concienzudamente para que desde el interior de la casa el resto del cuerpo de la niña no se viera, aunque ninguna cámara captara los paralelismos con la archi conocida escena. La pierna se flexionó intentando parecer sensual y la voz engolada de Pilu rompió, por primera vez en años, el silencio de la sala.

—Señora Robinson, usted está tratando de seducirme.
—La pequeña pierna desapareció de pronto, y en su lugar emergió el rostro de Pilu con una ceja enarcada. —¿No es cierto?

Pilu no llegó a pensar que la escena le quedó igual a la de “El graduado” porque en ese momento Sebastián pasó descuidadamente por la puerta, casi llevándosela por delante.

Aunque ahora los auriculares le colgaban del cuello, Sebastián todavía podía escuchar los amortiguados compases de la música que continuaba reproduciéndose en el MP3. El

chico dejó caer el pesado bolso que traía en la mano y al golpear contra el suelo se levantó una nube de polvo, casi imperceptible, que le hizo fruncir la nariz sin saber por qué. Arrastró la mirada por el resto del piso y las paredes. Los muebles estaban tapados con sábanas blancas y las telas de araña colgaban de cada rincón de la casa. TODO estaba lleno de polvo.

—Este lugar es horrible.

Jorge, sordo a las constantes quejas de su hijo, entró a la sala y recorrió el interior de la casa con los ojos llenos de ayer. Reconoció en cada rincón recuerdos felices de su niñez y sonrió.

—No puedo acordarme la última vez que vine a esta casa, creo que ustedes no habían nacido todavía.

No todo puede ser indiferencia en la vida de un adolescente y los ojos de Sebastián, de pronto, se encontraron con un extraño mapa colgado de la pared. En el centro estaba dibujado, en todo el azul de su extensión, el lago Aluminé. El chico pensó que era mucho más grande de lo que parecía y se preguntó si sería posible rodearlo a pie. Luego vio, a su alrededor, las montañas marcadas con distintos gradaciones de marrón y verde. Recorriendo las montañas, como hileras de hormigas, estaban dibujadas varias líneas de puntos. En un recuadro inferior leyó “Red de senderos y rutas de montaña. Área del Lago Aluminé”. No llegó a preguntar, con fingida

indiferencia, qué significaban aquellos extraños jeroglíficos, porque de pronto la nariz se le llenó de polvo, recordándole que su vida había dado un indeseado giro de 180 grados y que ahora se encontraba, atrapado con su familia, en un lugar que aparentemente estaba alejado de cualquier tipo de civilización. Al darse vuelta, para encontrar el origen de todos sus males, vio que Jorge había levantado la sábana que cubría un sillón y al hacerlo una pesada nube de polvo había copado el ambiente instantáneamente.

—Todo sigue igual que cuando los viejos estaban vivos.

—Dijo Jorge mirando el antiguo sillón ahora descubierto.

—¿Y los abuelos vivían en esta mugre?

Jorge no lo escuchó. O hizo como que no lo escuchaba. Nada podía arruinarle el buen humor de ese día, el reencuentro con su pasado.

—Vos vas a dormir en la que era mi habitación, subiendo la escalera la segunda puerta de la izquierda. Andá a verla.

Sebastián resopló, agarró el bolso con desgano y fue hacia el interior de la casa.

La habitación era una cápsula del tiempo. Allá, por principios de 1980, un día cualquiera, alguien había cerrado la

puerta y jamás la volvió a abrir. Sin levantar los ojos del suelo, Sebastián tiró el bolso en el piso y dejó los auriculares y el MP3 sobre el escritorio. Recién entonces se dedicó a mirar, con escrutinio casi quirúrgico, el lugar que sería su habitación por el resto de su vida. En la pared había pegado un póster. Una acuarela de un hombre gritando. Que ponía, en letras finas y alargadas, “*Pink Floyd. The Wall*”. La pintura era en sí perturbadora, y sin embargo tenía algo poderosamente atractivo.

Sobre una mesa había un tocadiscos y debajo una caja llena de vinilos. Agarró el primero que encontró, ansioso por averiguar si ese aparato arqueológico todavía funcionaba. Era un álbum blanco, totalmente blanco, sin ningún dibujo ni inscripción. Bueno, inscripción sí tenía. Sobre la esquina inferior derecha, en letras negras, podía leerse “*Los Beatles*”. Al mover el brazo del tocadiscos la bandeja comenzó a girar. Lo hizo de una forma graciosa, casi torpe, pero funcionaba. Puso la púa sobre los surcos y se escuchó un ruido extraño, sucio, como de arrastre. El sonido de un avión que despegaba fue seguido, casi de inmediato, por una música movida, pegadiza. En la contratapa del disco el nombre del tema estaba escrito en castellano: “De vuelta en la URRS”, pero la canción estaba cantada en inglés. No le dio demasiada importancia. La música era buena, y con eso bastaba.

Siguiendo el ritmo con la cabeza, comenzó a revisar

distraídamente el resto de la caja. Lo primero que vio fue otro disco blanco, pero por lo menos este tenía un dibujo. Un hombre narigón, triste, con un lunar en la mejilla y una lágrima gorda en el ojo. Tenía puesto en la cabeza un pañuelo rayado que le daba el aspecto de un payaso afligido y una remera rosa con la inscripción “Almendra”. Una especie de flecha de juguete, clavada en el pañuelo, remataba la sensación de que el hombre del dibujo estaba siendo víctima de una tribu de niños crueles. El segundo disco de la caja tenía colores viejos. Una combinación cromática que nadie, en su sano juicio, pondría hoy en día en la tapa de un disco. Marrón y amarillo desgastado, un rosa deslucido. Un grupo de aviadores y algunas mujeres posaban apretujados para la foto. Las nubes se levantaban llegando hasta las letras, de un color un poco más atractivo: “*Led Zeppelin II*”. El siguiente tenía en la tapa una foto infrarroja de un hombre cantando. Al abrirlo se desplegó un póster con mujeres. Muchas mujeres, rubias, morochas, negras. Todas desnudas. Sebastián sonrió suponiendo la razón por la que su padre había comprado ese disco y subestimando las maravillas atesoradas entre sus surcos. Recién en la contratapa encontró el nombre: “*Electric Ladyland, the Jimi Hendrix experience*”, junto con tres hombres vestidos ridículamente que miraban, serios, a la cámara. El siguiente disco era negro, todo negro. En el centro estaba el dibujo de un prisma triangular por el que entraba una luz blanca y salía

descompuesta en un arcoiris. Sebastián no pudo evitar pensar que evidentemente en esa época a todos los diseñadores se les daba por usar colores plenos y, para reafirmar su incompetencia, olvidaban sistemáticamente incluir los nombres de discos y bandas. El siguiente lo descolocó, ese no podía ser un disco de su padre. Una banda de *hippies* tocando arriba de un escenario. Los pelos largos, los pantalones acampanados. “Adiós *Sui Generis*”, “Grabado el 5 de septiembre de 1975 en el Luna Park”. Su padre no escucharía nunca música de *hippies*. Y sin embargo allí estaba el disco. De pronto el pitido del celular lo distrajo de sus pensamientos. Sacó del bolsillo un *smartphone* y miró la pantalla. No tenía cobertura de red. ¡Maldición!

Jorge sacudió con un plumero las estanterías. Removiendo el polvo todo quedaba igual a como era, como lo recordaba. Descorrió las pesadas cortinas y la habitación se iluminó de pronto. El ambiente recibió el sol como un elixir de rejuvenecimiento y belleza. Detrás de la ventana el paisaje era arrobador. El lago brillaba en una calma centelleante, solo interrumpida por algunas islas, como caparazones de gigantes tortugas anquilosadas. Las costas, pobladas de araucarias y otras plantas, exhalaban un hálito de misterio. Sin embargo

Sebastián, que entró en ese momento al living de la cabaña con los ojos pegados a la pantalla de su celular, no recibió el sol con tan buena predisposición. Sus retinas, ya acostumbradas a la penumbra, se sintieron agredidas por la luminosidad. La pantalla de su celular reflejó el brillo de tal modo que era imposible ver su contenido y, para colmo de males, lo obligó a entrecerrar los ojos y fruncir la cara con desagrado.

—Che, no hay señal acá. —Dijo sin poder creer que en NINGÚN lugar de la casa hubiera señal.

—¿Para qué querés el teléfono con este paisaje? — Preguntó Jorge en mal momento.

Pilu entró en la casa con una montaña de DVDs en sus brazos. Ni siquiera llevaba la mitad de su colección, y sin embargo las cajitas eran tantas que prácticamente se le caían de las manos. No tenía ninguna intención de formar parte de la pelotera que estaba por armarse, así que a toda velocidad y haciendo malabares para evitar el desastre, salió corriendo para su nuevo cuarto. Seba seguía con los ojos clavados en su celular. La pantalla táctil se oscureció indicando que estaba por apagarse y la tocó para que revivieran la imagen y los colores.

—No hay Internet tampoco.

El futuro se le volvió negro de pronto. Sin *internet* significaba sin *Facebook*, sin *Twitter*, sin *whatsapp*, sin *youtube*, sin juegos en red. ¿Cómo se suponía que iba a comunicarse con sus amigos? ¿Cómo iba a entretenerse? Incluso ¿Cómo

pretendían que hiciera la tarea? ¿Yendo a la biblioteca? Eso era inaudito. ¿Y si no había internet en todo el pueblo? Sin creer su suerte, Sebastián se sentó en uno de los brazos del sillón y al apoyarse en el respaldo se le pegó a la mano una tela de araña. La sacudió rápidamente, pero ya era muy tarde. Se refregó la mano sobre el pantalón con asco y logró sacarse una gran porción del tejido. En ese momento Jorge levantó la sábana que cubría una mecedora y el ambiente volvió a llenarse de polvo. Su papá seguía plumereando, como si nada estuviera pasando. Como si el mundo no se hubiera venido abajo convertido de pronto en el mismo infierno, roñoso y sin *wi fi*. Sebastián se recostó sobre el sillón, mirando a los ojos a su suerte maula.

Sin poder contener la ansiedad por mostrar sus nuevos descubrimientos, Pilu volvió del cuarto vestida de forma particular. Era habitual que Pilu se vistiera de forma particular. Desde pequeña siempre pudo elegir su propia ropa, así que vestía a capricho, sin importarle las modas, las combinaciones o los códigos de vestimenta. Pero esta vez la intención Sí era disfrazarse. En el fondo del ropero de su habitación encontró una capellina y unos zapatos de taco alto, seguramente de la abuela que no pudo conocer. Rebuscando un poco más

apareció una boquilla de unos 30 cm. Vistiendo todos los tesoros encontrados, Pilu entró en el comedor derrochando glamour. Entonces recordó esa escena de “Alicia en el país de las maravillas” de Disney. Un enorme gusano -en verdad es de tamaño normal, pero Alicia está reducida- sentado sobre un hongo, fumaba de un narguile y exhalaba nubes de humo de tabaco con formas de letras. Se acercó a su hermano emulando al gusano animado y tomando grandes bocanadas de aire a través de la boquilla.

—¿Quién... eres... túuuu?

Al terminar la frase Pilu tenía la cara casi pegada a la de su hermano. Pero Sebastián, vislumbrando un futuro de aburrimiento analógico, no estaba de humor para juegos de películas.

—Salí, pesada. —La empujó sin mirarla.

Jorge esta vez no puede hacerse el distraído.

—Pará Seba, es chiquita, está jugando.

—Bien que para hablar como tonta no es chiquita. —
Dijo en voz baja, mascullando rencor.

Pilu se sintió profundamente ofendida. No había nada de malo en hablar castellano neutro. En todas las películas que había visto hablaban así y a ella le venía natural expresarse de esa forma.

—¡Papá! —Se quejó.

Jorge estaba abstraído recordando momentos de su

infancia y proyectando futuros felices sobre el aire. La discusión de los chiques² lo trajo a la realidad y se encontró, de pronto, arbitrando una pelea de la que desconocía el contenido. Cuando se es padre no hay que entender necesariamente de qué va la pelea, lo importante es retar a alguien. No importa mucho a quién, e instintivamente uno trata de acertarle al responsable.

—Sebastián, no pelees a tu hermana.

—¿Y qué querés que haga? Si esto es un embole, no hay señal, no hay Internet... ¡Ni en el sillón me puedo sentar porque me lleno de mugre!

Jorge se hartó. De un tiempo a esta parte la primera reacción de Sebastián ante cualquier situación era el mal humor. Las quejas siempre estaban a la orden del día dispuestas a contagiar de mal carácter a todos los infelices que tuvieran la mala suerte de estar a su alrededor.

—Sebastián, ¡cortála! —Dijo señalando hacia la puerta principal —Andáte a dar una vuelta y cuando se te pase la cara de ojete volvés. Y tenemos una cena familiar en paz y armonía.

Sebastián, a conciencia, puso la peor cara de culo que pudo, se levantó del sillón y caminó con bronca hacia la puerta. Todo esto era culpa de su hermana. Antes de salir se dio vuelta

2 Cuando el uso del género neutro deforme demasiado la pronunciación, se alterará la escritura de la palabra para priorizar una fonología transparente a los sistemas informáticos de lectura para ciegos.

y la miró pendenciero. Pilu trató de imitar la sonrisa burlona del gato de Cheshire. Los bucles rubios se movieron como resortes acompañando el gesto triunfal. Sebastián le sacó la lengua, se dio vuelta con rapidez, para no dar lugar a ningún tipo de contestación, y salió por la puerta. Pilu se indignó, pero ya era muy tarde para cualquier tipo de reacción.

Sebastián caminó por la costa. El lago Aluminé parecía haber sacado sus mejores galas y estar esperando ansioso que el adolescente le regale una mirada. Pero Sebastián solo tenía ojos para su teléfono. Y ninguna otra intención más que regodearse en su propia bronca y autocompasión.

—Tengamos una cena familiar en paz... —Imitó burlonamente las palabras de su padre. —¿Cuándo te importó la familia?

De pronto su *smartphone* emitió un pitido. El alma se le llenó de esperanza. Quizás había recuperado la señal. Quizás le había llegado el mensaje de alguno de sus amigos de Buenos Aires contándole lo que hicieron en el club, recordando los bigotes de la vieja de matemáticas, primera clase del próximo lunes, o diciéndole cualquier cosa que lo devolviera por un segundo a su vida normal. A su verdadera vida. Sebastián miró el teléfono. La pantalla indicaba que no había señal. Se metió

el *smartphone* bruscamente en un bolsillo y caminó mirando el suelo y pateando piedritas.

Jorge siguió limpiando la casa con esmero, como si con ese acto pudiera, a su vez, lavar la culpa que sentía por no haber estado del todo presente en la vida de sus hijos. Mientras más plumereaba, sacudía y barría, más se aferraba a los recuerdos tendenciosos de una infancia feliz y olvidaba que él también, de adolescente, odió a sus padres, criticó su forma de vida y se largó, en cuanto pudo, a vivir a otra ciudad. Creía que si podía construir para sus hijos algo parecido a lo que se imaginaba que había sido su propia infancia, quizás les chiques podrían perdonarle tanto tiempo de abandono.

Seis años antes su esposa había fallecido y Jorge se había visto de pronto como el único responsable de un niño pequeño y una bebé recién nacida. No supo qué hacer con tanto dolor y tanta responsabilidad, así que se evadió. Con la excusa de distraer la cabeza y proveer para la familia, se había metido de lleno en el trabajo. Pasaba tantas horas en el estudio de abogados concentrado en problemas ajenos, que no tenía tiempo para pensar en los propios; para sentir el dolor punzante que le había dejado la pérdida de su mujer, su mejor amiga, y que se le clavaba como una lanza en el costado.

Quedó fuera de sus cálculos que el adormecimiento emocional al que se sometía a diario había producido, como daño colateral, indolencia por sus hijos. Un día, no mucho tiempo atrás, había despertado con la sensación de que Sebastián pronto sería un hombre y él no lo había visto crecer porque había estado muy ocupado trabajando. El dolor se reactualizó con el peso que tienen las epifanías y temió que le pasara lo mismo con Pilu. Por aquella época la oportunidad, que a veces es amiga del *timing*, se puso de su lado. Le ofrecieron trabajar para una gran empresa en su pueblo natal, Villa Pehuenia. Recordó con nostalgia a sus padres, de quienes se había distanciado a los 18 años y había visto en contadísimas ocasiones antes de que fallecieran. Olvidó todos los rencores, los malentendidos y las faltas de comunicación y se centró en las tardecitas frente al lago, en los paseos por los senderos montañosos y el silencio. Ese silencio que era el trino de los pájaros, el ulular del viento, la ausencia de estrépito. En Buenos Aires eso era algo difícil de encontrar. Quizás algún domingo en un barrio tranquilo. Pero siempre había algo, un camión, un tren que pasaba y lo inundaba todo de ruido. También pensó que sería bueno que sus hijos vivieran más en contacto con la naturaleza. Si alguna vez habían visto una vaca, había sido en alguna excursión del colegio en la que los llevaron a la Rural. Se la pasaban encerrades, mirando películas o jugando a los videojuegos. Sin pensarlo dos veces,

cuando terminó el verano, armó las valijas y subió a les chiques al auto. Allí estaba ahora, dispuesto a iniciar una nueva vida, con todo y vistas al lago.

El sonido del timbre lo sacó de sus cavilaciones. Aquello le pareció extraño, ya no quedaba nadie en el pueblo que lo conociera, y era poco probable que Sebastián hubiera vuelto para tocar el timbre en su propia casa. Apoyó el escobillón en la pared y se acercó a la puerta. Pilu vino corriendo desde las profundidades de la casa y se paró al lado de Jorge, expectante. Al abrir la puerta se encontraron con un hombre pequeño y macizo. El cabello rubio y fino le daba el aspecto de un niño grande. Y en la cara traía una sonrisa tan, pero tan amplia que si hubieran prestado atención se hubieran dado cuenta de que era falsa. El hombre no les dio tiempo a reaccionar. Para saludar a Jorge apretó su mano derecha entre las propias y le sacudió el brazo con energía y firmeza. Al mismo tiempo lo empujó con delicadeza hacia el interior, y antes de que nadie se diera cuenta ya estaba dentro de la casa, como si le perteneciera.

—¡Querido Jorge! ¡Qué suerte que llegaron bien! —Dijo el hombre con un marcado acento anglosajón. —¿Qué tal viajaron?

Jorge estaba desconcertado. No sabía a quién era ese que tenía en frente, y sin embargo el otro actuaba como si lo conociera desde hacía tiempo. A la velocidad de la luz, trató de

hacer coincidir esa cara sonrosada y pecosa con la de algún rostro remotamente familiar, sin conseguirlo. Un golpe seco interrumpió la sucesión de todos los rostros que, alguna vez, se habían fijado en la retina de Jorge. Pilu acababa de cerrar la puerta y miraba al extraño con desconfianza. El hombre se dio vuelta y al ver a la niña ensanchó -como si eso fuera posible- aún más la sonrisa. Pilu, como un espejo inverso, profundizó el fruncido de su ceño.

—¡Oh! Tú debes ser la Benjamina. —Dijo mientras le refregaba con cierta brusquedad la cabeza. —¡Qué niña tan dulce!

Jorge miró alternativamente al extranjero y a Pilu buscando algún tipo de orientación. Finalmente, resignado, clavó en el hombre una mirada interrogante.

—Discúlpeme... es que...

El desconocido se golpeó suavemente la frente.

—¡Oh! Pero que torpe soy, he olvidado presentarme. Soy Alexander Luxer.

Como si alguien hubiera abierto de pronto una ventana en una habitación oscura, la memoria de Jorge se iluminó de golpe al escuchar el nombre. No podía creer que hubiera sido TAN idiota. Ese que tenía enfrente no era otro que su nuevo jefe. ¡Y él haciendo el payaso apenas se conocían! Claro que jamás se hubiera imaginado que el mismísimo director regional de “GK International” iba a golpearle la puerta de su casa para

darle la bienvenida. Y mucho menos un domingo.

—¡Señor Luser! —Se apuró a estrecharle la mano con energía. —¡Discúlpeme! No lo reconocí. No tendría que haberse molestado en venir hasta acá.

Por una fracción de segundo la cara de Alex dejó traslucir el disgusto que le provocó la alteración de sentido que implicaba la forma errónea de pronunciar su apellido. Sin embargo recuperó pronto la forzada sonrisa y con tono empalagoso corrigió el mal entendido.

—Luxer.

—¿Qué?

—Luxer. Mi apellido es Luxer.

Jorge le soltó la mano ofuscado. No podía creer que siguiera haciendo el ridículo enfrente de su nuevo jefe.

—Por supuesto.

Antes de seguir metiendo la pata decidió ponerse manos a la obra y señaló hacia el interior de la casa.

—Si me acompaña a mi despacho, podemos charlar con tranquilidad.

Alex caminó en la dirección señalada. Pero pronto se detuvo y volvió sobre sus pasos. Su primera impresión era poco prometedora, pero si Jorge era la mitad de buen abogado de lo que le habían dicho cuando pidió referencias, le convenía que trabajara para él. Siendo un extranjero sabía, de primera mano, las dificultades que implicaban mudarse a un lugar

desconocido, y lo fundamental que era, para la continuidad laboral, que la familia se adaptara bien al cambio. Personalmente no sentía particular afecto por les niñes, pero sabía que los padres suelen armar gran alboroto en lo que a ellos respecta. Así que, sobreponiéndose a la indiferencia que le generaba, se acercó a Pilu y se agachó para poder mirarla a los ojos.

—Tengo para ti un regalo de bienvenida.

Sin dejar de sonreír un segundo, metió la mano en el bolsillo interno de su campera de nobuk y extrajo de ella una gorra amarilla. Al frente tenía impresa, en letras negras, el logo de “*GK International*”. Sabía que no era mucho, pero daba por hecho que a todes les niñes les gustaba que les hicieran regalos y suponía, erróneamente, que Pilu no sería la excepción. Tratando de ser delicado, pero siendo de hecho bastante torpe, le colocó la gorra en la cabeza.

—Oficialmente ya forman parte de la gran familia de *GK International*. —Le dijo mientras le guiñaba un ojo. Y sin esperar respuesta o agradecimiento se levantó y caminó hacia Jorge. Le puso una mano sobre la espalda y juntos se dirigieron hacia el despacho. Lo último que llegó a oírse antes de que desaparecieran por el pasillo fue la voz de Alex.

—Dime *Georgie* ¿Te gusta la caza deportiva?

Una vez que se quedó sola Pilu se sacó la gorra y la sostuvo en su mano izquierda, extendiendo el brazo para

mirarla con detenimiento. Recordó el mismo gesto en una película con Kenneth Branagh.

—Algo huele mal en Dinamarca. — Dijo, probablemente, mezclando los diálogos.

La tierra blanda se abrió en un surco, dócil a la presión que ejercía la punta de la vara sobre ella. Pero no tardó mucho en oponer resistencia e impedir el paso de la rama a las profundidades de sus entrañas. Exactamente lo opuesto de lo que le sucedería a Sebastián, duro en principio, no pasaría mucho tiempo hasta que el paisaje, el pueblo y la gente hiciera mella en él. Pero por ahora todo era penurias, desazón y ausencia de tecnología en su mente. Así que dibujaba en el suelo con una varita que había encontrado en el camino. Hacía espirales, cuadrados y puntos tratando de distraerse de sus oscuras reflexiones, sin conseguirlo. Pensaba en la decisión abrupta de mudarse que había tomado su padre sin siquiera consultarlos. Creía que el origen de todos sus males radicaba allí. De un día para el otro Sebastián se había visto expulsado de su propia vida. Había tenido que dejar a sus amigos, su colegio y su barrio para ir a vivir a un lugar desconocido, extraño. Y todo porque a su papá le había salido un trabajo en el pueblo más aislado del país. También pensó que aquel

comportamiento era propio de su padre, siempre mirando su propio ombligo. Desconociendo que tenía hijos que también tenían vidas, y que quizás una decisión tan drástica podía afectarles de algún modo.

Sebastián juntó todas las esperanzas en su mano derecha y sacó su *smartphone* del bolsillo. Se lo acercó al rostro con los ojos cerrados, bien apretados, como si ésta fuera la forma de llevar adelante algún ritual ancestral que produjera el milagro. Abrió de pronto los ojos y los fijó sobre la pantalla. Pero la señal seguía allí impertérrita, no había recepción. El adolescente se volvió a guardar el teléfono en el bolsillo, descreyendo de todos los conjuros que las personas usaban en su vida cotidiana. Lleno de frustración miró los dibujos que había hecho en la tierra. Sin darse cuenta los espirales se habían ido deformando y en ese momento lo único que hacía era clavar, una y otra vez, la vara en el mismo lugar, creando un hoyito que ni siquiera era demasiado profundo. Pensó que desde entonces, y para el resto de su vida, ese sería su mayor entretenimiento, hacer hoyos en la tierra, o jeroglíficos, como los hombres de las cavernas.

Una risa lejana lo distrajo por un momento de la autocomplacencia en sus miserias. Levantó la cabeza y se encontró, por fin, con el paisaje. Hay algo hermoso en las extensas llanuras de agua quieta, algo que encanta a los hombres como el movimiento del fuego. Fiel a su pesimismo

logró liberarse pronto del embrujo y buscó entre los árboles el origen de aquella risa. Vio a lo lejos una chica *mapuche*, aproximadamente de su misma edad. Iba acompañada de un hombre mayor, con cabello entrecano y largo, que llevaba en el hombro una bolsa repleta. Aquella chica parecía feliz, ajena a todos los males de este mundo y por un segundo lo invadió la envidia. Juntaban algo del piso, quizás piedras. El hombre, seguramente su padre, era lento y buscaba en el suelo concienzudamente. Pero ella se movía, ágil como una gacela, saltando de piedra en piedra. La ladera del cerro parecía recibir el impacto de sus pisadas como si fuera de algodón, acogiéndola en cada paso con la ternura de una madre amorosa. El sol despuntaba destellos de su pelo negro y Sebastián cayó nuevamente en el hechizo del lago y de las gentes que vivían en él. De pronto su bolsillo emitió un pitido diferente del que venía haciendo hasta el momento. Quizás Sí se había producido el milagro. Quizás lo único que hacía falta para que las cosas sucedieran era creer. Sacó el *smartphone* paladeando el triunfo y al mirar la pantalla vio el símbolo de la batería tachado y parpadeante. Se le vino el alma al piso. Ya no habría ni niñas saltimbanquis, ni risas misteriosas que lo alejaran de la nube negra que, obstinadamente, parecía querer instalarse sobre su cabeza. Se puso de pie de un salto y se metió el teléfono con brusquedad en el bolsillo. Miró a lo lejos a la joven y su padre que se alejaban. Todo lo bueno parecía

huírle como a la peste. Sebastián se dio vuelta para enfrentar el lago en el mismo instante que la chica se agachó a recoger algo del piso y quedó oculta tras los largos pastos. Aquel espejo líquido parecía reírse de su suerte. Refregarle en la cara la tranquilidad de la que el joven carecía. Sebastián arrojó, con toda la fuerza que pudo, el palito que tenía en la mano. Al tocar el agua el lago cobró vida y engulló con rapidez la rama en un movimiento de ondas que se agrandaban a medida que se iban alejando del epicentro de la perturbación. El ruido en el agua llamó la atención de la niña, que no se había dado cuenta que estaban acompañades. Levantándose de entre su escondite de hierbas vio, a lo lejos, a Sebastián, que caminaba en silencio, pateando el piso con frustración. Hasta que finalmente, girando en un recoveco, se perdió de su vista.

Inara cerró con fuerza su puño. Aquel chico de pelo negro le recordaba a alguien que alguna vez había visto, quizás en un sueño. Tahie la llamó desde lejos y le preguntó qué había encontrado. La niña se acercó corriendo, sintiendo en la palma de su mano el movimiento zigzagueante. Apretó con más fuerza los dedos para que no se le escapara el tesoro que ahora le pertenecía. Al llegar al lado de su padre la adolescente abrió la mano y mostró con orgullo la piedra verdeazul.

—Un *wirünlil*.

Solo Inara podía ver la forma de lagartija que tenía ese objeto de poder *mapuche*. Para dejar de ver una piedra, a su padre le faltaban las dotes mágicas con las que Inara había nacido. Tahie le sonrió con tristeza y dejó la bolsa de piñones, que llevaba, a su lado. Le acarició la cara y miró el fondo marrón de sus ojos.

—Ya vas a tener tu oportunidad de aprender. —Dijo mientras la abrazaba.

—Ya sé papá.

—Te lo prometo

Inara había nacido para ser una *machi* pero, con la situación que estaba viviendo la comunidad *mapuche*, ya no quedaba nadie que pudiera entrenarla. Tahie se sentía responsable, y cada vez que su hija hacía algo que le recordaba sus dotes mágicas lo carcomía la culpa. Sin embargo la niña nunca se había resentido por sus circunstancias. Comprendía la complejidad de la realidad que les tocaba vivir y las obligaciones que tenía su padre por ser el *longco*, el portavoz y jefe político, de su comunidad. Tahie dio media vuelta y caminó alejándose. Al verlo, Inara no pudo reprimir la sensación de que aquella posición le pesaba a su padre como la bolsa que llevaba al hombro. Pero estaba segura de que, como los piñones que llevaba en su interior, serviría para alimentar y hacer que su pueblo siguiera vivo. Inara guardó con cuidado el

María Eugenia Velázquez

wirünlil adentro de su wallka, la cartera tejida que llevaba siempre colgando de su hombro, y caminó rápidamente hasta alcanzar a su padre.

A medida que iba anocheciendo las estrellas se dibujaban en el cielo como agujeros realizados por una polilla gigante en el manto azul-negrusco. El lago, ni lardo ni perezoso, las replicó una a una en su superficie. Sebastián caminó lentamente hacia la cabaña y en la lejanía pudo percibir que su padre despedía a un hombre rubio. Era Alex, que se subió a su camioneta 4x4, de vidrios polarizados, y se alejó de la casa junto con el potente ronroneo del motor. Jorge esperó que la camioneta desapareciera detrás de una curva y entró a la casa. Sebastián pensó en gritarle para que lo esperara, pero recordó la discusión que habían tenido y decidió que todavía no estaba preparado para hacer las paces. Así que caminó, despacio y en silencio, arrastrando los pies por el camino de grava.

Dispuesto a que el mundo lo oyera, Sebastián entró en la cabaña haciendo gran estruendo con sus pisadas. Sin

embargo no logró demostrar todo el enojo que quería, porque, ni bien puso un pie en el interior, quedó mudo de estupor. La casa estaba limpia, reluciente. Pero más que eso, lo que le llamó la atención es que todo el ambiente parecía detenido en los años 60. Los pesados muebles de madera oscura habían resucitado bajo la influencia del plumero. El sillón de tres cuerpos, antes cubierto de telas de araña, ahora hacía brillar, bajo la luz artificial, las vivarachas rayitas de colores que se dibujaban en todo el tapizado plástico que lo recubría. Y, debajo de él, podían apreciarse unas graciosas patitas cónicas de madera con punta metálica que soportaban, estoicas, el gran volumen de su peso. Las paredes estaban cubiertas de objetos anticuados y platitos pintados a mano que parecían haber salido ayer del bazar, directo a la máquina del tiempo. Se acercó a una estantería repleta de portarretratos. Algunos estaban desordenados, y, uno a uno, los fue observando y poniéndolos en su lugar. En la primera fotografía estaban sus dos abuelos. Sebastián no les había conocido, pero les recordaba de antiguos retratos que había visto alguna vez en su anterior hogar. Estaban jóvenes y sonrientes, acompañados por un chico muy parecido a él. En la siguiente los abuelos estaban solos, aún más jóvenes que en la primera. También sonreían a la cámara, como sabiendo que del otro lado les miraba un desconocido nieto. En la tercera foto, Sebastián posaba serio mirando hacia la derecha. La imagen era antigua, y sin

embargo ese que estaba ahí, desviando los ojos del objetivo, era Sebastián. De pronto una voz se escuchó a su espalda.

—Ahí tenía tu edad.

El joven se dio vuelta sobresaltado para encontrarse con la cara de su padre, ahora sí, de su edad actual. Jorge agarró la foto para poder mirarla de cerca y Seba aprovechó el movimiento para alejarse un poco de esa cercanía incómoda.

—Somos iguales, ¿eh? —Dijo Jorge sonriéndole a su hijo.

—No. —Contestó Seba terminante.

Viendo la expresión de dolor de su padre se le ablandó un poco el corazón. Y restándole importancia al asunto corrigió.

—Algo parecidos puede ser...

El carraspeo de Pilu cortó el clima de la situación. Ambos se dieron vuelta para mirarla al mismo tiempo, como gemelos que hubieran nacido con 30 años de diferencia. Pilu sostenía entre sus manos una bandeja humeante de fideos al pesto. Jorge sonrió orgulloso. Si no fuera por ella toda la casa se vendría abajo en un instante. Ninguno reparó en que había sido una nena de 6 años la que había puesto la mesa y preparado la cena para toda la familia.

—Yo, eh... —Comenzó Jorge una disculpa. Seba, que ya sabía por donde venía la mano, frunció el ceño. —Coman ustedes, yo tengo que trabajar.

—Típico. —Dijo por lo bajo Sebastián.

El adolescente se acercó a su hermana y le puso el brazo sobre los hombros mientras la acompañaba hacia el comedor.

—¿Quién hizo el pesto? —Le preguntó tratando de animar la situación.

—Es deshidratado, nomás le puse aceite. —Contestó Pilu siempre autosuficiente.

Jorge miró con tristeza a sus hijos mientras se sentaban en la mesa, soles. Suspiró pensando que mañana tendría tiempo de cenar con ellos, de compartir su vida, de verlos crecer. Mañana, siempre mañana.

Sebastián entró a la habitación todavía irritado con su padre por no haberles acompañado a cenar y descargó su enojo cerrando de un golpe la puerta inocente. Caminó hacia la cama y sin querer tropezó con la caja de discos. Le pegó una patada, esta vez bastante más suave. Porque si bien le recordaban a Jorge, quería tener oportunidad de escucharlos más tarde.

—Imbécil. —Dijo para sí mismo.

Se tiró sobre la cama boca arriba y miró el techo solazándose en su amargura.

—“Tengamos una cena familiar”. —Esta vez el tono burlón no intentaba imitar al de su padre, sino remarcar la

hipocresía de sus palabras.

Intentó dormirse y, cerrando los ojos, se dio vuelta de cara a la pared. De pronto los ruidos parecieron aumentar su volumen de forma exponencial. El tic tac del reloj era un instrumento de tortura china. Los grillos habían decidido, en ese preciso momento, iniciar todos juntos una sinfonía magistral. Incluso un pájaro chilló en la lejanía, pero se escuchó como si estuviera al otro lado de la ventana. Sebastián se preguntó cómo era posible que alguien durmiera con tanto silencio. Al darse vuelta vio sobre el escritorio los auriculares y el MP3 que había abandonado allí esa mañana. Dando gracias a todos los dioses por haberle recordado ese pedazo de ciudad, se levantó de un salto para ir a agarrarlos. Se puso los auriculares en el cuello y al darse vuelta le pareció ver algo en la ventana. Se acercó, pero lo único que pudo percibir fue una onda en la superficie del lago, que por lo demás estaba quieto. Súbitamente, de entre la oscuridad de la noche, apareció Inara que daba un paseo por la costa. Se puso los auriculares en las orejas y se acostó sonriente. Ahora sí, con la imagen de esa bella diosa *mapuche* clavada en su retina y el sonido del hogar en los oídos, seguramente podría conciliar el sueño.

Inara caminó lentamente por la costa del lago. Sabía

que lo que iba a hacer estaba prohibido, pero ya había tomado la decisión y era tarde para arrepentirse. Se sentó en una piedra y contempló el agua. En su profunda oscuridad se reflejaban la luna y las estrellas. Suspiró hondamente y sacó una *wada*, una maraca ritual, de su *wallca*. Se dijo por enésima vez que lo hacía por su pueblo, que eso era lo mejor para todos. Y que a pesar de su escaso entrenamiento ella tenía un gran poder. No logró convencerse del todo, pero aún así se puso a cantar, muy bajito, en idioma *mapudngun*.

El compás que marcaba la *wada* y su propia voz, transfigurada por las palabras ancestrales, la fueron induciendo de a poco a un estado aletargado. Sin darse cuenta comenzó a moverse al ritmo de la música y, más pronto que tarde, sintió que su cuerpo ya no le pertenecía. Su garganta había sido tomada por algún espíritu antiguo. Su corazón latía con la fuerza de otros tiempos, de otro lugar. Sería imposible para ella saber si estuvo horas, minutos o segundos en ese trance. Solo volvió en sí cuando, desde el centro del lago, el enorme rayo azul salió disparado hacia los cielos. El estrépito que lo acompañó y la increíble fuerza centrífuga, que casi la tiró de la piedra, obnubilaron sus sentidos. En apenas un segundo estaba parada en sus dos pies, más alerta que nunca, y preparada, con todo el brío de sus instintos, para luchar o huir. Sin embargo, al mirar a su alrededor todo parecía en calma. Los grillos cantaban su habitual sonata nocturna. Y el lago estaba

tan quieto como si estuviese congelado. Pensó que quizás se había quedado dormida. Quizás lo había soñado todo y sus poderes no eran tan fuertes como creía. El espacio a su alrededor se hizo, de pronto, gigante. Se sintió pequeña y ridícula. Y sin embargo no podía controlar ese temor palpitante que sentía en el centro del pecho. Con la lentitud de alguien que se encuentra frente a las fauces abiertas de un león, guardó la *wada* en su *wallca*. Despacio, muy despacio, dio el primer paso hacia atrás. No apartó un segundo los ojos del lago estático. Tenía la sensación de que en cualquier momento un monstruo mitológico iba a salir de sus aguas para tragársela de un solo bocado. Apenas puso algo de distancia entre sí misma y la costa, se dio vuelta y corrió. Corrió con toda la fuerza que pudo, como si el diablo le pellizcara los talones.

Capítulo 2



El lago se despezó con calma. El sol salió de entre los cerros como todas las mañanas. Los pájaros lo saludaron con sus habituales trinos de bienvenida, de agradecimiento. Y el viento ululó entre las copas de los árboles del mismo modo que lo había hecho durante siglos. Todo continuaba exactamente igual, repitiéndose día tras día. Excepto por el auto de los Martelli, que estacionó por primera vez frente a la escuela del pueblo. Sebastián y Pilu bajaron con la expectativa y la ansiedad que genera el primer día de escuela en un lugar

desconocido. Algunos niños entraron por la puerta principal del colegio, y a Seba se le iluminó la cara cuando vio que entre ellos se encontraba Inara. Pilu se entretuvo saludando a su padre con la mano mientras el auto se alejaba despacio. Y cuando se dio vuelta vio que su hermano ya le había sacado mucha ventaja.

—¡Sebastián! —Lo llamó mientras comenzaba a trotar en un intento vano por alcanzarlo. Seba apenas se dio vuelta para mirarla.

—¡Estoy llegando tarde! ¡Nos vemos en el recreo!

Pilu enlenteció la marcha y se preguntó extrañada por la celeridad de su hermano, que nunca había sido demasiado entusiasta en lo que a la escuela se refería. La distrajo la mirada sorprendida de un niño que pasaba a su lado. Preocupada, chequeó si tenía alguna mancha en el guardapolvos nuevo. El tutú rosa se lo levantaba un poco, pero por lo demás estaba perfectamente alineado. Los pantalones camuflados que llevaba por debajo estaban impecables. No encontró ningún desperfecto en su indumentaria y caminó relajada hacia las puertas del colegio. Entusiasmada y expectante por conocer a sus maestros y sus nuevos compañeros.

El timbre del recreo retumbó sobre las paredes del patio embaldosado. Y de pronto una andanada de niños entró corriendo y gritando entusiasmados. Pilu en cambio entró imbuida de una perfecta calma. Estaba dispuesta saborear, con la parsimonia de un epicúreo, cada instante de ese nuevo primer día de escuela, que hasta el momento solo venía dándole satisfacciones. Vio a Sebastián que estaba parado, como una estatua de sal, en el centro del playón y se le acercó con entusiasmo.

—¡Este es un colegio genial! ¿Cómo te ha ido a ti en tu primera clase? —Sebastián pareció no escucharla. Paseaba la mirada de un lado a otro del patio, buscando algo, o a alguien.

—Seba. ¿Cómo te ha ido en clase? —Repitió. Esta vez tirando del guardapolvos de su hermano, segura de llamarle la atención. Sin embargo Sebastián solo tuvo ojos para Inara, que descubrió sentada al sol, leyendo un libro. Como un autómatas dio unos pasos en su dirección, desatendiendo a su hermana.

—¡Sebastián, te estoy hablando! —Reclamó la niña, y Seba lo sintió apenas como un mosquito molesto en una noche de verano.

—Ahora no Pilu, tengo cosas más importantes que hacer, no molestes. —Respondió casi por inercia. Y continuó, hipnotizado, caminando en dirección a Inara. Pilu lo vio alejarse y durante unos segundos se sintió decepcionada. Pero ese tipo de sentimientos negativos nunca lograban instalarse

por demasiado tiempo en el alma entusiasta de la niña. Y así como así, se olvidó del asunto y se dispuso a ir a buscar a sus nuevos compañeros para jugar con ellos.

Con el corazón palpitándole en las sienes, Sebastián, se sentó disimuladamente junto a Inara. A la niña también le saltó el corazón en el pecho pero, impertérrita, continuó haciendo como que leía su libro. Con los ojos clavados en el piso, Sebastián se preguntó cómo había sido posible alguna vez que una persona le hablara a otra que le gustaba; si era factible que alguien se sobrepusiera a esa inconmensurable sensación de zozobra que sentía, para mirarle a los ojos y decirle “hola”. Llenándose de valor espió fugazmente lo que hacía Inara, que no era más que leer su libro como una ninfa sentada al sol, y volvió a clavar los ojos en el piso, muerto de miedo. A Inara las letras del libro se le volvían un acertijo indescifrable. Se le mezclaban y confundían haciendo imposible darles algún sentido. Respiró hondo y tomó coraje para dar una rápida ojeada en dirección a Sebastián. El resultado fue aún peor. Cuando volvió la mirada a las páginas ya no encontró palabras en ellas. Solo veía la verde profundidad de los ojos del adolescente. Y el pelo renegrido que opacaba y dejaba en ridículo el negro de la tinta, como si después de aquella visión

fascinante, la tinta no pudiera decir siquiera que tenía una cualidad parecida a un color. Finalmente Sebastián se decidió a dar el gran salto. ¿Qué es lo peor que podía pasar? ¿Que por una palabra que saliera de su boca Inara lo menospreciara y no quisiera volver a verlo jamás en su vida? Bueno, era posible. Pero es mejor vivir en el desprecio que en la incertidumbre. El adolescente miró a Inara fijamente, y con total decisión abrió la boca para decir algo. Sin embargo no emitió ningún sonido. Y al darse cuenta que había quedado con una expresión rara en la cara, cerró la boca resignado. De pronto vio claramente por donde estaba su punto de entrada. El libro que leía la niña era sobre mitología *mapuche*. Y sintiendo que nadie había hecho nunca un comentario más acertado e ingenioso dijo:

—Vos sos *mapuche* ¿no? —Inara lo miró con desdén.

—¿Vos sos *huinca*? —Dijo como única respuesta.

Sebastián no sabía qué significaba la palabra *huinca*. Pero no tenía ninguna duda de que había metido la pata. Se despreció a sí mismo por haber hecho un comentario tan estúpido, tan evidente. Y con eso haber desperdiciado la única oportunidad que había tenido de caerle bien a la adolescente. No solo tenía la certeza de ser un idiota, lo peor es que ahora Inara también lo sabía. Volvió a clavar los ojos en el piso y buscó entre las piedrecitas alguna forma de salir del entuerto. Sin embargo a Inara, al verlo tan amilanado, se le enterneció el corazón. Está bien, Sebastián había empezado con el pie

izquierdo. Pero ella había estado muy dura. El chico no tenía por qué saber nada de los *mapuche*. Y en todo caso con ese comentario, por muy tonto que fuera, demostraba que sentía algo de curiosidad por su pueblo.

—Yo soy Inara ¿vos? —A Sebastián le volvió el alma al cuerpo. Quizás no todo estaba perdido.

—Sebastián. Me mudé hace poco con mi viejo y mi hermana.

—¿Y tu mamá?

—No, mi mamá se murió.

Inara se puso seria de golpe. Y a Sebastián le entró el pánico. ¿Cómo podía haber vuelto a meter así la pata? ¿Cómo le iba a decir, en las primeras tres frases que le dirigía a la chica de sus sueños, que su mamá se había muerto? Evidentemente cada palabra que salía de su boca era un tren hacia el desastre. Así que trató de restarle importancia a la cuestión.

—¡Igual hace mil años, eh! ¡Ya ni me acuerdo! —La expresión de Inara no se modificó.

—Mi mamá también se murió.

—Ah... —Ahora sí que estaba jodido. No sabía cómo, pero se las había arreglado para que en una sola conversación Inara pensara que era un estúpido y además se sintiera pésimo recordándole el fallecimiento de su propia madre. Decidió que a partir de ese momento no iba a volver a abrir la boca, porque

cada vez embarraba más la cancha. Lo mejor que podía hacer era mirarse la punta de los pies y mantenerse callado, tal como lo estaba haciendo en ese instante, y esperar que la incomodidad y el mal momento pasaran lo más rápido posible.

—Hay algo que me pone contenta cuando pienso en mi mamá. —Dijo de pronto Inara. Sebastián le sonrió aliviado. —Esto me lo contó el hombre que fue *longko* antes que mi papá. —Sebastián no tenía la más pálida idea de qué era un *longko*. Pero fiel a su determinación de mantenerse callado el mayor tiempo posible, no dijo nada. Sin embargo algo de su desconcierto debió reflejarse en su cara, porque revoleando los ojos como si le estuviera explicando cosas básicas a un niño pequeño Inara le aclaró: —Cacique.



“Esto fue hace mucho tiempo, cuando la empresa GK recién se instalaba en la región y empezaba a robarnos las tierras”

El sol se filtró entre las ramas de las araucarias en afilados bastones dorados. Las pelusitas, indiferentes al restringido espacio que marcaban las sombras, bailaron alegremente. Deslizándose como estrellas de *music hall* por la escalera dorada de un escenario hollywoodense. Todo esto estaba

acompañado por una orquesta de pajaritos salvajes que desde las ramas de los árboles entonaban las canciones más alegres. De público oficiaba un huemul, que parado sobre un cerro oteaba el horizonte con la rigidez de una estatua de hielo. De pronto se escuchó el ruido de un enorme árbol al caer; de un árbol centenario. El huemul instintivamente salió corriendo, alejándose lo más que pudo del peligro.

La enorme topadora apoyó sus dientes de hierro contra la corteza de aquel árbol ancestral. Y con la fuerza de cientos de toneladas empujó, y empujó más fuerte. La araucaria opuso toda la resistencia que pudo, pero eventualmente cedió ante el peso del monstruo metálico. Las raíces se levantaron como garras arañando el suelo. Resistiéndose con la fuerza de los sueños de los impotentes. Pero ya no había nada que pudiera hacerse. Detrás de la gigantesca máquina se veía un camino de tierra levantada y árboles agonizantes. Ninguno de ellos había logrado oponerse con éxito ante el caos de la destrucción.

El capataz y los obreros llevaban puesto un casco amarillo con el logo de *GK International*. Y a fuerza de gritos, grúas y cuerdas lograron erguir un poste de hormigón que continuaba, uno tras otro, la larga hilera de mástiles de concreto en la zona deforestada. Más allá, otra cuadrilla iba uniando las columnas con alambre tejido. Creando una muralla que dividía lo suyo de lo nuestro. Partiendo el cerro en dos, con la reminiscencia aterradora de otros muchos muros que habían dividido el

mundo tantas veces con anterioridad.

Como un testigo mudo e impotente el viejo *longko* miró el destrozo hecho por el hombre y la máquina. Había sido el jefe de su comunidad por muchos años, y a pesar de haber participado de muchas crisis y dificultades, nunca se había sentido tan desgarrado por dentro como en aquel momento. Contaba ya 75 primaveras y sentía que las fuerzas lo habían abandonado en el preciso instante que el primer árbol fue destrozado por las garras implacables de la colosal empresa.

“El viejo longko sintió un día que dos de sus hermanos, que ya habían muerto, lo llamaban para que se uniera a ellos”.

La voz imprecisa de sus hermanos lo guió hacia el cerro. Era la misma voz que esa misma mañana lo había compelido a tomar la cuerda de cuero que ahora arrastraba, desanimado, por el suelo. Abandonó la escena del desastre caminando lento, como un autómatas, mientras la cuerda se iba llenando de tierra y ramitas. Tan herida y sucia como él se sentía en ese momento. A lo lejos se escuchó el ruido de otro árbol centenario que caía.

“Por la vergüenza sufrida y su impotente ira, el deseo de convertirse en alma creció en él. Con esa idea se fue al cerro bien pertrechado con una cuerda de cuero”.

María Eugenia Velázquez

No supo cuanto tiempo caminó por el cerro. Simplemente pareció despertarse de pronto, de pie, en lo más profundo de un bosque de araucarias. Lejos ya del clamor agonizante de los árboles muriendo. Miró a su alrededor y no supo donde estaba. No reconoció el lugar ni las plantas, ni las piedras. Caminó un poco más y salió a un claro, en el medio del cual encontró la negra boca de una caverna.

“De improviso, en un paraje, encontró una cueva que nunca había visto antes”.

El gélido aliento que salía de las profundidades de la roca lo llenó de espanto. Pero era de allí de donde sentía con mayor fuerza el llamado de sus hermanos. Tomando coraje se aventuró al interior, oscuro y húmedo, de la piedra. Los ecos de sus pasos retumbaron en las paredes irregulares. Se preguntó quien, o quienes, habrían podido hacer aquella colosal pieza de ingeniería sin que nadie lo recordara. Sin embargo pronto se dio cuenta que aquello no era obra de las manos de la gente de la tierra, porque a cada paso lo seguía una claridad de día, y sin embargo no había ninguna fuente de luz a la vista.

“Después de entrar por la boca de la cueva y caminar por galerías llenas de brillo y resplandor, aunque no había sol, se encontró de pronto frente a una escalera que bajaba: lo cual hacía suponer

Nahuelphilú. Una aventura en el lago.

que, por ella, se llegaba hasta lo más profundo de la tierra”.

El viejo *longko* miró la profundidad negra que se abría a sus pies. No era posible saber hasta dónde descendía aquella escalera. Si hubiera tenido que adivinar hubiera dicho que no tenía fin. Dio el primer paso sobre un escalón bien formado y a medida que continuó el descenso, la extraña luz que lo seguía fue estrechándose. Al poco tiempo ya no se veía ni el principio ni el fin de la escalera. Solo las paredes de piedra, frías y mudas, y aquellos escalones que iban apareciendo bajos sus pies y parecían extenderse al infinito, tragados y regurgitados una y otra vez por las sombras.

“Fue descendiendo durante horas y horas. Delante de sí parecía abrirse un abismo oscuro y profundo.”

De pronto un destello azul y titilante se dibujó en la hondura. Aquello le infundió esperanza y continuó la marcha a paso firme. A medida que iba acercándose la luz se fue volviendo más nítida, hasta que se convirtió en una llama azul y mágica.

“Por fin, sintió el duro suelo bajo sus pies y vio claramente que estaba a orillas de un río”.

El alivio que sintió al pisar, por fin, la tierra firme lo hizo dar

un suspiro hondo. El tintinear del agua entre las piedras lo llenó de paz y su rostro recibió la luz del sol como un bálsamo. El cielo era azul y despejado, y al otro lado del río se percibía una tierra fértil y virginal. Como si ningún hombre hubiera pisado nunca aquel territorio fantástico. Continuó caminando a orillas del río, fascinado por el verde espesor de la flora que se extendía al otro lado.

“Allí, le cerró el paso un guardián que resultó ser Trempulkawe”.

Aquel varón medía al menos dos metros de alto y su espalda era tan ancha como un ropero. A pesar de que el viejo *longko* nunca había visto su cara, supo de inmediato que se trataba del barquero *Trempulkawe*, el antepasado que guiaba las almas de los fallecidos al Ng'llcheñmaiwe, al mundo inferior. El coloso gigante lo increpó de pronto:

—¿Qué buscás acá? ¿Sos todavía un vivo o ya estás muerto? ¿A qué clase de gente pertenecés? ¿Por qué no llevás con vos un perro negro? ¡Hablá!

El viejo *longko* quedó petrificado cuando escuchó la imponente voz del guardián del inframundo. Pero supo que tenía que contestar rápidamente. *Trempulkawe* no se caracterizaba por su paciencia y ternura.

—Estoy vivo, pero mis hermanos me llaman. Quiero cruzar al otro lado del río.

Trempulkawe se dio vuelta parsimoniosamente. Su intención no era hacer esperar al viejo *longko*, pero su gigantesca estructura no le permitía realizar movimientos demasiado ágiles. Una vez que logró girar el monumental cuerpazo, distinguió del otro lado del río a dos jóvenes *mapuche* que agitaban los brazos con impaciencia. Nuevamente pareció tardar una eternidad hasta volver a quedar de frente al anciano.

—No. Porque si te llevo al otro lado del río, jamás podrás volver a la superficie. —Levantó una gigantesca mano y señaló las aguas turbulentas. —Este río se llama *Küllenleufü*, arroyo de lágrimas, y nadie lo atraviesa dos veces. ¿Tenés algún mensaje para los ya idos?

El viejo *longko* miró por debajo del brazo de *Trempulkawe*. Sus dos hermanos se veían mucho más jóvenes y vitales que cuando habían fallecido. Agitaban las manos en el aire con insistencia, llamándolo. Lo invadió una enorme felicidad y añoró el reencuentro.

—Quisiera hablar con mis hermanos y pedirles consejo. Al otro lado del río *Küllenleufü* todo parecía idílico. Aquel era claramente un lugar donde los problemas y el tiempo no existían. Los árboles y plantas rebozaban de frutas y flores en una primavera infinita. Las bestias y los hombres podían convivir en una armonía libre de cualquier temor. Al menos así lo evidenciaba una liebre que saltó fuera de un matorral

María Eugenia Velázquez

delatando su posición. Y el huemul que pastaba serenamente junto a los dos *mapuches*. Incluso un puma, que tomaba el sol a unos escasos metros, bostezó indiferente ante la presencia de los humanos y los otros animales que se encontraban a su alrededor.

“A pesar de la hermosura que podía ver en la otra orilla, el viejo longko se asombró de que aún no sintiera deseos de vivir ahí.”

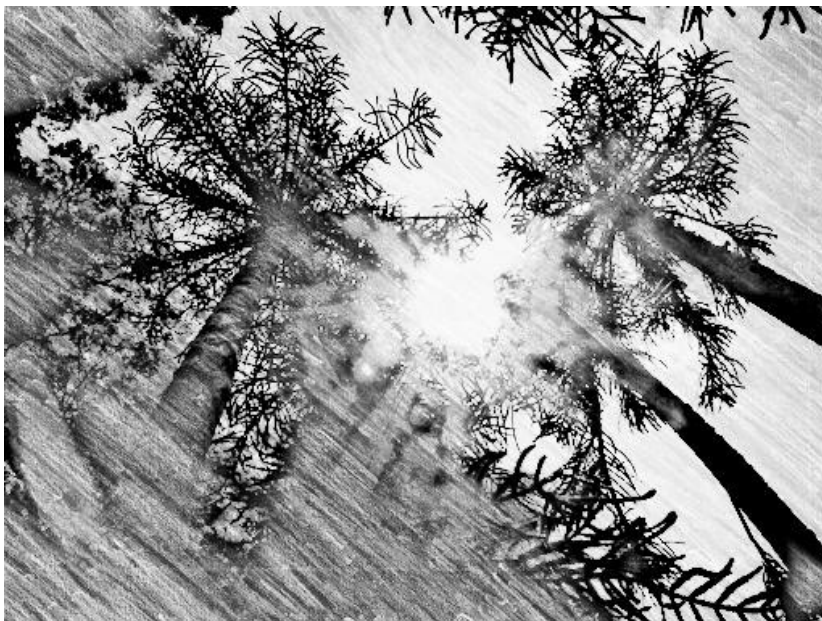
Trepulkawe, que parecía haber estado sumamente abstraído mientras el viejo *longko* observaba el paisaje, de pronto habló:

—Tus hermanos te mandan saludos. Dicen que falta poco para que te unas a ellos, pero que ahora tu deber es llevar adelante la lucha por la tierra. Se avecinan tiempos de gran pesar y tu pueblo te necesita.

El peso de la realidad que sufría su pueblo lo alejó definitivamente de las maravillas que podían disfrutarse en el *Ng'llcheñmaiwe*. Cerró los ojos y suspiró profundamente. Sabía que pronto llegaría el momento de partir, pero su presente era lucha.

Incluso con los párpados cerrados pudo verse a sí mismo tirado sobre la tierra en el medio del bosque de araucarias. Comprendió que su espíritu había salido de su cuerpo y que ya era tiempo de regresar a él. Cuando abrió los ojos vio los haces de luces atravesando las hojas de los árboles y sintió cómo una

lágrima solitaria rodaba por su mejilla.



Durante todo el tiempo que duró el relato, Sebastián no pudo apartar los ojos de Inara. Y sin darse cuenta se le había abierto un poco la boca, lo que no colaboraba demasiado en que Inara modificara la imagen que se había formado de él. Incluso durante los últimos segundos se había olvidado de respirar. Por eso cuando la adolescente terminó de hablar, no hizo más que llenarse los pulmones de aire, hasta que

finalmente pudo emitir alguna palabra.

—¡Wow! ¡Qué buen cuento! —Dijo Sebastián lleno de entusiasmo. Inara lo miró con suficiencia y negó con la cabeza.

—No es un cuento.

Sebastián pensó que ya no cabía más en su asombro, y sin embargo las últimas palabras pronunciadas por Inara le abrieron todo un nuevo nivel de estupefacción. Aquello había sucedido en la realidad y eso implicaba que había todo un mundo que él no conocía. Inara sonrió con satisfacción, sintiendo que había logrado su objetivo.

—La cuestión es que saber que los muertos van a un lugar tan hermoso me reconforta.

Inara miró a Sebastián por primera vez directamente y sin reservas. Y éste le devolvió una sonrisa encantadora. Lo hizo espontáneamente, sin pensarlo. Por eso el gesto resultó tan atrayente. Realmente Sebastián no tenía ni idea de lo lindo que era, y lo mucho que podía llegar a cautivar a las personas, al menos no todavía. De pronto Inara se encontró con la profundidad de sus ojos verdes y sintió que una bandada de mariposas le salió del estómago y se instaló en su garganta. Antes de que el chico pudiera percibir el rubor que se asomaba por sus mejillas, bajó la mirada y la clavó en la tapa del libro que sostenía ente sus manos. Sebastián supo que el libro y la cultura *mapuche* eran su puerta de entrada.

—¿Me prestás un libro? Así aprendo un poco más de

todo esto. —Dudó un poco antes de lanzar la propuesta, porque le pareció un poco atrevida. Sin embargo pensó que no encontraría una mejor oportunidad. —Nos podemos encontrar a la nohecita, así me lo alcanzás.

—Tenemos una biblioteca virtual en el portal de la comunidad. Si querés te paso la dirección por mensaje.

—¿Tienen un portal de la comunidad?! —Dijo Sebastián, un poco demasiado sorprendido para el gusto de Inara.

—¡Claro! ¿Qué pensabas, qué éramos unos bárbaros? —contestó sarcástica.

—¡No, bueno...

Sebastián sintió que su mundo se desmoronaba. Cada vez que daba un paso adelante hacía dos para atrás. Toda la confianza que se había auto impuesto para invitarla a verse más tarde y fuera del colegio, se evaporó de pronto y en su lugar apareció un profundo sentimiento de vergüenza.

Inara enseguida se percató de que había estado un poco dura. Después de todo Sebastián recién llegaba a la región. No podía culparlo por no saber nada de la cultura *mapuche*, y por lo menos estaba haciendo un esfuerzo. Acarició la tapa del libro que tenía sobre la falda y recordó la inmensa biblioteca que tenía en su casa. Un libro no se le niega a nadie, es como un vasito de agua.

—Bueno... tengo uno que no está en la biblioteca

virtual. Nos podemos encontrar y te lo alcanzo...

—¡Genial! Nos vemos a la noche entonces.

Sebastián se llenó de felicidad. Todos sus esfuerzos habían dado frutos. No solo iba a ver a Inara más tarde, también podía aprender algo de la cultura *mapuche* y no volver a quedar como un tonto ante sus ojos. Sonó el timbre y fue como si la campana lo hubiera salvado, tenía que ir otra vez a clase y de esa forma evitaba volver a meter la pata cuando el viento estaba soplando a su favor. Se levantó de un salto y se despidió de Inara agitando la mano en el aire. Se dio vuelta y caminó triunfal hacia el interior. De pronto se acordó que no habían quedado en ningún lugar, así que levantando un poco la voz le gritó a Inara desde lejos.

—¡En la costa del lago!

Inara asintió en silencio y vio como Sebastián se metía de nuevo por los pasillos del colegio. No sabía cómo iba a hacer para prestarle atención a las ecuaciones aritméticas ahora que el pelo negro de Sebastián se había metido en su pecho y le hacía retumbar el corazón como el parche de un *cultrum*.

El viento le aplastó los cachetes con tanta fuerza que le deformó la cara. Inara sintió que la opresión del aire la liberaba, que no iba pedaleando a escasos centímetros del

suelo, sino volando por los cielos como un cóndor. El guardapolvo blanco que flameaba castigado por el viento, se le representaba como las alas extendidas. Eran ellas las que empujaban el aire, y la sostenían en el firmamento celeste, no al revés. Se paró sobre los pedales para darse aún más impulso y los ojos se le llenaron de lágrimas por la resistencia del viento. Estaba feliz y cerró un instante los ojos para sentir como era volar en serio.

Dobló en una esquina a toda velocidad y, con un giro, se detuvo de pronto. El pelo negro y largo se precipitó sobre la mochila tejida a telar que llevaba en la espalda. Los pies se apoyaron con firmeza en el suelo, y la bicicleta se le adelantó unos centímetros movida por la inercia. Por un momento se asemejó a la República, con un león de metal tendido a sus pies. La dejó en el suelo, en el mismo lugar donde había caído, sin atarla, y se dirigió hacia el grupo de *mapuches* que formaban la pequeña protesta. Se trataba de unas quince personas que sostenían carteles con consignas del estilo “Devuélvanos las tierras”, “Fuera GK” y “*Marichiwewaiñ*”, diez veces venceremos en idioma *mapudungun*. Incluso, entre ellos, ondeaba una bandera negra con el dibujo de una estrella blanca de ocho puntas, que era la insignia del pueblo *mapuche*.

El edificio que estaba en la vereda de enfrente sobresalía a la vista de cualquiera. La estructura moderna de hormigón y vidrio desentonaba con el aire rústico del resto de

las construcciones. Y aunque apenas tenía tres pisos era uno de los más altos del pueblo. Sobre la entrada vidriada un cartel amarillo y enorme ponía en letras negras “*GK International*”. Entre el edificio y los *mapuche* había vallas y dos policías de uniforme. Los cuales eran absolutamente innecesarios, puesto que la comunidad siempre se había caracterizado por realizar protestas pacíficas.

Inara divisó a Tahie entre la gente y se le acercó corriendo.

—*Meri meri chachai!*

—*Meri meri pichi domo.* —Le respondió mientras la abrazaba —*¡Qué contenta que estás!*

—Me hice un nuevo amigo en la escuela. —Tahie sonrió y le besó la frente. Se alegró mucho con la noticia. Inara tenía pocos amigos, y desde que parte de las familias se habían ido para buscar mejores oportunidades en otras tierras, quedaban pocos niños en la comunidad. Inara se sacó la mochila y metió en ella el guardapolvos hecho un bollo, mientras su padre pensaba que crecería para convertirse en una gran mujer.

—Me parece muy bien. Invitalo algún día a que venga a tomar la leche a casa.

—Hoy nada puede cambiar mi buen humor.

—¿Estas segura? —Dijo Tahie enarcando una ceja mientras señalaba con un gesto la puerta del edificio.

Inara giró la cabeza y concentró la mirada en las

puertas del edificio, al otro lado de la calle. Detrás del vidrio podían verse a dos hombres que hablaban entre ellos. Uno muy rubio y pálido que ya le era familiar. El otro un forastero morocho y alto.

—¿Es ese? —Tahie asintió en silencio.

La pared y la puerta vidriada del edificio les permitía tener una buena visión a todo lo largo de la calle. Y si bien la manifestación era pequeña, Jorge sabía que estaban ahí por él. Nunca pensó que tantas personas podían oponerse a que aceptara un trabajo. La angustia se reflejó en sus ojos, y una mano de acero le apretó la boca del estómago. En cambio Alex irradiaba una seguridad displicente. Miraba una a una las caras de les *mapuche* presentes en la protesta y trataba de memorizar sus rasgos, atento a recordar los rostros de aquellos que se interponían en el camino de sus logros. De pronto Jorge se fijó en una niña que le clavaba la mirada oscura como si fueran dardos envenenados, debía tener aproximadamente la edad de su hijo. Sintió, absurdamente, que el vidrio le servía de escudo protector ante aquellos ojos iracundos.

—Son unos cuantos —Dijo irreflexivamente.

—Que va —Contestó Alex resoplando. Señaló con la barbilla al hombre alto que charlaba con la niña. —Ese es el

longko, el cacique.

Jorge miró al hombre con detenimiento. Tenía los ojos cansados y las manos curtidas de un trabajador rural. El pantalón de gabardina azul estaba manchado en la botamanga y los duros botines de cuero, llenos de barro en la suelas. La camisa que llevaba puesta estaba vieja y un poco descolorida, pero limpia.

—Tahie Nahuelquin. Es el que presentó la demanda. — Jorge miró a Inara que en ese momento agarraba un cartel que decía "Fuera GK de nuestras tierras" y lo agitaba con fuerza. — ¿Y la nena quién es? Es muy chiquita...

Alex miró a Inara con una sonrisa sardónica.

—Es la hija. Pero que no te engañe su edad, es una salvaje.

En ese momento la camioneta 4x4 de Alex estacionó enfrente del edificio. Les *mapuche* se acercaron rápidamente, pero fueron detenidos a una distancia prudencial por los guardias de seguridad, garantizando que el acceso al auto quedara libre de manifestantes. Un hombre corpulento bajó de la camioneta y esperó con la puerta abierta y los brazos cruzados sobre el pecho. Detrás de él llegó el auto de los Martelli, conducido por otro hombre macizo, que podría haber pasado tranquilamente por el hermano gemelo del primero. No solo por la apariencia física y la idéntica indumentaria, sino también porque se puso exactamente en la misma posición.

Como un espejo invertido.

—Ya vas a ver lo que te digo. —Pronosticó Alex antes de salir rápidamente por la puerta vidriada en dirección a su automóvil. Inmediatamente los cánticos y los gritos de les *mapuche* elevaron el volumen. Alex caminó con algo de rapidez, pero no demasiada, no tenía intenciones de mostrar debilidad ante sus enemigos. Tratando de demostrar autosuficiencia se dio vuelta y, sonriendo a Jorge, lo saludó con la mano antes de subirse al auto y partir.

Jorge suspiró profundamente tratando de que el valor le entrara en el cuerpo. Sabía que las personas en la protesta no iban a hacerle daño, y sin embargo sentía un cosquilleo en el pecho que lo ponía intranquilo. Su intención era hacer los diez pasos que lo distanciaban del auto en el menor tiempo posible. Y con ese pensamiento en la cabeza se encorvó para pasar por la puerta, como si estuviera a punto de salir hacia una gran tormenta. Sin embargo, apenas puso un pie en el exterior, los cánticos y los abucheos de les *mapuche* le impactaron en el cuerpo como un fuerte viento que ralentizaba sus movimientos. Le dio la sensación de estar en medio de una gran muchedumbre y los rostros se le volvieron extraños y deformados. Sin darse cuenta quedó, de pronto, cara a cara con Inara, quien en un ataque de furia le gritó “¡Yanacona!”. Jorge no entendió la palabra en *mapudungun*, ni supo nunca que quería decir “traidor”. Pero si se dio cuenta que aquello

cargaba el sentido de una grave injuria. Se sintió herido, aquella palabra no lo representaba, era una falsedad sobre su persona. Rápidamente se orientó en el espacio y se dirigió a su auto, todo lleno de rabia e indignación. Alex tenía razón, aquella niña era una salvaje, y sería mejor mantenerse alejado de ella tanto como le fuera posible. Subió al auto y partió rápidamente, quería poner entre él y la manifestación tanta distancia como pudiera.

En la casa frente al lago reinaba la tranquilidad. Apenas una luz tímida se asomaba por la ventana del comedor principal. En el interior la familia Martelli disfrutaba de una cena familiar. Jorge sirvió los ñoquis en el plato de Pilu abstraído, no podía quitarse de la cabeza la cara de Inara gritándole “*yanacona*”. En cambio la niña estaba de un excelente humor y bien dispuesta para la charla.

—¿Cómo ha ido tu primer día de trabajo, papi?

—Raro. —Dijo Jorge frunciendo el ceño y cambió el tema de la conversación —Mejor cuéntenme ustedes de su primer día en la nueva escuela.

La perspectiva de enterarse como iba la adaptación de sus hijos hizo que inmediatamente le cambiara el humor. Y ni siquiera se dio cuenta que Sebastián devoraba el plato de

comida como si estuviera muriendo de inanición. Metiéndose bocados de ñoquis uno atrás otro, tragándolos sin masticarlos y apurándolos por la garganta con un vaso de agua. Pilu tampoco se dio cuenta de la situación, tan absorta como estaba en su relato.

—¡Fue increíble! Tengo una maestra feísima, como La Nana Mágica. Puro corazón. Seguramente a medida que pase el tiempo se irá transformando y perdiendo los pelos de la cara y las verrugas. ¡Estoy tan impaciente porque llegue ese momento!

Sebastián hizo movimientos de asentimiento con la cabeza sin escuchar una sola palabra de lo que decía su hermana. Estaba luchando con un bocado de ñoquis que tenía atascado en la garganta, mientras le pasaba el pan al plato con un gesto rápido y seguro. Después de dejarlo limpio, como recién lavado, se metió la miga en la boca sin siquiera haber conseguido tragar lo que ya estaba masticando. Cruzó los cubiertos sobre el plato y tomó un gran sorbo de agua. Sintió el bolo alimenticio, finalmente, abriéndose lugar por la garganta, oprimiéndole el pecho. Se paró de pronto, como si acabara de ganar una carrera de comer *hot dogs*, de esas que se ven en la tele. Jorge y Pilu lo miraron sorprendidos, con los tenedores en el aire, suspendiendo el movimiento de los ñoquis en la mitad del recorrido hacia sus bocas.

—Ya terminé, me voy al lago. —Y antes de dar lugar a

que alguien dijera algo salió por la puerta trasera de la casa.

Pilu y Jorge se quedaron mirando el vaivén de la puerta mosquitera con los cubiertos todavía bailando en el aire. Jorge fue el primero que se recuperó de la sorpresa.

—Que suerte que Seba haya cambiado la actitud y se esté relacionando más con la naturaleza.

—Sí, claro, con la naturaleza... —Dijo Pilu llena de suspicacia.

La luna redonda iluminaba la pequeña hoguera, aportando encanto a la costa del lago. Inara sabía que no necesitaban el calor ni la luz, pero siempre había tenido un excelente vínculo con el fuego. Le gustaba mirarlo, y los ruidos chisporroteantes le resultaban agradables. Volvió a repasar el costado de la fogata, prestando especial atención a que la arena de alrededor estuviera libre de ramitas secas que pudieran extender el fuego fuera de su control, y fijándose que las piedras que la rodeaban se encontraran bien juntas. Además el fuego le daba algo que hacer con las manos mientras esperaba, y le calmaba un poco las mariposas que sentía en la boca del estómago.

Sebastián llegó corriendo y se detuvo de pronto al ver a Inara junto a una pequeña fogata. Iluminada por la luna y el

fuego estaba más linda que en la mañana. Chequeó que tuviera la ropa arreglada y libre de polvo y se acercó lentamente, tratando de parecer relajado.

—Hola.

—Hola. —Contestó Inara con una sonrisa blanca y llena de dientes. A Seba el corazón le dio un vuelco en el pecho.

Se acercó lentamente y le acertó un beso torpe en el cachete. Sin saber qué hacer ni qué decir se pusieron, les dos, a mirar el fuego. Las llamas tienen una cualidad mágica que hace que la gente se quede mirándolas, como himnotizadas; y parece que el tiempo no transcurre. Una chispa saltó de una rama y se quedó encendida unos segundos junto al pie de Inara antes de extinguirse para siempre, rompiendo el hechizo.

—Que bien que te quedó el fuego. —Dijo Sebastián por decir algo.

Inara asintió en silencio. Quería decir que hacía muchos años que sabía prender una hoguera, que le había enseñado su padre. Que era fundamental hacer fuego si te vas a la montaña, para poder calentarse y cocinar. Pero que igual de importante era saber controlarlo y dejarlo bien apagado para que no se produjeran incendios no intencionales. Sin embargo de su garganta no salió una sola palabra y se quedaron otra vez les dos callados, mirando arder la leña. Lo único que se escuchó a kilómetros a la redonda fue el crepitar de la madera, los grillos y una rana que cantaba en solitario.

María Eugenia Velázquez

—Entonces... ¿Cómo te fue en el resto del día? —
Insistió Seba en su intento de sacar conversación.

—No muy bien. Hoy conocí al abogado nuevo que
contrató *GK International* para trabajar en el conflicto por las
tierras.

—OK.

Ahora era el chico el que se había quedado sin palabras.
GK era la empresa que había contratado a su padre, que era
abogado. Había una minúscula posibilidad de que el hombre al
que se refería Inara y su papá no fueran la misma persona, pero
no quería apostar por sus chances.

—Parece un canalla.

—¿Canalla? ¿Te parece para tanto?

Sebastián era el primero que podía contar los defectos
de su padre. Pero sabía que era una buena persona, y llamarlo
canalla era indudablemente exagerar el tamaño de sus faltas.
Después de todo, mal que mal, siempre había estado ahí para
ellos. Nunca le había faltado ni techo ni comida. Incluso la
mudanza. Si bien lo había alejado de sus amigos y su ciudad,
sabía que Jorge había tomado la decisión pensando que era lo
mejor.

Seba se había quedado sombrío con sus pensamientos.
Se puede ser muy crítico con sus familiares, pero cuando otros
hablan de ellos despectivamente, entonces la perspectiva es
totalmente diferente. Sin embargo Inara había decidido

cambiar el hilo de la conversación. Y Sebastián no iba a dar a conocer que el abogado aquel era su padre para salvar un honor no tan maltrecho y perder la oportunidad de conocer a mejor a la niña.

—¡Te traje el libro! —Dijo Inara mientras se agachaba para buscarlo entre sus cosas y alcanzárselo a Sebastián.

Una vez que lo tuvo en su poder Seba le acarició la tapa dura y buscó una piedra cerca del fuego sobre la cual sentarse para hojearlo. El libro era grande, y de cuando en cuando tenía alguna ilustración entre sus páginas. Al pasar las hojas podía percibirse ese olor particular que solo puede describirse como “olor a libro” y que siempre le había resultado tan agradable.

—¿Y vos? ¿Cómo fue que tu familia vino a parar a Villa Pehuenia? —La pregunta de Inara fue como un golpe en la oreja, agudo y puntual. Él que creía haber esquivado la bala, ahora no sabía qué contestar. No quería mentirle, pero tampoco podía decirle la verdad sin poner en riesgo el encuentro. Así que optó por lo que le pareció mejor: quedarse callado, haciendo como si no la hubiera escuchado, hasta que se le ocurriera alguna forma de cambiar la conversación. Nervioso, pasó rápidamente algunas hojas del libro y allí mismo encontró la solución. En la página 63 había un dibujo de varios jóvenes *mapuche* alrededor de un anciano. En sus manos tenía un tambor con una especie de cruz dibujada en el parche. Y encima de todos ellos había una nube extraña de

color azul.

—¿Y ésto qué es?

Inara tuvo que acercarse para poder mirar qué era lo que Sebastián estaba señalando en el libro. Y al hacerlo su espesa cabellera negra desprendió un aroma intenso a agujas de pino y viento de tormenta. Sebastián cerró los ojos y olió con disimulo.

—Eso es una *salamanca*. El lugar donde se les enseñaba a los futuros *machis*. —Contestó la niña. Sebastián no entendió ni la mitad de lo que le dijo, y superando el temor de quedar como un ignorante, preguntó con timidez:

—¿Qué es un *machi*?

—Es como un *chamán*.

—¡Como un brujo! — Exclamó Seba sorprendido.

A Inara le hizo un poco de gracia la reducción de un *machi* a un brujo común. Pero entendió que era el primer acertamiento que tenía Sebastián con la cultura *mapuche*. Y no quería hacerlo sentir mal consigo mismo, así que se encogió de hombros y sonrió sarcásticamente.

—Ponele.

—Entonces una *salamanca* es como una escuela de magia.

Aquella comparación le hizo todavía más gracia, pero lo cierto es que el concepto era más o menos el mismo y asintió con la cabeza.

—¡Como *Howard*! —Concluyó Sebastián entusiasmado.

Inara soltó una carcajada que sonó como el agua bajando por el lecho del río.

—Pero en la vida real. —Contestó una vez que pudo contener la risa.

—¡Wow! —Sebastián no cabía en sí del asombro. Y se quedó con la mirada perdida en el dibujo, pensando que ella vivía en un mundo donde los brujos y las escuelas de magia existían, mientras él vivía en un mundo donde una piedra no era más que una piedra.

Inara también quedó perdida en sus cavilaciones y pronto se le borró la sonrisa del rostro. Miró fijamente las llamas que chisporroteaban en la hoguera.

—Yo podría ser *machi*, tengo dotes.

Sebastián la miró sorprendido y enseguida se dio cuenta del humor oscuro en el que había entrado la chica, así que optó por quedarse callado mirando el piso.

—Pero todo este problema con las tierras... La gente se está yendo. Ya no queda nadie que pueda enseñarme.

El adolescente siguió mirando fijamente el piso. Por un lado quería consolarla, decirle que no se preocupara, que todo iba a estar bien. Pero por el otro sabía que su papá era en parte responsable del dolor profundo que sentía Inara, y la culpa le carcomía las entrañas. De pronto se le ocurrió un pensamiento que podía desviar la conversación a un lugar más feliz y evitar

que él mencionara algo sobre la profesión de su padre.

—¿Cómo sabés que tenés dotes?

Esta vez fue Inara quien clavó la mirada en el piso y contuvo una sonrisa mientras se ponía roja como un tomate.

—Cuando te vi por primera vez... Yo ya te conocía. Soñé con vos.

Sebastián no cabía en sí de la alegría. Aquello solo podía significar que él era alguien importante en la vida de la joven, que sus destinos estaban entrelazados de alguna manera. Una bandada de pájaros se le atragantó en la garganta y de pronto tuvo miedo de preguntar, de saber qué era lo que él significaba realmente para ella.

—¿Y podés hacer alguna otra cosa? ¿Algún embrujo?

—A veces lo intento, pero no siempre sale bien. Es peligroso.

Ella era una chica mágica, literalmente. Sebastián no podía creer que esa joven tan especial alguna vez se hubiera fijado en él.

—No dejes de intentarlo. A veces es necesario ser un poco peligroso.

Al mirarse ambes pensaron que la sonrisa del otro era lo más lindo que le había pasado en el día. Y dejaron que el silencio se llenara con el crepitar de las llamas.

Para un espectador externo la habitación hubiera parecido silenciosa. Pero para Sebastián todo el ambiente estaba copado por la música que salía de sus auriculares. Estaba tirado sobre la cama ya preparado para dormir. Usando solo una remera y un calzoncillo de *Spiderman* que le había regalado su tía para navidad. Leía con entusiasmo el libro que le había prestado Inara y movía el pie al compás de la música. De pronto un sonido retumbante recorrió el ambiente como una serpiente de electricidad. Sebastián se puso en alerta. Dejó de mover el pie, se bajó los auriculares hasta el cuello y escuchó con atención el ambiente. Dentro de la habitación resonó un potente trueno que hizo temblar los cimientos de la casa. Sobresaltado se incorporó de la cama de un salto.

*

El viento empezaba a soplar lentamente y acariciaba el renegrido pelo de Inara. Ella estaba sentada sobre una piedra frente al lago que parecía en calma. Con los ojos cerrados se balanceaba lentamente al compás de su *wada* cantando bajito en su lengua natal. De pronto un rayo azul salió de las profundidades del lago hacia el cielo, arrancando, en doloroso alarido, de las aguas. El viento comenzó a soplar con más fuerza. Las hojas y la tierra volaron en remolinos grises que levantaban las ráfagas del suelo. Inara, indiferente a todo lo que pasaba a su alrededor, siguió cantando y meciéndose. El

cielo comenzó a cubrirse de nubes de tormenta que lentamente se acercaban hacia el centro del lago, cubriendo las estrellas y la luna con su negro manto. La chica apretó aún más los ojos a medida que elevaba el tono de su voz. El viento ya no era la mano gentil que la acariciaba, ahora levantaba y revolvía su cabello con furia.

*

Un trueno sacudió con fuerza los vidrios de la habitación de Sebastián. Con pánico en sus ojos corrió hacia la ventana y sacó hacia afuera la mitad del cuerpo para intentar alcanzar los postigos, que se golpeaban con fuerza contra las paredes. El viento luchó contra el brazo de Sebastián, que se extendía inútil en su vano intento por alcanzarlos. De pronto un rayo iluminó la noche. Vio cómo las nubes de tormenta se arremolinaban en el centro del lago y no quiso creer en el bulto enorme y vivoreante que le pareció percibir moviéndose entre las aguas en los pocos segundos que duró el restallido de la luz.

*

La voz de Inara estaba casi en un grito y sin embargo el volumen del viento tapaba por completo su rítmico canto. Estaba en pleno trance, balanceándose y agitando su *wada* con los ojos cerrados con fuerza. Ni siquiera percibía que sus propios cabellos se le enredaban en la cara y volaban como por voluntad propia. Las nubes comenzaron a hacer un embudo hacia el centro del lago, estirándose como si quisieran tocarlo.

Un rayo azul enorme salió dando un rugido desde el agua y penetró en las nubes. Seguido por una onda expansiva que golpeó la costa en cuestión de segundos, e impulsó el cuerpo de Inara hacia atrás haciéndola caer al suelo con fuerza, golpeándole la cabeza.

*

Sebastián quedó petrificado al ver cómo un rayo azul emergía de una masa oscura en el centro del lago y se perdía entre las nubes, iluminando el embudo antinatural que habían formado. Un relámpago volvió a iluminar el cielo por unos segundos y esta vez vio con claridad cómo un bulto enorme salió del lago arrastrándose hacia la costa. Prácticamente en un solo movimiento cerró los postigos y la ventana. De un salto se metió en la cama y se tapó con las sábanas hasta la coronilla. Recuperando un poco de su valor innato, bajó las mantas hasta la nariz y espió, con los ojos abiertos como platos, cómo los rayos y truenos dibujaban figuras de luz y oscuridad sobre las paredes de madera. Las sombras del techo se le prefiguraban monstruos de uñas afiladas que reptaban por los listones, escondiéndose o desapareciendo entre las ranuras y los nudos de la madera. Un trueno resonó con fuerza en la habitación y, sin dudarlo un instante, Sebastián ocultó la cabeza bajo la tibia protección de las mantas.

Un estertor entrecortado rompió en silencio en la habitación, cebreada por los rayos de sol que se colaban entre los postigos de la ventana. Una punta de las sábanas arrastraba por el piso y el resto hacía equilibrio, enredada, en la pierna de Sebastián que colgaba del borde de la cama. La boca entreabierta dejó escapar otro ronquido, casi acompasado con el piar de los pájaros. El sol se movió y entonces un rayo de luz juguetón cayó, justo, sobre los ojos del adolescente. Entre sueños el brazo, que hasta entonces estaba suspendido en el aire por fuera de los límites del lecho, se movió a la velocidad del rayo, y fue a estamparse, con todo y sus cinco dedos, en la cara del niño. Sebastián se despertó sobresaltado por el golpe, y recordando la tormenta de la noche anterior, se levantó de un salto de la cama y se puso en postura de combate; listo para enfrentarse a los rayos estruendosos y los bultos oscuros que reptaban por la orilla del lago. Miró lentamente hacia un lado y otro, pero solo encontró el silencio del canto de los pájaros y el arrastre pachorroso de los rayos del sol sobre el piso de madera. Miró fijamente la ventana por unos segundos, comprendiendo que había amanecido un nuevo día y los terrores de la noche se habían evaporado con la llegada de la luz. A toda velocidad se puso los *jeans* gastados que había dejado sobre una silla la noche anterior y salió de la habitación como si lo persiguiera el diablo.

Con la cabeza gacha Sebastián recorrió la orilla de lago mirando el suelo. El ulular de una lechuza le llamó la atención, y al levantar la vista se encontró con la belleza perenne de las aguas. El cielo estaba despejado y los pájaros se mandaban telegramas piados por el aire sin nubes. El viento hacía su recorrida habitual entre la copa de los árboles y dejaba a su paso las hojas tintineando como campanas. Sebastián volvió a concertarse en el suelo y escudriñó cada centímetro con pasión investigativa. De pronto encontró lo que estaba buscando; entre unos arbustos se veía la tierra removida y las plantas aplastadas y rotas. Para cerciorarse de que estaba en el lugar correcto levantó la mirada y vio en la lejanía la cabaña de los abuelos, y justo en línea recta los postigos cerrados de la ventana de su habitación. Siguió buscando en los alrededores y llegó a unos arbustos altos que empezaron a moverse. Sebastián dio dos pasos para atrás y esperó, alerta, la salida del monstruo. Sin embargo, quien apareció al descorrerse la cortina de hojas fue Inara, que lo miró con los ojos llenos de sorpresa.

—Hola —La saludó el adolescente.

Inara quedó estaqueada de asombro entre las plantas y, tratando de recuperarse un poco, levantó la mano y lo saludó.

—Hola. Que temprano...

—Sí... Vos también.

—Me gusta caminar un rato antes de ir a la escuela... —
Mintió Inara esquivándole la mirada. A Sebastián aquello le pareció tan sospechoso como su propio paseo matutino. Pero antes de que pudiera decir nada Inara giró para señalar el lugar por donde había venido.

—Bueno... Me voy que todavía no desayuné.

Sin mediar más palabra dio media vuelta y volvió caminando por el mismo lugar que había llegado. Sebastián agitó la mano en el aire.

—¡Nos vemos en un rato en el colegio!

Inara apenas se dio vuelta para responderle.

—¡Sí, chau! —Dijo y se perdió entre el yuyaral.

Sebastián vio como el paso volvía a cerrarse a espaldas de la niña *mapuche*. Quizás aquella excursión no serviría de mucho, pero al menos había pasado unos segundos de gloriosa incomodidad con Inara. Y todo antes del desayuno.

De pronto se escucharon unos quejidos animales que venían de un matorral a apenas unos metros de Sebastián. Todas las antenas del adolescente se pusieron en alerta y el corazón comenzó a retumbarle como el parche de un *cultrum*. Se puso una armadura de valor, tragó saliva y se acercó al matorral con pasos sigilosos.

Incluso estando acostado se veía que el animal era

enorme como un caballo, aunque de patas cortas. Seguramente cuando se levantara las proporciones serían similares a las de un perro salchicha gigante. Era una mezcla entre víbora y felino. Tenía todo el cuerpo recubierto por escamas negrizas, que brillaban al sol cuando se movía y encima de éstas una fina capa de pelo del mismo color, que dibujaba un patrón de manchas parecidas a las de un jaguar. Las zarpas eran enormes y tenían unas filosas uñas retráctiles negro-metalizado. La cabeza cuadrada era claramente felina y los ojos, dos lagos de ámbar, estaban partidos al medio por una pupila vertical negra como la noche. En el muslo derecho de la pata trasera tenía una quemadura profunda, que dejaba ver la carne rosada y palpitante. La criatura se lamía constantemente la herida, con una lengua bífida y azul. Apenas Sebastián se acercó, levantó la cabeza para mirarlo, tiró las orejas para atrás y gruñó con un tono tan profundo y sibilante que el niño no necesitó más advertencia y salió corriendo.

Seba no podía creer que fuera capaz de correr tan rápido. Los pastos, la arena, e incluso el lago eran solo manchas de colores percibidas, apenas, por el rabillo del ojo. Antes de que se diera cuenta ya estaba enfrente de la puerta de la cabaña, respirando agitado. Se inclinó hacia adelante y apoyó las manos en las rodillas resollando. Expulsando con el aire algo del miedo que había sentido. Que todavía sentía. Se dio vuelta lentamente para mirar todo el camino que había

recorrido, pensando que en el otro extremo había una criatura enorme y negra. Aterradora. Un ser, salido del lago. Qué había sido empujado de las profundidades inconmensurables de vaya a saberse qué abismo, por esa tormenta atronadora de la noche anterior. Un felino de garras afiladas y pelo oscuro y suave. Que le había gruñido aterradoramente. Inmediatamente se acordó de otro animal similar que había visto en una película. Se trataba de un dragón llamado Chimuelo. También era un monstruo enorme, fibroso y negro. Pero mucho menos aterrador que el que había visto recién con sus propios ojos. Especialmente porque el otro era un dibujito animado, y éste una fiera salvaje real. Aunque, a decir verdad, probablemente, como en la película, el bicho fuera el que estaba más asustado. Después de todo tenía una herida en una pata, que debía dolerle. Y estaba en un lugar extraño, temeroso y desorientado. Probablemente le había gruñido porque Sebastián era alguien que no conocía, y en ese contexto era entendible que quisiera defenderse. El miedo se le veía dibujado en las pupilas verticales. Estaba solo y dolorido. Por ahí tenía frío y hambre. Además, asemejaba un ser bastante gracioso, con su forma de perro salchicha. Y hasta lindo, si uno lo miraba bien. Parecía ser que, después de todo, no era más que un gato grande. Fue entonces que recordó cómo había hecho el protagonista de la película para ganarse a la criatura.

Abrió la puerta de la cabaña lentamente y con el mayor

sigilo. No quería que nadie descubriera sus andanzas matutinas. En puntas de pie y apoyado contra las paredes, comenzó a hacer su ingreso en el living. Pilu salió de la cocina hacia el comedor llevando una taza de café con leche en la mano. Sebastián se tiró cuerpo a tierra detrás del sillón con la agilidad de un puma. De todos modos, los ojos lagañosos y las brumas del suelo que todavía empañaban los ojos de Pilu, nunca le hubieran permitido que lo viera. Pero a Seba le gustaba todo ese clima de operación comando. Pilu se sentó en la mesa y se puso a desayunar tratando de desprenderse de la neblinosa modorra. Seba, arrastrándose por el piso, se deslizó hacia el interior de la cocina.

Apenas entró se paró de un salto y se apoyó contra la pared. Desde el comedor le llegó la voz de su padre:

—No hay forma che, no se levanta Seba. —La contestación de Pilu fue solo un ruido gutural sin sentido. Apenas lo que pudo hacer con la boca llena de café y galletitas. Sebastián abrió con sigilo la puerta de la heladera. Agarró una bolsa de pescado y la cerró con rapidez. La operación “carnada” estaba casi terminada. —Si en 10 minutos no está levantado va a tener que ir a la escuela sin desayunar.

Haciendo nuevamente su acto de “cuadro contra la pared”, Seba fue deslizándose lentamente por los tabiques del living hasta llegar a la puerta trasera. Una vez que la atravesó el único modo de darse cuenta que alguien había pasado por

ella, era prestando atención al lento vaivén que dibujaba la perezosa puerta.

Fue toda una proeza correr por la costa del lago sin mancharse con el agua que despedían los pescados, pero sin saber cómo lo logró, y llegó jadeante al claro donde se encontraba la criatura. Antes de atravesar los matorrales que lo ocultaban, Sebastián hizo tres respiraciones profundas para tomar coraje y atravesó el yuyaral con sigilo. El felino gigante se quejaba suave y lastimeramente mientras se lamia la herida del muslo. Ni bien Seba puso un pie en el claro, la criatura se levantó y lo miró con desconfianza. Emitió un gruñido bajo, de advertencia, mientras colocaba las orejas hacia atrás y se le erizaban los pelos del lomo. Sebastián se acercó muuuy lentamente, midiendo cada paso, consiente del peligro en cada centímetro recorrido.

—Shhhhhh, tranquilo...

Con lentitud extrema metió la mano en la bolsa que llevaba y sacó un pescado oloroso, que arrojó lo más cerca que pudo de la criatura, sin que significara un ataque. El felino gigante olió con cautela la ofrenda de paz que le ofrecían, e inmediatamente abandonó su aire arisco. Con un rápido movimiento de la lengua y de un solo bocado tragó el pez y

miró la bolsa que colgaba del codo de Seba con expectativa. El adolescente sonrió y se acercó unos pasos, arrojó otro pescado al animal, que lo comió un poco más despacio que al primero, pero aún con premura. Ya imbuido de coraje, Sebastián agarró un pescado en la mano y se acercó lentamente, ofreciendo la carne olorosa, o más bien usándola casi como un escudo mágico. El enorme gato-víbora abrió la boca y lo tomó con suma delicadeza, mostrando, al hacerlo, unos colmillos que podrían desgarrar a un elefante sin el más mínimo esfuerzo. Aprovechando que el animal masticaba con parsimonia, el adolescente estiró la mano tentativamente. Apenas logró tocar el frío cuero escamado, retiró la mano. Al sentir el contacto, el felino giró la cabeza y quedaron enfrentados, mirándose a los ojos. El aliento que salía de las negras fosas nasales dio directo en el rostro del chico, y le levantó el cabello como una brisa del invierno. Con una expresión en los ojos casi inteligente, el ser miró la bolsa de pescados que todavía colgaba del brazo de Sebastián. El adolescente enseguida entendió el mensaje y desplomó el resto de los pescados sobre el suelo para que la fiera se saciara en ellos. Mientras tanto el chico aprovechó a acariciar el cuello y el costado del gigantesco lomo que tenía enfrente. Al acariciarle justo debajo de la oreja, el felino inclinó la cabeza con placer. Sebastián sonrió. Nada más que un gato grande, como un puma o un jaguar.

Con un dulce ronroneo el auto de los Martelli estacionó frente a la puerta de la escuela. Jorge, desde el asiento del conductor, miró por el espejo retrovisor a sus hijos enfundados en impecables guardapolvos blancos. Pensar que hacia un tiempo eran solo bebitos, y ahora Sebastián ni siquiera se presentaba al desayuno familiar. Se dio la vuelta para saludar a Pilu con un beso en la mejilla. Ella era su nenita preciosa, y siempre lo sería, pero un día, no muy lejano, también iba a convertirse en una adolescente malhumorada. Pilu abrió la puerta y salió rauda para la escuela. Mientras tanto Sebastián fue deslizándose lentamente por el asiento del auto hasta llegar a la puerta abierta; cuando se estaba inclinando para salir Jorge lo llamó:

—Seba

El adolescente giró la cabeza y miró a su padre, inquisitivo. Jorge sacó una manzana de su portafolios y se la alcanzó al chico con un guiño. No podía dejar que Sebastián pasara toda la mañana con el estómago vacío.

—Gracias pá. —Dijo mientras agarraba la fruta.

Jorge miró cómo su hijo mayor caminaba lentamente hacia la puerta del colegio. Recordando cuando era un bebé berreante. Cuando tenía tres años y Jorge era su héroe. Cuando tenía 7 y lloraba lágrimas amargas de huérfano primerizo. Y

ahora, que con sus 13 años desplegaba el acto del adolescente rebelde. Pronto sería un joven bello, rodeado de suspiros de amor, y la vida le parecería hermosa y llena de felicidad. Quizás faltaba menos de lo que Jorge pensaba para que esto sucediera, puesto que allí estaba Sebastián, tocándole el hombro a una niña de pelo negro. Cuando la chica se giró para saludarlo, Jorge pudo verle la cara y se dio cuenta que era la hija del *Longko*. La que le había gritado en otro idioma con los ojos llenos de furia. Aquello le cayó como una piedra en el estómago. Ese no era el tipo de compañía que quería para su hijo. Pero tampoco había mucho que pudiera hacer para impedirlo. Con una incómoda sensación de pesadez en el estómago vio como les chiques ingresaban al colegio, arrancó el auto y partió lentamente hacia su trabajo.

Seba controló la hora en la pantalla de su celular. Era importante que salieran para el lago antes de que su padre llegara a casa y se encontrara allí con Inara. Abrió la puerta y Pilu pasó junto a él como una saeta directa a la cocina. Inara, en cambio, entró lentamente, observando a su alrededor. Sebastián dejó la mochila sobre el sillón y comenzó a desabrocharse el guardapolvos. Inara dio una larga mirada al living-comedor de la cabaña.

—Qué linda casa.

—¿Te parece? —Dijo Seba con escepticismo —Igual lo que te quiero mostrar está en el lago.

Inara se acercó a la biblioteca y comenzó a mirar los portarretratos que había sobre ella.

—¿Podemos tomar la leche primero? Estoy muerta de hambre.

Como si Pilu hubiera pretendido estar en sincronización con las palabras de Inara, traspasó la puerta trayendo consigo un plato de galletitas dulces que dejó sobre la mesa, para, inmediatamente, volver a desaparecer en el interior de la cocina. Sebastián terminó de desabrocharse el guardapolvos y se lo sacó para dejarlo en el sillón.

—Yo preferiría ir derecho para el lago, cuando veas... — Cuando levantó la cabeza, se dio cuenta de que Inara estaba apunto de encontrarse con una foto donde estaban Pilu y él junto a su padre, y se interrumpió en seco. —¡Inara! —Dijo en un volumen demasiado alto, casi rozando un grito.

—¡¿Qué?! —La niña se dio vuelta sorprendida, justo a tiempo para evitar el desastre. Sebastián se quedó en blanco, no se le ocurría ninguna excusa para haber pegado semejante alarido, así que optó por poner la sonrisa más amplia que pudo y quedarse callado. Por suerte llegó Pilu a salvar las papas.

—¿Alguien puede traer el otro vaso de la cocina, porfa? —Preguntó la nena mientras, haciendo equilibrio, llevaba hacia

la mesa del comedor dos vasos de leche chocolatada. Para Sebastián fue como oír la campana salvadora.

—Sí, yo voy. —Dijo Seba mientras se dirigía a la cocina e Inara se sentaba a la mesa.

El lago brillaba con guiños de luz cada algunos segundos; y de cuando en cuando un pez saltaba tratando de agarrar un bicho que se aproximaba demasiado a la superficie del agua. Sin embargo Seba, que estaba parado frente al imponente panel de vidrio fijo ubicado en la fachada de la cabaña, tenía toda la atención puesta en el camino de tierra. No era un camino extraño, o que tuviera algo de particular. Simplemente una calle de polvo, como cualquier otra, con una hilera de pastos en el medio, como si fuera un boulevard para hormigas. Tan pendiente estaba de las huellas dibujadas en la arena, que ni siquiera escuchaba la animada charla entre Inara y Pilu, quienes reían y conversaban como si se conocieran de toda la vida. La proximidad del vehículo se sintió, primero que nada, en las ondas que se dibujaron en la superficie del vaso de leche chocolatada, a medio terminar, que el adolescente sostenía en su mano. Luego apareció, detrás de los pastizales, la nariz del auto de los Martelli, seguido por un nudo en el estómago de Sebastián. Apuró la leche de un solo trago.

—Bueno ¿Vamos Inara? —Dijo al tiempo que se daba vuelta para encontrarse con la mirada sorprendida de las dos niñas.

—Todavía estamos merendando. —Señaló Inara.

El auto familiar estacionó frente a la casa y la urgencia de Seba se le dibujó en el rostro. Cuando la puerta del coche se abrió, el adolescente ya estaba parado frente a la salida trasera de la casa y urgía a la chica a que se apurara.

—Vamos Inara, vamos ahora.

—Bueno, ahí voy.

La joven no podía sospechar de dónde venía el empecinamiento de Sebastián, pero algo en su voz la hizo obedecer. Allí mismo, de parada, se tomó lo que quedaba de chocolate en su vaso.

—Metete. —Insistió Seba agitando la mano desde la puerta. Inara le dio un rápido beso a Pilu en la mejilla. Agarró algunas galletitas y, metiéndose una en la boca, partió por la puerta de la cocina. Mientas Jorge entraba a la cabaña les chiques salían, y Pilu cavilaba sospechas dentro de su blanca cabecita enrulada.

Jorge acomodó la pila de papeles que llevaba en las manos para que no se le cayera. A Pilu se le dibujó una sonrisa en los labios al ver a su padre.

—Hola pá.

—Hola Pilu. —Contestó sonriendo a su vez. —Yo me

meto en el estudio directamente, que tengo que seguir trabajando. ¿Tu hermano?

—Se fue al lago. —Dijo Pilu mientras, de reojo, miraba con sospecha la puerta por la que acababan de salir los dos adolescentes. —¡Yo también me voy! —Alcanzó a gritar mientras Jorge se metía por el pasillo que daba al estudio. Se levantó de un salto y salió disparada tras los pasos de Inara y su hermano.

—Bueno —Jorge volvió a aparecer en el comedor ya desembarazado de los papeles que había traído. —No vuelvas tarde. —Trató de decirle a Pilu, pero solo le respondió el eco del silencio. Paseó la mirada por la estancia vacía y los restos de merienda sobre la mesa. Al no ver a nadie se encogió de hombros y volvió cabizbajo a ocuparse de sus tareas.

El lomo negro era una montaña que sobresalía de la hierba. El animal estaba tan acurrucado que no se le podía distinguir forma alguna, y si no hubiera sido por el lento subir y bajar de la loma que formaba el dorso de la criatura, nadie hubiera supuesto que se trataba de algo vivo. Tan pronto como se escucharon algunos pastos que se removían, el felino-reptiliano se puso en guardia levantando la cabeza y las orejas. Sebastián cruzó el yuyaral que le servía de guarida y, apenas el

bicho lo olfateó para reconocerlo y abandonó su aire arisco, el adolescente lo señaló con las dos manos y se quedó en esa posición rígida y un poco ridícula. Al mismo tiempo Inara trataba de atravesar el cerco de arbustos, pero un pie se le había quedado enganchado en una raíz y luchaba para liberarlo, sin prestarle atención al niño o a la bestia mitológica que tenía enfrente. Al advertir que otro ser se le acercaba, el monstruo volvió a ponerse en alerta, escuchando cada leve crujido que se producía a su alrededor. Finalmente la niña logró escaparse de la trampa vegetal. Y al levantar la cabeza se quedó atónita con el espectáculo.

—¡Ta-rá! —Dijo Sebastián dándole, finalmente, sentido a su postura. Inara se llevó las manos a la boca.

—Pensé que no había funcionado... —Dijo casi en un susurro.

Con las últimas palabras de la chica Seba quedó casi tan confundido como su compañera. Pero por toda respuesta ella le regaló una sonrisa que lo desarmó en un segundo y le hizo olvidar todas sus dudas.

Sebastián se acercó a la enorme cabeza del animal y le rascó detrás de la oreja, a lo que éste reaccionó inmediatamente inclinándola hacia un lado con placer. La chica, curiosa, se adelantó un paso, pero la bestia levantó las orejas y se puso en guardia. Sebastián lo siguió acariciando y pronto desactivó todas sus defensas.

—Anoche hice un ritual para proteger a mi pueblo de la expropiación, pero no pensé que... —Dijo Inara aún dudando de lo que veían sus ojos.

Sebastián hizo un gesto para que se acercara. Inara caminó unos pasos y estiró la mano hacia la cara del bicho. Las enormes fosas nasales del animal se dilataron mientras reconocía el olor de la chica, y el aliento sobre su mano hizo que se le pusiera la piel de gallina. Cuando consideró que ya era seguro, le tocó la cabeza con suavidad y sintió las escamas tibias bajo sus dedos. Les chiques se miraron y sonrieron con complicidad mientras acariciaban a la extraña criatura.

—*¡Wow!* — se escuchó una voz infantil a sus espaldas. Sebastián e Inara se dieron vuelta al mismo tiempo, y vieron a Pilu que, a su vez, miraba al animal absolutamente extasiada. Sin mediar palabra Pilu corrió apresuradamente hacia el monstruo y lo abrazó por el cuello. El felino viperino reaccionó un poco asustado y se paró en sus dos patas delanteras, pero las caricias y el amor que le prodigaba la osada niña pronto hizo que se entregara al placer, y unos segundos después estaban frotándose el uno contra la otra envueltos en una ola de alegría.

—*¡Pilu!* —Dijo Sebastián enojado y trató de hacer de Inara su cómplice. Sin embargo la visión de la niña y el enorme gato-víbora dispensándose cariño era tan enternecedora que Inara no pudo comprender el enojo del adolescente. Cuando el

animal empezó a ronronear Inara encogió los hombros, invitando a Seba a que rindiera sus armas.

—¡Siempre está metiéndose en mis cosas! —Protestó Sebastián sin resignarse a abandonar la contienda. Haciendo un gesto conciliador, Inara le tocó el hombro al adolescente y con una sonrisa zanjó el asunto. La electricidad que le recorrió el cuerpo, del hombro hasta la panza, hizo que el joven se olvidara hasta de por qué se había enojado.

Pilu siguió acariciando al animal que cada vez se parecía más a un gato, retorciéndose de placer y buscando con avidez el cuerpo de la niña para que lo siguiera acariciando. En su ímpetu afectuoso, el monstruo trató de sobar a la nena con su cabeza, pero la misma era casi tan grande como todo el cuerpo de la chiquilla. Los pies de Pilu se levantaron unos centímetros del piso empujados por la fuerza de la criatura, y tuvo que dar un saltito para evitar caerse. Sin darse por enterada, siguió acariciando al animal, y aquella actitud indolente produjo la risa de los adolescentes que la acompañaban. Aquello la volvió a la realidad.

—¿Tú lo trajiste? ¿Sabes hacer magia? —Inquirió con los ojos a Inara, pero instantáneamente volvió a clavarlos sobre la increíble criatura que se retorció bajo sus manos. —¿Qué es?

—...Calculo que es un Nahuelfilú. —Respondió, Inara, pensativa.

—¡Sí! Creo que leí algo así en el libro que me prestaste.

—Secundó Seba con entusiasmo.

Pilu no podía parar de jugar con su nuevo amigo. Aprovechando un momento en que el animal se echó de lado, la niña se tiró con suavidad sobre su panza, donde las escamas y los pelos raleaban y se tornaban de un gris un poco más claro. Se incorporó y salió corriendo, seguida de cerca por el animal que daba saltitos y retozaba con ella rengueando de su pata derecha.

Inara miró la escena con ternura. Era imposible ver a los cachorres jugando sin desplegar una sonrisa. Pero de pronto recordó por qué el Nahuelfilú se encontraba allí. Todo el dolor de su pueblo que era expulsado de su tierra de origen por una compañía foránea. Recordó que aquel animal que se divertía y brincaba inocentemente con Pilu, era un arma de guerra que ella había convocado para librar la batalla que le tocaba a su gente. Apretó los labios y trató de reprimir las lágrimas de bronca y enojo que asomaron a sus párpados. Seba, que no miraba al Nahuelfilú y su hermana, sino que se perdía en las expresiones de Inara, se dio cuenta inmediatamente del cambio de humor de la adolescente y la tomó de la mano.

—Te vamos a ayudar en tu lucha. En lo que sea que necesites. —Le dijo tratando de confortarla. Inara se secó las lágrimas de los ojos, sonriendo y se forzó a apartar su mente de esos pensamientos tan negros. Las risotadas de Pilu llamaron la atención de los chicos. Ambos giraron las cabezas para ver a la

extraña pareja jugar, y se quedaron así, tomades de la mano.

Inara entró a su casa como volando. Tenía una alegría tan grande que ni siquiera se dio cuenta que Tahie estaba allí mismo, agachado, encendiendo el fuego en la estufa a leña. Inara dio un giro de baile, y se percató de la presencia de su padre justo a la mitad. A pesar de sentir algo de vergüenza, la adolescente no se amedrentó, y no solo terminó su giro, sino que siguió bailando hasta llegar a él y lo abrazó.

—Estás muy contenta últimamente. —Observó Tahie.

—Porque tengo amigos muy geniales. —Replicó Inara al instante y besó a su padre en la frente.

Una vez que el fuego estuvo encendido, Tahie se paró y ambes se detuvieron un momento a admirar las llamas. Algunas chispas estallaban por aquí y por allá, entre las largas lenguas amarillas, azules y rojas que lamían la madera sedientas de oxígeno.

—*Chachai* ¿Si yo hiciera un ritual...

—¡Ni se te ocurra Inara!

La magia se cortó al instante. La mirada severa de Tahie atravesó a Inara de lado a lado, dejándola de una pieza.

—¡Pero papá! —Alcanzó a protestar la adolescente.

—¡No podés jugar con cosas que no entendés!

Tahie sabía que estaba siendo duro con Inara. Ella tenía todo ese poder en su ser y no tenía forma de expresarlo, ni nadie que le enseñara a hacerlo saludablemente. Respiró profundo y comenzó de nuevo.

—Ya vas a tener la oportunidad de entrenarte, solo tenés que tener paciencia.

Inara sintió que la bronca le subía, coloreándole de rojo las mejillas.

—Mientras nosotros tenemos paciencia los *huincas* nos roban las tierras.

Ser pare nunca fue una tarea sencilla. Tahie iba a necesitar toda su paciencia y amor para tratar de guiar a su enardecida hija por el buen camino.

—Estamos dando esa lucha, de forma legal.

—¡Con SUS leyes! —Ya no era un débil rubor lo que subía por las mejillas de Inara. Un fuego ardiente e incendiario le abrazaba el estómago y le oprimía el corazón.

—No vamos a tener esta discusión otra vez. Estamos haciendo lo que es correcto y punto. —Tahie trató de terminar la pelea sabiendo que era inútil.

—¡Si fuera por vos nos la pasaríamos revisando papeles, mientras ellos hacen lo que quieren con las tierras que por derecho nos pertenecen!

Inara no sabía qué hacer con el sentimiento de impotencia que la embargaba. Se dio media vuelta y caminó

hacia su habitación. Cerró la puerta con un golpe que intentó demostrar que ella tenía razón, además de la última palabra, en aquella disputa.

Tahie añoró los viejos tiempos en que su hija no tenía más preocupaciones que jugar y ser feliz. Dio un profundo suspiro y deseó con todas sus fuerzas que les nueve amigos de Inara la ayudaran a distraerse de los problemas de los adultos. Miró el fuego que crepitaba en el hogar preguntándose cómo haría para sobrevivir a los años de adolescencia que apenas despuntaban en la vida de su hija. El fuego lamió los troncos con un lengüetazo silencioso como única respuesta.

La montaña de papeles y carpetas hacía equilibrio sobre la mesa en la que Sebastián y Pilu tomaban el desayuno. De vez en cuando la niña lograba sacudirse la modorra lo suficiente como para beber un sorbo de leche chocolatada. Sebastián, en cambio, estaba alerta y contento, recordando la existencia del animal fantástico que había descubierto, e ideando estrategias para volver a tomarle la mano a Inara de forma “natural”.

Jorge entró a través de la puerta de la cocina bien equipado con un termo y un mate. El ventanal, luciendo una vista de lujo al lago cristalino, trató de seducirlo sin éxito. Jorge se pertrechó cómodamente en la mesa y se cebó un mate,

luego se dispuso a leer las carpetas que conformaban la pila, empezando por la de arriba. Más temprano, esa misma mañana, cuando Sebastián vio la montaña de papeles que hacía equilibrio sobre la mesa imaginó que aquello sucedería, pero no pudo evitar hacer una mueca y fruncir el ceño cuando vio como sus especulaciones se hacían realidad.

—Hoy es domingo. —Dijo al mismo tiempo que tomaba un sorbo de leche, para disimular el repentino mal humor.

—Igual tengo que trabajar. —Replicó Jorge asombrado.

—Siempre tenés que trabajar. —Sentenció Seba por lo bajo.

A la que más sorprendió el golpe sobre la mesa fue a Pilu, que en ese instante se despertó completamente y comenzó a prestar atención a lo que sucedía a su alrededor.

—¡Estoy cansado de esa actitud de mierda que tenés! ¡Sacá la cara de culo Sebastián!

—¿Y tu actitud qué? —Jorge denotó con un gesto que no entendía el reclamo de su hijo. —Nos hiciste dejar nuestra casa y nuestros amigos porque, "supuestamente", acá íbamos a pasar más tiempo juntos, ¡Y al final es igual que en Buenos Aires!

—Mi trabajo te pone la comida en el plato.

Jorge creyó que con aquella respuesta daría por terminada la discusión. Todo lo que hacía lo hacía por sus hijos. Si bien no pudo evitar sentir el pinchazo de la culpa,

estaba seguro de que una vez que terminara aquel proceso judicial, sus vidas serían más tranquilas y tendrían más tiempo para disfrutar en familia. Solo hacía falta un poco más de tiempo, pensó y suspiró profundo para intentar calmarse.

—Sí, a costa de las tierras *mapuche*. —Dijo Seba con la voz gélida y los ojos pegados al fondo de su taza.

—¿Qué dijiste?!

—Que tu trabajo es cagar a los *mapuche*. —Esta vez Sebastián miró a su padre directamente a los ojos, desafiante.

—¡Mi trabajo es defender a una de las partes en una legítima disputa por tierras fiscales! —Dijo Jorge mientras golpeaba el dedo índice contra la mesa. No podía creer lo que escuchaba, aquellas no eran pensamientos propios de su hijo. —Esas ideas te las mete la piba esa en la cabeza, que es agresiva y provocadora.

—¿Inara? Vos estás loco...

De pronto sonó el timbre e interrumpió la discusión. Jorge se levantó para atender, pero no iba a dejar que su hijo se quedara con la última palabra.

—¡Esta conversación no se terminó, eh! No quiero que la veas más a esa piba.

Sebastián, haciendo oídos sordos, tomó un sorbo de la leche que le quedaba y masticó una tostada con rabia. Jorge caminó hasta la puerta maldiciendo el día en que su hijo trabó amistad con Inara, pero al abrirla su actitud cambió

completamente. Del otro lado se encontró con la cara de Alex petrificada de enojo.

—¡Tenemos que hablar! —Dijo el extranjero a modo de saludo.

Jorge lo hizo pasar con un gesto y trató de disculparse

—Señor Luser, le garantizo que estoy haciendo todo lo que está en mi poder...

—¡Luxer! Mi apellido es Luxer. —Aquello empeoraba las cosas, no era suficientemente malo que su jefe se presentara un domingo con cara de pocos amigos, encima Jorge lo insultaba confundiendo una letra de su apellido.

—Si ésta es la forma en que lleva adelante el juicio, ya entiendo por qué estamos tan atrasados. —Replicó Alex con desprecio.

—Discutámoslo en mi estudio por favor. —Jorge no quería que sus hijos lo vieran siendo humillado. Ya bastante mal había comenzado el día.

Alex caminó hacia el fondo de la casa, sin poder contener su frustración

—¿Sabías que cada día que pasa son miles de dólares que se pierden? —Jorge asintió en silencio, tratando de no echar más leña al fuego, y caminó cabizbajo detrás de su jefe, dirigiéndose hacia el estudio.

Sebastián vio triunfante cómo Alex y Jorge se perdían por el pasillo y sonrió socarronamente. Para disimular, por si su

padre todavía podía verlo, tomó otro sorbo de leche cubriéndose la cara con la taza del desayuno.

El riff acompañado de la guitarra de Jack White invadió los oídos de Sebastián. No pudo evitar que su pie izquierdo acompañara el ritmo y pegara contra el brazo del sillón que estaba en la otra punta de su cabeza, mientras con sus ojos seguía atento las líneas que daban cuenta de la cultura *mapuche* en el libro que le había prestado Inara. Pilu, sentada en el suelo, miraba "*The Rocky Horror Picture Show*" en su *tablet*. Y repetía el diálogo sincronizadamente con el video. Sin embargo Seba no podía escuchar el doblaje al castellano neutro en el que seguramente se expresaba el lúgubre mayordomo Riff Raff, porque sus oídos estaban llenos de *White Stripes*. En el mismo instante en que Jorge y Alex ingresaron en el living-comedor, provenientes del estudio de su papá, comienzan los primeros versos del tema:

*I'm going to fight them off
a seven nation army couldn't hold me back*

Sebastián los miró por encima del libro con la fuerza de la bronca que le inspiraba la canción, y sin embargo a su vez la disimulaba para no empeorar las cosas con su padre. Vio como Alex y Jorge se dirigieron a la puerta de entrada y se quedaron

charlando brevemente, mientras por los auriculares el pulso rítmico de las notas lo llenaba de enojo contenido. Las figuras de los dos adultos se recortó contra el fondo del lago que entraba por la ventana de paños fijos, y sus labios parecían coincidir con los versos de la canción:

*don't want to hear about it
every single one's got a story to tell*

De pronto, en el primoroso pedazo de cielo que recortaba la ventana, se vio un rayo azul proveniente de la parte más lejana de la costa del lago. Sebastián se puso de pie en un salto y se quitó los auriculares de las orejas. Inmediatamente el ambiente se llenó de los ruidos familiares y la penetrante voz del *Doctor Frank-N-Furter* explicando en una canción que era un travesti dulce de Transilvania. Jorge y Alex se acercaron lentamente a la puerta mientras charlaban entre sí.

—Déjelo en mis manos, usted no tiene que preocuparse de nada señor LuXer. —Dijo Jorge mientras abría la puerta de entrada lentamente.

—Esperemos que así sea. —Contestó el anglosajón con una mueca de hastío.

Sebastián vio como Alex y su padre se daban la mano en señal de despedida y pergeñó rápidamente su plan. Puso en sus labios la sonrisa más encantadora que pudo y se acercó a la pareja. Ni muy lento ni muy rápido, a la velocidad justa, para

no levantar sospechas ni demostrar su propia ansiedad. Tocó sutilmente el codo de Alex y le sonrió a su padre.

—No te preocupes papá, yo acompaño al señor Luxer hasta el auto.

Jorge se sorprendió con la actitud tan discordante que demostraba su hijo después de cómo habían dejado su discusión, pero lo tomó como un gesto de conciliación y sonrió satisfecho.

—Bueno, gracias hijo. Hasta luego señor Luxer.

—Hasta luego.

Después de que ambos salieran al exterior, Jorge reposó su mano en el picaporte cerrado meditando la situación con sospecha. Rápidamente desestimó todas aquellas cavilaciones con un gesto de la mano y caminó hacia su despacho hasta que se perdió de la vista. En la *tablet* de Pilu el *Doctor Frank-N-Furter* subía en un antiguo ascensor a su laboratorio, dando por finalizado su cuadro musical.

Sebastián trató de mantener una sonrisa lo más natural que pudo durante todo el trayecto hasta la 4x4 de vidrios polarizados de Alex. Trató de encontrar un tema de conversación que aliviara la incomodidad del momento.

—Así que... ¿Hace cuánto tiempo que estás en

Argentina? —Preguntó, mientras miraba furtivamente sobre el hombro del anglosajón hacia el lugar donde había visto el rayo azul que un momento antes había partido el cielo en dos.

—Doce años.

—Viniste con la empresa ¿no? —Sebastián no pudo evitar volver a mirar distraídamente sobre el hombro del empresario, sin embargo esta vez el gesto no le pasó inadvertido a su interlocutor.

—Sí... desde que empezamos con el programa de promoción forestal. —Dijo mientras comenzaba a darse vuelta para saber qué era lo que llamaba tanto la atención del adolescente. En mitad de ese movimiento un nuevo rayo azul volvió a salir disparado hacia el cielo.

—¡Qué interesante! —Gritó Sebastián a boca de jarro ya que no se le ocurrió otro modo de distraerlo. Su táctica funcionó, puesto que Alex, sobresaltado, se quedó mirando la cara del adolescente con extrañeza y no llegó a ver el rayo, que pronto se perdió en la inmensidad celeste del cielo.

Sin perder un segundo Sebastián abrió la puerta de la camioneta e invitó al extranjero a subirse con un gesto.

—Me lo tenés que contar todo... la próxima vez que vengas a casa. —Aclaró el adolescente mientras le daba un suave empujoncito en la espalda animándolo a sentarse en el asiento del conductor.

—Ok... —La sospecha se agudizó en Alex, desconfiado

por naturaleza. Sin embargo, no se hizo lo suficientemente fuerte como para darle algún tipo de importancia.

—¡Hasta la próxima! —Saludó Sebastián al mismo tiempo que cerraba la puerta de la camioneta.

Alex miró por la ventanilla a aquel extraño adolescente que le sonreía de forma exagerada y lo saludaba con la mano. Pensó que se trataba solo de un joven extraño, hijo de un empleado suyo. Era muy poco probable que todo aquello tuviera algún propósito oculto. Se encogió de hombros y arrancó la camioneta sin mirar atrás dos veces. Sebastián lo saludó con la mano alzada y una sonrisa entre los labios hasta que la camioneta se perdió de su vista. Suspiró aliviado y se dio vuelta para inspeccionar el cielo cerca del lugar donde los rayos azules habían aparecido. Pronto vio que un nuevo haz de luz se desplegó por la cúpula celeste y comenzó a correr en esa dirección sumamente preocupado.

La tierra del camino se revolucionó al paso de las ruedas de la 4x4. Delante de la camioneta estaba calmo y quieto, pero apenas pasaba, las motas se levantaban a bailar en el aire, creando una cortina marrón amarillenta que impedía ver a más de un palmo de la nariz, si es que las motas de polvo tuvieran nariz. Dentro del vehículo se escuchaba una música

suave que salía del celular conectado por *bluetooth* a los parlantes delanteros. Reinaba un clima de tranquilidad y despreocupación. De pronto la música se detuvo y comenzó a escucharse el *ringtone* de una llamada. Alex desvió la mirada del camino para fijarla en la pantalla del teléfono, que estaba colgado de una de las salidas del aire acondicionado por una pinza con un imán en la punta.

—*Damm*. —Dijo al leer “*central office*”, detuvo el auto inmediatamente y tomó el teléfono para acercárselo al oído.

—*Luxer speaking*. —Al otro lado del auricular se escuchó una voz apagada que hablaba en inglés en un tono no muy amigable. —*We are doing our best to solve this problem in record time*. —Trató de excusarse Alex lo mejor que pudo. Sin embargo la voz al otro lado del teléfono levantó el tono hasta llegar prácticamente a sonar como un grito. Alex decidió calmarse. Le habían enseñado a aparentar que siempre estaba en control de la situación, aunque el mundo se estuviera viniendo abajo. Puso la mejor sonrisa que pudo, porque también le habían enseñado que si uno está sonriendo eso puede escucharse a través del teléfono. —*Don't worry, this won't happen again by any chance. I have left my heart and soul on this matter, and I guarantee the land will belong to GK International by the next month*. —Del otro lado la voz sentenció algo en tono determinante y la comunicación se cortó de golpe.

Alex por fin respiró y con la exhalación dejó escapar todo su enojo y frustración.

—*For god's sake! I'm doing my best dealing with these barbarians in the end of the world!* —Dijo para sí mismo al tiempo que arrojaba el teléfono al asiento del acompañante. Tomó la parte superior del volante con ambas manos y apoyó la frente en ellas. Una vez que se hubo calmado un poco levantó la cabeza, y, si no hubiera estado sentado se hubiera caído al piso del asombro al ver un rayo azul partiendo el firmamento en dos mitades. Durante unos segundos permaneció inmóvil, con la mirada clavada en el cielo, tratando de darle algún sentido a lo que había visto. Pero antes de que pudiera armar una respuesta razonable, vio que otro rayo azul salía despedido de la tierra a la cúpula celeste. Sin pensarlo dos veces, arrancó la camioneta y cambió la dirección hacia la que se dirigía.

El dulce canto en *mapudungun* era casi imperceptible para el oído humano. Pero a cualquiera se le hubiera hecho evidente que la que cantaba era Inara, ya que se balanceaba rítmicamente, sentada sobre una piedra, acompañándose por una *wada*. Sebastián llegó corriendo a la costa del lago para toparse de frente con la escena. El Nahuelfilú, parado junto a

Inara, se puso rígido de golpe y se elevó en el aire a unos diez centímetros del piso. Levantó la cabeza, y de su boca salió un rayo azul que se perdió en el cielo. Luego cayó, con todo su peso, sobre el piso de tierra. Se quedó quieto y acurrucado en el mismo lugar, respirando con dificultad. Al sentir una mirada extraña sobre su espalda Inara dejó de cantar.

—¿Qué estás haciendo?! —Sebastián la miró con incredulidad.

Se acercó lentamente al Nahuelfilú y se agachó para acariciarlo y confortarlo un poco con su cariño. Inara sintiéndose en falta evitó la mirada acusadora del adolescente y también la del exhausto animal tendido a su lado.

—Alexander Luxer casi ve los rayos, por suerte pude distraerlo a tiempo.

Inara ya no se sintió culpable, sino sorprendida y suspicaz.

—¿Y vos que hacías con Alexander Luxer?

Sebastián se dio cuenta que, sin querer, había dejado al descubierto su coartada. Pero al sentir al terrorífico animal quejarse y temblar bajo su mano ya no le importó haberlo hecho.

—Está exhausto ¿Qué le estabas haciendo? —Dijo con la voz endurecida y siguió acariciando a la enorme criatura.

—Estaba tratando de controlarlo, para usarlo contra *GK* y defender los derechos de los *mapuche* como verdaderos

herederos de la tierra, —el discurso le salió perfecto, con el tono beligerante y certero de los que reclaman legítimamente, pero no puedo evitar sentir la culpa que le carcomía el alma —pero está muy débil para poder luchar.

Inara se largó a llorar en silencio, cubriéndose la cara con las manos. Sebastián sintió una vibración en el aire que le hizo entender que algo de la situación había cambiado. Al levantar la vista vio que Inara estaba llorando y se compadeció de ella. Se le acercó y, sentándose a su lado, la abrazó para consolarla. Al contacto con los brazos cálidos de Sebastián Inara sollozó más fuerte, dejando libre toda la frustración y el dolor que le provocaba la situación, bajo la seguridad de sentirse querida y escuchada.

—Mi papá es indolente, y quiere que sigamos luchando por las tierras a través de la leyes, pero yo sé que nos van a ganar, Seba. Ellos siempre ganan. —Le dijo con la cara húmeda de lágrimas, que inmediatamente volvió a ocultar en el hueco del pecho del joven para seguir sollozando.

El adolescente le palmeó la espalda con dulzura. Él tampoco sabía qué hacer con tanta angustia, con una situación tan compleja, tan adulta, y cómo lograr que una niña que se tiene entre los brazos deje de llorar.

—Quizás... quizás hay alguna forma de sanar al Nahuelfilú. O de controlarlo de otra manera para que no se canse tanto. —Inara levantó la cabeza y lo miró a los ojos; el

estruendoso sorbido de mocos, no impidió que el joven notara que en ellos había una luz de esperanza. Sebastián le acaricia el pelo —Tendríamos que averiguar más, fijarnos en los libros en el portal de la comunidad. Quizás chatear con un *machi* de alguna otra reserva.

—¿Te parece? —Preguntó Inara sonriendo. Sebastián se encogió de hombros. Se levantó y ofreció su mano de apoyo para que ella también se levantara.

—La esperanza es lo último que se pierde.

Inara sonrió todo lo ancho de su boca. Se secó las lágrimas con el puño de la remera manga larga. Tomó la mano de Sebastián con decisión y, dando un fuerte salto, se puso de pie en un santiamén. Les dos jóvenes comenzaron a caminar lentamente, muy juntos el uno de la otra. Sebastián rodeó los hombros de Inara con un brazo y ella, con suma naturalidad, inclinó la cabeza para apoyarla, a su vez, sobre el hombro de él. Ambes se alejaron lentamente hacia el horizonte

Apenas un leve ronquido rompía la calma de aquel atardecer glorioso. Las estrellas se asomaban lentamente a la cúpula azulina sólo para contemplar la majestuosidad del robusto pecho de escamas negras que subía y bajaba con cada respiración. El viento peinaba con dulzura los ralos pelos que

aparecían, aquí y allá, sobre la coraza negrizul metalizada. De pronto un ojo guardián se abrió de par en par. Sobre el fondo ámbar se destacó el tajo oscuro que dibujaba la pupila, haciéndose cada vez más fina a medida que se agudizaban los sentidos de la bestia. Recién entonces hubiera sido audible para el oído humano el ruido de plantas moviéndose y pasos en la lejanía. Pilu se aproximaba a toda velocidad y con muy poca discreción hacia el monstruo. El Nahuelphilú levantó la cabeza y observó cómo la niña se acercaba corriendo hacia él. Apenas lo tuvo al alcance de la mano, prácticamente se le tiró encima, abrazándolo por el cuello a modo de saludo amistoso y siguió, en su alegre trote, hasta la orilla del lago. El Nahuelphilú se incorporó lentamente. Caminó dos pasos y estiró las patas de atrás al mismo tiempo que bostezaba con la boca completamente abierta, mostrando la lengua bífida y azul que se rizaba entre los afilados colmillos. Dio media vuelta y se acercó a la niña con parsimonia, para frotarse contra ella mientras emitía un ronroneo tibio y acompasado. Pilu respondió a su cariño con caricias. No pasó mucho tiempo hasta que se pusieron a jugar. Se correteaban mutuamente dando pequeños saltitos hacia atrás para evitar ser atrapados por el otro. A pesar de renguear de una pata, lo que hacía que se cansara con mayor rapidez, el Nahuelphilú jugó con Pilu durante largos minutos, sin percibir en ningún momento que estaban siendo espiados. Alex, oculto entre los matorrales,

grababa con su *smartphone* el juego de les cachorres, sin poder creer que aquel animal fantástico existiera de verdad y estuviera saltando y trotando delante de sus propios ojos. Pilu perdió el equilibrio de pronto, cuando una raíz le atrapó el pie. Para evitar la caída se agarró de un arbusto de hojas largas y filosas que, acertadamente, ralentizó la caída de la niña sin detenerla. Y la pequeña humana cayó de cola, como si fuera en cámara lenta. Tratando de asimilar el golpe, Pilu se quedó sentada un momento sobre el piso duro y polvoso. Abrió los dedos lentamente, percibiendo cómo los latidos que sentía en la palma iban agudizándose, y vio los cortes paralelos dibujando rayas sanguinolentas en su mano. El Nahuelfilú se acercó rápidamente percibiendo el peligro. Olió la mano de la niña con delicadeza y sintió el aroma metalizado de la sangre. Sin dudarle un instante abrió la boca y de ella salió una nube azul que envolvió la mano de la niña. La nube era liviana y apenas húmeda, pero densa; tardó unos segundos en disiparse completamente y permitir que se vuelva a ver la pequeña garra humana. Cuando terminó de desvanecerse del todo Pilu notó, no sólo que la mano ya no le dolía más, sino que las heridas habían desaparecido en su totalidad. Asombrada del maravilloso hechizo, movió los dedos comprobando su eficacia, y para su sorpresa un pequeño rayo azul salió disparado y se perdió rápidamente en el aire. Pilu miró al Nahuelfilú con fascinación y agradecimiento. Volvió a mover los dedos y un

nuevo rayito azul se desprendió de sus puntas, electrizando el ambiente. Ella estaba fascinada, pero sabía que el truco no funcionaría una tercera vez, puesto que ya no sentía el cosquilleo electrificante que hasta hace un momento le recorría el cuerpo y se agudizaba al llegar a las últimas falanges de su mano derecha. Feliz de que su vida estuviera llena de magia, como en una película fantástica, Pilu se levantó del suelo y se puso a jugar alegremente con el Nahuelphilú, feliz y satisfecha de poder ser amiga de una criatura tan maravillosa. Alex, entre tanto, se tapaba con la mano la boca abierta, para evitar emitir algún sonido que delatara su escondite. Todavía no podía creerlo y sentía que en cualquier momento su asombro lo iba a traicionar escurriéndosele por la boca en forma de quejido. Cuando finalmente volvió a sentirse un poco recobrado, detuvo la filmación y guardó el celular en el bolsillo. Luego, caminó lentamente hacia atrás, dando pasos cuidados y silenciosos. Lentamente, sin hacer ruido, se escurrió de la escena y se alejó, todavía estupefacto.

La oficina estaba revestida en madera de algarrobo para que combinara con la particular “decoración”. Ni los afilados colmillos del jabalí, ni la puntiaguda cornamenta del ciervo colorado habían podido resistir los embates de cazador

experimentado de Alexander Luxer, puesto que ambas testas estaban allí colgadas, exhibiendo el triunfo del extranjero en una lucha a muerte. También había un ñandú con las alas desplegadas apoyadas contra la pared, a modo de marco natural. El taxidermista había hecho un excelente trabajo, ya que todos los animales tenían un brillo en los ojos que daba la impresión de estar húmedos, reflejando la furia frustrada de los últimos momentos de vida. Los otros trofeos de caza que exhibían las paredes eran de tierras que estaban a un océano de distancia. La cabeza de un león emitía un rugido mudo. El cuero de una cebra oficiaba de alfombra. Y sobre una mesita de cedro se veía el enorme colmillo de elefante rematado con una terminación de plata y oro labrados con preciosismo. Cada vez que los miraba Alex experimentaba un orgullo casi paternal. Se sentía poderoso e indestructible. Pero en ese momento no les prestaba ni la más mínima atención. Estaba con los ojos clavados en la pantalla de su *laptop*, en la que se reproducía el video de Pilu con el Nahuelphilú. Si se lo hubieran contado, Alex jamás habría creído en la existencia de una criatura semejante. Se hubiera reído y no hubiese vuelto a pensar en eso jamás. Pero allí estaba, delante de sus propios ojos. Detuvo el video en un momento en el que se veía al Nahuelphilú de cuerpo entero, y Pilu quedaba fuera de cuadro, e hizo una captura de pantalla. Entró al buscador de internet con pocas esperanzas, pero sin resignarse y arrastró la fotografía hasta la barra de búsqueda.

El milisegundo que tardó el navegador en presentar más de cien mil links a imágenes de criaturas similares al Nahuelfilú, no le dio tiempo de sentir la zozobra que da la expectativa. Lo que sí percibió inmediatamente, al ver los múltiples resultados, fue el ansia del cazador creciendo dentro de sí, royéndole las entrañas lenta pero exponencialmente. La mayor parte de las imágenes correspondían a portales *mapuche*, muchos escritos en *mapudungun*. En general se trataba de dibujos de animales con las mismas características que el Nahuelfilú, pero ninguno coincidía con él exactamente, dando cuenta de que eran bocetos reconstruidos de relatos orales o escritos. Alex no leía con detenimiento la información, más bien saltaba de una página a otra con animada excitación. Se le quedó fijada la palabra Nahuelfilú, pero el resto se le mezclaba con sus propios pensamientos acerca de lo que significaría capturar un animal de esas características: poder, dinero, fama. Finalmente una frase saltó de entre las muchas palabras que Alex percibía sueltas y carentes de sentido, para clavársele en la retina como una aguja hipodérmica: “puede transferir sus poderes”. Aquello no solo le daba sentido a los rayitos de luz azul que habían salido de la mano de Pilu luego de su mágica curación, también hacía estallar los límites fijados en las más alocadas fantasías que jamás hubiera tenido Alex acerca del poder. Si él tuviera las mismas capacidades del Nahuelfilú, el mundo comería de su mano. No habría restricciones para sus deseos y ni siquiera

necesitaría dinero para lograrlos. Él sería capaz de TODO.

Tres sutiles golpes en la puerta lo despertaron de sus ensoñaciones. Alerta, abrió un archivo cualquiera que ocultaba sus recientes búsquedas en la pantalla. Una vez que todo volvía a parecer normal, dijo suavemente: “Adelante”. Jorge entró con una sonrisa sumisa y la cabeza gacha

—Señor LuXer. Vengo a darle una buena noticia. —Dijo remarcando la x en el apellido de su jefe, desconociendo que aquello irritaba más a Alex que el primer descuido que había creado una absurda polisemia en su nombre.

El extranjero no disimuló en nada su impaciencia e irritación, y tamborileó ruidosamente los dedos sobre el escritorio mientras Jorge se sentaba en la silla al otro lado del mismo. Mosqueado, le hizo un gesto a Jorge para que comenzara a hablar. Sin embargo este último comenzó a sacar papeles y más papeles de una carpeta que traía consigo, acomodándolos prolijamente en el escritorio para que, en su despliegue, todos fueran visibles para Alexander.

—Me di cuenta que podemos destrabar el conflicto por las tierras presentando un recurso que obliga a las partes a...

—Sí, sí, sí, muy bien. —Lo cortó Alex juntando bruscamente todos los papeles que Jorge había desparramado con tanto cuidado y precisión; volviéndolos a meter en un solo movimiento de nuevo en la carpeta que estaba abierta sobre el escritorio. Cuando vio la cara contrariada de su interlocutor,

Alex trató de suavizar la situación. —Estoy seguro, señor Martelli, que es perfectamente capaz de solucionar el problema. —Dijo cerrando la carpeta con un gesto firme y apoyando la mano sobre la misma para acercarla al extremo opuesto de la mesa. —No hace falta que me cuente cómo.

Jorge estaba fuera de sí del asombro, y se quedó unos minutos inmóvil, hipnotizado como un conejo frente a los faros del vehículo que está apunto de atropellarlo. Alex hizo un gesto con la mano para indicarle que se fuera.

—Vaya nomás.

Fueron las palabras que lo sacaron de su aletargamiento. Cerró la carpeta y salió de la oficina sin poder creer que el hombre con el que recién había hablado fuera el mismo que se presentó el domingo anterior en su casa exigiendo, no solo resultados, sino explicaciones sobre el caso por el que lo habían contratado.

Luego de que Jorge cerró la puerta, Alex reabrió los datos que había logrado recaudar sobre el Nahuelilú y se perdió en un mundo de fantasía donde él era el dueño del mundo y todos lo adoraban como a un dios.

Apenas unas horas después los grillos hacían sonar sus violines en una serenata para la luna redonda, como si aquella

noche no se pusiera en juego el destino del mundo, y fuera como otra cualquiera. Los rostros de Inara y Sebastián relumbraban al fuego de la hoguera que ardía cerca de ellos. El Nahuelfilú dormía profundamente a sus pies, ignorante de todo lo que sucedía en torno de su figura. Unos metros más atrás oculto entre las plantas, ayudado por la oscuridad y camuflado con ropas negras, Alexander Luxer miraba con ojos deseosos al animal que representaba su futuro y su anhelo.

—En serio te digo, sos una excelente cuenta cuentos...

—Lo decís por decir nomás. —Dijo la joven poniéndose colorada por los halagos de Sebastián.

Los adolescentes flirteaban descaradamente, estaban envueltos en ese mágico momento en que dos personas saben a ciencia cierta que se gustan, pero todavía no ha pasado nada y llevan adelante conversaciones cargadas de tensión como si fuera lo más natural del mundo, y hablaran con una vecina sobre el clima. Alex, aprovechando que solo tenían ojos le une para le otre sacó un pescado de una bolsa, y sopló en dirección al Nahuelfilú, rogando que su fino olfato captara el olor del alimento.

—Es en serio, sos genial. —Reafirmaba Seba mirando el piso, muerto de vergüenza, sin notar que el monstruo dormido había despertado y bostezaba mostrando la lengua bífida entre los gruesos colmillos. Enseguida captó el olor del pescado fresco y olisqueó el aire, buscando con la nariz la dirección

adecuada hacia la que se encontraba su cena. Mientras tanto Inara empujaba suavemente con el hombro a Sebastián, entrando en una burbuja de intimidad llena de nerviosismo y expectativa, que inmediatamente les aisló del mundo.

El Nahuelfilú giró la cabeza hacia donde estaba Alex, y abrió la boca para poder percibir mejor el olor exquisito de la carne blanca. Clavó sus pupilas verticales en los ojos brillantes del pescado muerto. Percibió también el hedor a sudor y adrenalina del humano adulto, pero no le dio mayor importancia, todo sus sentidos estaban puestos en el delicioso refrigerio que se le ofrecía, y la boca se le llenó de saliva. Se levantó lentamente, más por pereza que por precaución, y comenzó a seguir a Alex, quien lentamente se movía hacia atrás, alejándose paso a paso. Como a la distancia, el Nahuelfilú escuchó la risa nerviosa de Inara, que florecía como un ceibo en los albores del amor.

*

Lejos del resplandor del fuego y los oídos de los adolescentes, Alex había dejado un palo que en una punta tenía lazo ahorcador, y en la otra una cuerda para cerrarlo y abrirlo, como los que se utilizan para capturar perros salvajes o enfurecidos. Hacia allí se dirigió Alexander, sosteniendo el pescado, seguido de cerca por el Nahuelfilú. El corazón le retumbaba con la excitación de la caza. A menos de dos metros tenía la cabeza de una criatura mitológica y feroz. Si sus planes

salían bien, pronto aquel animal sería suyo, y con él la gloria y el poder. Sin sacar la vista del monstruo, el anglosajón se agachó y estiró el brazo para tomar el palo de entre el yuyaral. Dejó el pescado sobre el suelo de tierra y se alejó unos pasos más, para darle lugar a que comiera a sus anchas. El Nahuelphilú se abalanzó sobre el pez y masticó con entusiasmo. Mientras tanto Alex, con muchísimo cuidado, pasó el lazo lentamente por la cabeza del Nahuelphilú. Al llegar a la altura del cuello apretó el dispositivo y la cuerda se cerró, ahorcando con fuerza el cuello de la fiera.

*

—También vas a ser una excelente maga... *Machi*... Lo que sea...

Era impresionante cómo aquellas palabras de Sebastián, que en otro momento hubieran encendido la ira de la adolescente, entonces le provocaron una dulzura inconmensurable. Inara volvió a empujar suavemente con el hombro a su compañero.

—Bobo... —Le dijo, un poco por sus propias dificultades para aceptar un elogio del chico que le gustaba y otro poco para no dejar pasar la confusión del término *mapuche*. La joven miró los ojos verdes de Sebastián y se mordió instintivamente el labio mientras sonreía. Luego, inhibida bajó la vista al suelo.

*

Al Nahuelfilú no le gustó nada la sensación de la cuerda ajustándose a su cuello. En un momento estaba comiendo tranquilo y al siguiente se le atragantaba el pescado en la garganta, apretada por un abrazo estrecho como el de una serpiente. Rápidamente empezó a sacudirse y moverse por todos lados. No había víbora en el mundo que pudiera someterlo tan fácilmente. Alex, que seguía agarrando la otra punta de la vara, fue arrastrado por el suelo en un ir y venir del demonio; hasta que finalmente soltó el extremo del palo y cayó con un golpe sordo.

*

Sebastián se atrevió a levantar los ojos del suelo y mirar a Inara a la cara. Sus ojos negros eran el fondo del lago en la noche cerrada. Transmitían una calma de agua quieta que le sosegó el espíritu y el pensamiento. Sin siquiera darse cuenta de lo que estaba haciendo levantó la mano y le sacó, con el dedo pulgar, una pestaña de la mejilla. Convirtiendo ese gesto cotidiano en una caricia encubierta. Al sentir la electricidad del contacto con el adolescente, Inara soltó una risita nerviosa.

*

Alex se incorporó con determinación. No sería esa la primera vez que un animal le ganara la contienda. Tomó el palo con ambas manos, apretó el collar con fuerza y bajó el extremo opuesto al suelo para someter al Nahuelfilú. Este último, con la cara pegada a la tierra, lo miró bajando las

orejas y echándolas hacia atrás. Mostró los dientes en una especie de sonrisa feroz, y las pupilas se le alargaron y afinaron. Cualquiera otro que no hubiera sido Alexander Luxer, habría salido corriendo ante aquel gesto salvaje.

*

El roce subrepticio se convirtió rápidamente en una caricia abierta y sincera. El contacto entre los adolescentes estaba lleno de tensión y cosquilleo. Los rostros se acercaron lentamente, intuyendo la tibieza de los labios, la humedad de las bocas. Y de pronto, el sonido de un fuerte golpe les sacó del trance en el que se encontraban. Ambos se dieron vuelta al mismo tiempo y afinaron el oído. Al percatarse que el Nahuelfilú no estaba en los alrededores, se levantaron casi al unísono y se pusieron en marcha hacia el lugar de donde había venido el ruido.

*

De la boca entreabierta del Nahuelfilú salió un rayo azul. Si Alex no hubiese soltado el palo y saltado hacia un costado, lo habría alcanzado y, por el olor a quemado que salió de los pastos chamuscados en el lugar en el que pegó el rayo, estaba seguro que aquello no hubiera sido una experiencia divertida. Se dio cuenta que al soltar el palo había liberado a la bestia, la cual, luego de lo sucedido, se encontraba de pésimo humor y pocas pulgas. Sin pensarlo dos veces se dio vuelta para salir huyendo, pero aquello fue una mala idea. El instinto

cazador del Nahuelfilú se disparó automáticamente en el momento en que vio a su presa huir. Tiró otro rayo azul que fue a dar, justo, en las nalgas de Alex, las cuales se prendieron fuego instantáneamente y dejaron una estela naranja procediendo su huida. Aquella escena digna de los tres chiflados hubiera sido graciosa de no haber sido real.

*

Sebastián e Inara llegaron al lugar y percibieron el fuerte olor a quemado que dejó tras de sí el breve combate. Le sacaron cuidadosamente el lazo del cuello al Nahuelfilú, quien al ver los rostros familiares, perdió inmediatamente la irritación que le había producido el altercado. Inara miró con ojo experto el suelo para leer la historia que contaban la arena revuelta.

—Hay huellas de una persona que se fue por ahí. —Dijo señalando hacia el lugar por donde había salido Alex.

—Nosotros somos los únicos que sabemos del Nahuelfilú. —Reflexionó Seba mientras inspeccionaba el palo con el lazo que había estado colgando del cuello del monstruo. —¿Quién pudo hacer esto?

Inara se largó a llorar desconsoladamente. No estaba segura, pero intuía que quien hubiese descubierto al Nahuelfilú, lo había hecho por su culpa y su ambición. Sebastián la abrazó tiernamente para consolarla. En ese momento deseó más que nunca conocer la formula que le

demonstrara que todo iba a estar bien. Sin embargo tampoco él estaba seguro de ello. Miró hacia el lugar por donde se había escapado Alex frunciendo el ceño. Aquello realmente olía muy mal.

Capítulo 3

El pijama de Jorge no era un pijama de verdad. Era un *jogging* viejo y una remera apolillada. En realidad le gustaba dormir en calzoncillos, pero no le parecía adecuado salir así a desayunar con su familia. Por eso siempre se ponía, de forma automática, aquel pantalón raído apenas se levantaba de la cama. Arrastrando los pies y luchando por mantener los párpados abiertos, llegó hasta la mesa del comedor y se sentó a descansar unos segundos. Apoyó los codos y se sostuvo la cara con las manos. Aquello tenía un doble beneficio, evitaba que la claridad del día le molestara en los ojos y a la vez cargaba el peso de la cabeza sobre los brazos, descansando de tener llevarla sobre los hombros. Quizás se quedó dormido, porque lo siguiente que supo fue que Sebastián apareció como por arte de magia en el medio del comedor. Estaba completamente vestido y llevaba una tostada mordida en una mano y, en la otra, un grueso libro del que sobresalía una página amarillenta que, claramente, no pertenecía al mismo.

—Me voy al lago.

Jorge sintió que su reacción tardó una eternidad.

—Ni siquiera desayunamos. —Dijo haciendo un esfuerzo por rescatar su voz de entre las tinieblas del sueño.

Seba movió la mano de la tostada mordida, señalando la obriedad de la respuesta a la observación de su padre, y salió a paso ligero por la puerta principal. En la pared alledaña,

un cuadro que otrora contenía un mapa topográfico de la región, enmarcaba el vacío que habían dejado unas jóvenes manos de varón.

—¡No llegues tarde, que tengo una sorpresa para el mediodía! —Gritó Jorge despertándose repentinamente. Luego de escuchar el golpe seco de la puerta se paró y miró por la ventana cómo su hijo se alejaba a trote lento por la orilla del lago.

Pilu entró al comedor arrastrando los pies y una sábana vieja que usaba para chupar mientras dormía. Llevaba un pijama que tenía un pantalón con dibujos de rebanadas de sandía y una remera con manchas de vaca. Ella misma lo había elegido y le parecía no solo cómodo, si no elegante. Al notar su presencia, Jorge le sonrió con cariño. Aquella niña era algo digno de ver con su ropa estrafalaria y su astucia precoz. En cuanto la tuvo cerca le refregó la cabeza con la mano, haciendo que los bucles dorados saltaran de un lado para el otro y la transformaran en un ser aún más adorable. Sin embargo Pilu, que todavía seguía medio dormida, lo miró con cara de pocos amigos.

—Cambiá la cara que hoy vamos a festejar.

Pilu se sentó a la mesa con parsimonia, se hizo una almohada con los brazos y allí fue a reposar su cabeza. Con los ojos cerrados, pero volviendo de a poco a la realidad de la vigilia preguntó:

María Eugenia Velázquez

—¿Pascuas?

—Y que por fin destrabé el juicio. Les voy a preparar un almuerzo súper especial.

Jorge se acercó a la niña y le dio un beso en la cabeza. Pilu reaccionó con un gruñido de cariño y molestia combinadas. Despertarse es difícil para todes.

Sebastián corrió por la senda de arena marcada por los múltiples pasos de las personas a lo largo de distintas generaciones. En la lejanía vio a Inara y el Nahuelfilú a la orilla del lago y apretó el paso. Cuando llegó a su lado le faltaba el aire y el corazón le sonaba como el llamado urgente de un *cultrum*. Sin embargo, la adolescente ni siquiera se inmutó. Siguió acariciando automáticamente a monstruo mitológico y oteando el horizonte con la mirada perdida en la lejanía.

—Es culpa mía. —Dijo como para sí misma.

Sebastián se acercó al Nahuelfilú para saludarlo con unas caricias y miró a Inara interrogativo.

—Recién ahora me doy cuenta de todo lo que puse en peligro —se explicó la joven. —Lo primero es preservar la mitología y la cultura *mapuche*. Si no, no hay lucha posible.

Sebastián sonrió satisfecho;

—Creo que tengo la solución —dijo con orgullo de

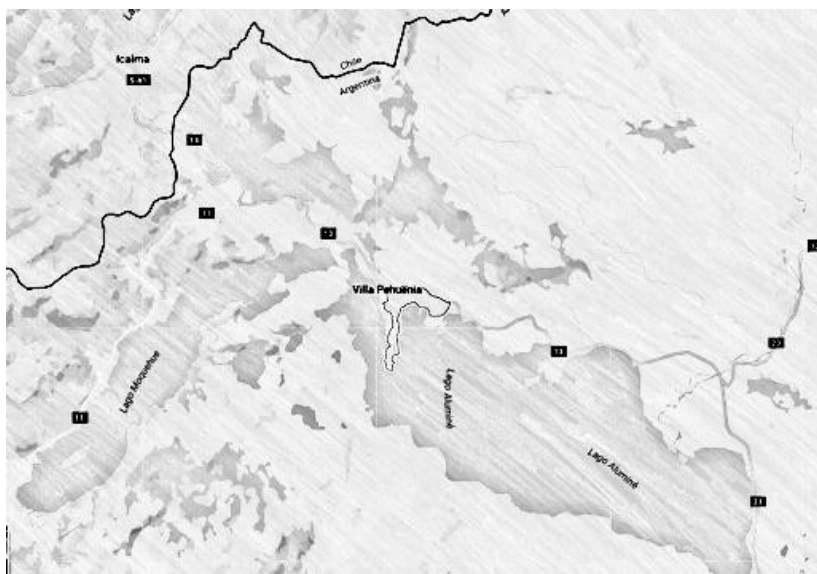
héroe primerizo y abrió el libro que traía bajo el brazo en la página donde se veía a un *machi* y sus estudiantes en la *Salamanca*. La misma que miraban cuando Inara le contó por primera vez que tenía dotes mágicas. —El libro dice que las *salamancas* son también puertas de contacto con el *Wunu Mapu*. —Las últimas palabras las pronunció muy despacio, tratando de que no se perdiera ninguna letra.

—Sí, —dijo la adolescente encogiéndose de hombros — es el mundo superior. Donde habitan los *Pillanes*, los entes protectores y seres mitológicos *mapuche*.

Totavía no entendía cuál era la solución a la que se refería el adolescente, hasta que éste sacó un mapa y lo desplegó en el suelo diciendo:

—El único problema es que tendríamos que saber donde hay una *salamanca*...

Inara miró el mapa todavía algo confundida. Pero pronto empezó a reconocer montañas y valles. Espejos de agua y recovecos que había recorrido durante toda su existencia. ¡aquel era un mapa topográfico de la región!



—Solo queda una en todo el mundo. —Sacó de su *wallca* un lápiz rojo y lo aproximó al mapa. —Queda acá, cerca del paso de Icalma. —Dijo con regocijo mientras marcaba una X en el lugar preciso.

Les jóvenes se miraron con alegría y satisfacción, llenos de esperanza. Sin embargo, de pronto Inara se puso de un humor sombrío y bajó la mirada.

—Es un viaje largo y tortuoso. Es mi culpa que el Nahuelfilú esté en peligro. —Dijo mientras seguía clavando la mirada en el piso. Así de avergonzada se sentía. —Ya hiciste

mucho por mí y todos los *mapuche*, no puedo pedirte nada más.

Los dedos de Sebastián le tocaron la barbilla dulcemente haciendo que subiera la mirada. Apenas se encontró con los ojos verdes del joven, los vio llenos de luz, amor y alegría.

—¿Cuándo arrancamos el viaje? —Dijo el adolescente mientras le regalaba la sonrisa más brillante y perfecta que Inara hubiera visto en su vida.

Les chiques se abrazaron uniendo sus cuerpos y sus almas al mismo tiempo. Bajaron los párpados y se perdieron el uno en el otro por unos instantes. Los suficientes para no percibir que el mapa se volaba y quedaba enganchado en unos pastizales a unos metros de donde estaban, fuera de su vista.

Cómo una ráfaga de viento Sebastián entró en su habitación y se dirigió directamente hacia el placard. Sacó del fondo una vieja y polvorosa mochila de viaje y una antigua bolsa de dormir. Se aseguró que todo estuviera sin agujeros y más o menos en condiciones. Lo primero que hizo fue enrollar bien la bolsa y asegurarla a la mochila a través de las correas colgantes. En ese momento pasó Pilu por la puerta, quien echó un ojo dentro de la habitación y siguió de largo. No habrá

pasado ni medio segundo que su carita volvió a asomarse.

—¿A dónde vamos? —Dijo mientras entraba en la habitación.

Sebastián frunció el ceño y continuó con su tarea como si no se hubiera enterado que su hermana estaba allí parada. Sin embargo no pasó mucho tiempo hasta que contestó:

—Vos a ningún lado.

Pilu puso la cara de gatito más tierna que pudo encontrar en todo su repertorio, y miró a Sebastián con ojos grandes y redondos. El adolescente ya no pudo hacerse el distraído y se plantó enfrente de su hermana con severidad.

—Te prohíbo terminantemente que me sigas. —Se dio vuelta y comenzó a meter algunas remeras en la mochila con cierta rudeza, para enfatizar sus palabras. —Estoy por hacer un viaje muy peligroso y vos sos muy chiquita para ir.

Al escuchar aquellas palabras el pecho de Pilu se llenó de ansiedad y entusiasmo, pero se cuidó mucho de demostrar sus sentimientos. En lugar de eso tumbó la cabeza hacia un costado y pestañeó coqueta, tratando de hacer que sus ojos parecieran aún más redondos y húmedos.

—No hay forma de que vayas de viaje con nosotros. —Dijo Sebastián endureciendo la voz y la actitud, mientras metía unos pantalones en la mochila.

Pilu ensanchó la sonrisa, segura de que la batalla estaba ganada.

*

Inara acarició el pelo ralo del Nahuelfilú y sintió bajo su mano la suavidad y el frío ofídico de las escamas oscuras del animal. Se preguntó si el Nahuelfilú era un reptil o un mamífero, o quizás una mezcla entre ambos, como el pangolín. Lo más probable es que fuera una especie de animal que no podía clasificarse con los conceptos de nuestro mundo terrenal. Y así estaba, cavilando en estas cosas cuando sintió que alguien se acercaba por los arbustos. Se puso alerta y agarró su mochila de viaje, que era casi tan grande como ella misma. Cuando vio que quién se acercaba era Sebastián, dejó su estado vigilante.

—Que suerte que llegaste ¿Ya estás listo?

Pilu apareció detrás de Sebastián llevando una hermosa mochila rosa de viaje a sus espaldas.

—¡Súper listos! —Contestó, entusiasmada, en su gracioso acento neutro.

Sebastián miró a Inara con resignación y encogió los hombros para demostrar su impotencia. La adolescente les sonrió a ambes, sabiendo que no habría forma en el mundo de convencer a la niña que no fuera con ellos. Por eso dio media vuelta y se dirigió hacia las montañas, al encuentro con sus raíces y su futuro. De cerca la siguió Sebastián. Cerrando la caravana iban Pilu y el Nahuelfilú saltando y jugando entusiasmados, desconociendo el duro camino que tenían por delante.

Las enormes llantas de la camioneta 4x4 llegaron a la orilla del lago aplastando yuyos y rompiendo arbustos. Luego de que se detuvo, bajó Alex llevando una escopeta al hombro y vestido de pies a cabeza con ropa camuflada. Esta vez no sería cauteloso ni disimulado. Estaba dispuesto a llevarse el maravilloso monstruo sin importarle a quién tuviera que enfrentarse o cual fuera el precio, monetario o simbólico, que tuviera que pagar para tenerlo en su poder. Sin embargo, todo estaba demasiado silencioso para su gusto. Rebuscó entre los pastos altos más cercanos, pero no encontró nada.

—¡Salgan de donde sea que estén y les prometo que no voy a hacerles daño! —Gritó al aire sospechando que nadie lo escucharía. —¡Solo quiero a la criatura!

Sólo los grillos y los pájaros del campo respondieron a sus gritos. Alex bajó la escopeta y miró el suelo removido. Si les chiques se habían llevado al Nahelfilú a otro lugar ¿cómo haría para saber dónde estaban? Quizás pudiera extorsionar a Jorge para que revelara su paradero. Quizás Jorge ni siquiera estaba enterado de que su hijo pasaba las horas con un feroz animal salvaje y una niña alborotadora.

Miró a lo lejos entre los pastos y vio un papel que se movía con el viento. Al enfocar mejor la mirada, se dio cuenta

que era un mapa y se acercó con entusiasmo. Con la punta de la escopeta abrió el folio para desplegarlo. Enseguida vio que se trataba de un mapa topográfico de la región. Se distinguía con claridad la orilla del lago en la que estaba parado. Y allí, a varios kilómetros arriba de la montaña, había dibujada una X roja y clara. Apoyó sobre ella la punta de la escopeta, y sonrió sardónico al entender que hacia ahí se dirigían los chiques con el Nahuelfilú. Y que los muy estúpidos se habían dejado por el camino los indicios más claros de sus planes.

Recogió el mapa del suelo y se acercó a la camioneta. De la caja sacó un bolso negro lleno de armas y todo lo necesario para pasar unos días cazando a la intemperie. Se felicitó a sí mismo por haberlo traído consigo. Más allá de que siempre lo tenía a mano y preparado para la acción, esta vez había sido la decisión acertada ponerlo en el vehículo. Se cargó el equipo al hombro y se dirigió, sin apuro pero sin pausa, hacia el mismo lugar por donde se habían perdido las figuras de Inara, Seba, Pilu y el Nahuelfilú.

Jorge vió, a través de la ventana de su hogar, la quietud del lago y sus alrededores. No se observaba movimiento en varios kilómetros a la redonda, más que el del viento sobre el follaje. Ningún paso interrumpió la melodía de los pájaros o el

restregar del violín de los grillos. Sobre la mesa la comida vaporosa perdía su calor lentamente, inventando figuras imposibles con el agua que se condensaba mientras esperaba unas bocas que no iban comerla. Jorge volvió a mirar el reloj con impaciencia, que lentamente iba convirtiéndose en angustia y desasosiego. Arrojó el repasador sobre la mesa, frustrado y temeroso y salió por la puerta. La ventana de la casa vio cómo se alejó por la orilla del lago y de haber podido pensar, hubiera dicho que aquello era un hermoso y contradictorio cuadro, con el sol radiante reflejando la desesperación de un padre en busca de sus hijos.

*

Allí a lo lejos vio una figura que se agachaba y se levantaba revisando el suelo. Al acercarse de dio cuenta que se trata de Tahie y sus miembros se pusieron inmediatamente en tensión. Ese hombre era el *longko* de la comunidad *mapuche* de la región, quien lideraba el juicio por apropiación de tierras que le están haciendo a su empresa. El juicio que Jorge tenía que ganar para *GK International*.

Tahie vio que era Jorge quien se acercaba y no pudo evitar poner cara de disgusto.

—¿Qué está haciendo usted acá?

—Vine a buscar a mis hijos. No volvieron a casa a almorzar y me preocupé. —Contestó Jorge algo cohibido por la imponente voz de autoridad del otro.

Inmediatamente Tahie se dio cuenta que ambos compartían la misma ansiedad. Y en ese momento no eran personas enfrentadas por un juicio, sino padres preocupados por el bienestar de sus hijos.

—Mi hija tampoco volvió a casa... —Dijo, dejando ver su lado más vulnerable.

—Son amigos ¿Sabías? —Ante la cara de incredulidad del *mapuche*, Jorge no pudo más que aclarar —Inara y Sebastián... Se hicieron amigos en la escuela.

—¿Mi hija amiga de tu hijo? Imposible.

—¿Por qué? —El tono de indignación que usó Jorge volvió a poner en su lugar todos los escudos defensivos.

—¿Tenés que preguntar? —Contestó Tahie, sardónico, para bajar las puntas de lanza.

Jorge se rio de toda la situación. Estaba demasiado a la defensiva, después de todo Tahie estaba preocupado por su hija. Ninguno de los chiques aparecía y todo parecía estar cubierto de una pátina de oscuridad que no podían elucidar. Jorge se sentó sobre una roca resignado, sintiendo que las fuerzas lo abandonaban y que lo tomaba la desesperanza.

—Capaz Seba lo hizo para molestarme... Le dije que no podía ver más a Inara, es una mala influencia para él. —La frase no terminó de salir de su boca que se dio cuenta que estaba hablando con el mismísimo padre de la chica. Otra vez había vuelto a meter la pata. Pero ya estaba dicho, y las

palabras quedaron colgando entre ellos como una espada de Damocles.

—Inara es una chica maravillosa. Es brillante, buena persona, se interesa por los demás, es fuerte y tiene carácter. Tu hijo solo podría beneficiarse con su influencia. —Soltó Tahie con sorprendente compostura. Sin embargo se notaba tras sus palabras y su rostro adusto un poco de bronca contenida.

Jorge tomó la decisión de hacer las paces, después de todo tenía en frente suyo a otro padre de aproximadamente su edad, que también lidiaba, en soledad, con la crianza de su prole. Bien podía pedirle algún consejo.

—Perdón, no quise decir que fuera mala persona. Es que... —suspiró y bajó los hombros con resignación —ya no sé que hacer con Sebastián. No me escucha, me desafía todo el tiempo...

Tahie se sentó a su lado y le palmeó la espalda con camaradería. Él también se había visto en muchas oportunidades en la misma situación de desesperación y desasosiego. Inara no era una niña fácil de criar, y si se había hecho amiga de Sebastián seguramente éste también sería un chico complejo y lleno de inquietudes difíciles de responder.

—Sí, la adolescencia es difícil... —¿Qué podía decirle Tahie qué él mismo no hubiera escuchado cien veces sin que le hubiera ayudado en nada? —¡Y eso que vos tenes un varón! Yo

me vuelvo loco tratando de entender como piensa una mujer.

Aquella ocurrencia le dio gracia a Jorge, quien liberó un poco la tensión con una carcajada. No quería imaginar lo que le esperaba cuando Pilu transitara la adolescencia. Pilu de apenas 6 años, perdida con su hermano de 13 en la inmensidad y la hostil intemperie. Ojalá Inara, más ducha y conocedora de la región, pudiera cuidar bien de ellos.

—¿Dónde podrán estar? —Dijo Jorge como en un suspiro. Y se sorprendió de escuchar una respuesta...

—Estuvieron acá hasta hace un rato. —Tahie miraba el piso con concentración. Al levantar el rostro y ver la cara de Jorge llena de abatimiento, se dio cuenta que carecía de los conocimientos más básicos que podían ayudar a una persona a sobrevivir en la naturaleza. Pero él no era exactamente un principiante. —Está todo escrito en el suelo.

Jorge se adelantó unos pasos y miró el suelo removido a su alrededor, por aquí y por allá pudo distinguir los pequeños piecitos de Pilu, que dejaban tras de sí la inconfundible marca de corazón que estaba impresa en la suela de su zapato. Jorge recordó el día que los habían comprado. A Pilu le habían encantado en la vidriera, porque eran negros con lunares rojos, pero en el momento que las dio vuelta y vio que en la suela se dibujaba un enorme corazón bordó, enloqueció de alegría y tuvo que comprárselas casi como una obligación. Le sorprendió ver, detrás de una huella de su hija, la marca de una zarpa de

unos 25 cm de largo. Pero trató de no pensar mucho en la cercanía de ambas huellas y supuso que se trataba de una marca vieja de animales nocturnos que bajaban a tomar agua.

—¡Vamos! ¡Se fueron por acá! —Le dijo Tahie, quien seguía leyendo la historia que contaba el piso y lo incitaba a pasar al otro lado de unos arbustos. Jorge se apresuró a salir del ensimismamiento que le produjo ver la huella del Nahuelfilú y pasó entre los matorrales hacia el claro que estaba al otro lado del yuyaral.

Al salir del otro lado de la espesura, lo primero que notaron, en un costado del claro, fue una monstruosa 4x4 negra estacionada de cualquier manera. Tahie la miró con asombro, pero Jorge la reconoció inmediatamente y se acercó a inspeccionarla.

—Esa es la camioneta de Alexander Luxer. —Dijo Jorge al tiempo que ponía la mano para usar como visera y tratar de atravesar con los ojos los negrísimos vidrios del automóvil.

Tahie a su vez miró el suelo para seguir leyendo lo que le contaba:

—¿Qué puede estar haciendo Alexander Luxer con los chicos?

Para él las cosas comenzaban a presentarse de un modo más claro. Miró las huellas que Alex dejó junto a la puerta al bajarse del vehículo y fue como si lo viera a él mismo en persona. Lo vio alejarse hacia el centro del claro y detenerse

allí unos minutos. Luego caminar hacia unos matorrales bajos e inclinarse hacia adelante. Y finalmente volver hacia la camioneta, sacar algo pesado de la caja y caminar con decisión en dirección a la montaña. También pudo ver con claridad a Inara y Sebastián a través de las huellas que dejaron. Ambos caminaron en la misma dirección que Alex, hacia la lejana montaña en el horizonte. Finalmente observó otro juego de pisadas, pequeñas, con un corazón en la suela. Miró a Jorge.

—Hay un par de huellas más. De un nene o una nena.

—Deben ser de mi hija más chica. Pilu. Tiene 6 años.

Mientras le hablaba Jorge se metía en la caja de la camioneta para inspeccionarla más de cerca, esperando, con el corazón en la boca, encontrar alguna pista que le indicara el paradero de sus hijes. Tahie volvió a concentrarse en las huellas que tenía enfrente. Las pisadas de Pilu seguían los pasos de los otros. Sin embargo algo lo perturbaba. Siempre, casi pegadas a las huellas de la niña, aparecían las huellas de un gato; un gato gigante.

—Hay algo más... —Tahie no supo si debía darle esa información a Jorge, sin embargo estuvo seguro que hasta le más ciego de los ciudadanos podía ver con claridad las garras enormes clavadas en el suelo. Y después de todo era la seguridad de sus hijes la que estaba en peligro y era mejor que ambos contaran con la mayor información posible. Se acercó a Jorge y le señaló una de las huellas en el suelo. Ambos

tragaron saliva.

—Es como un puma... —Tahie negó con la cabeza, había algo de esa descripción que no lo convencía. —Un gato grande.

—Ese es un gato MUY grande. —Dijo Jorge para tratar de evitar que lo coopte el miedo.

—Parece que todos se fueron para el mismo lado...

Tahie volvió a pegar la vista en el suelo para poder leer la historia que le contaban las huellas. Vio de nuevo a todes. Inara y Sebastián caminando muy juntas, Pilu y el Nahuelfilú jugando y saltando. Sin embargo las huellas de Alex parecían superponerse por momentos.

—Puede ser que Luxer no estuviera con ellos. Las huellas no interactúan, —Tahie miró a Jorge con seriedad —en cambio las del gato sí.

Jorge tragó saliva. No supo que quería decir aquello, pero iba a tratar de no darle muchas vueltas en su cabeza. Lo fundamental en ese momento era encontrar a les chiques. Tahie le hizo un gesto con la cabeza para que lo siguiera, y ambos padres, muy preocupados, caminaron silenciosos en dirección a la imponente montaña.

Pasaron muchas horas desde el inicio del viaje, y era

difícil creer que hubieran recorrido tanto terreno con una niña de 6 años al final de la caravana. Comenzaron a subir la montaña, y la caminata se fue volviendo cada vez más dura. Inara era la única que seguía andando cómo si el tiempo no pasara. Sentía que aquel era su hogar. Caminaba con agilidad, saltando de piedra en piedra y pisando con firmeza el suelo resbaloso de arena y piedrecillas. Había pasado la mitad de su vida en esas tierras, y conocía cada rincón y cada mata que surgía del áspero piso. Sebastián la seguía de cerca con la cara seria como perro en bote. Carecía totalmente de experiencia en aquel terreno, pero tenía voluntad y fuerza para ir hasta donde Inara le indicara. Sus movimientos eran menos ágiles que los de la joven *mapuche*, pero llevaba buen ritmo. Pilu y el Nahuelfilú eran, en cambio, otra historia. Varios metros les separaban de los adolescentes. Pilu caminaba con gran esfuerzo, tratando de levantar las rodillas lo más que podía pero, inevitablemente, arrastrando los pies de cuando en cuando. El Nahuelfilú también luchaba con el ascenso penosamente. La pata herida le molestaba y las puntadas de dolor iban volviéndose más intensas y más cercanas entre sí. Pero continuaba, imperturbable, cerrando la fila.

La montaña se volvió cada vez más empinada y el sendero fue estrechándose sobre sus pisadas. Pronto comenzaron a caminar por un camino de cabras pegado a la ladera, que no tendría más de cuarenta centímetros de ancho.

En un momento Pilu miró descuidadamente hacia abajo, vio el precipicio ensanchándose a sus pies, y se le abrió un hueco en el medio del pecho. Rápidamente levantó la cabeza y miró, hacia atrás, al Nahuelphilú que caminaba con esfuerzo. La visión de aquel monstruo gigante y herido siguiéndoles con sacrificio estoico la conmovió. La sonrisa le salió del centro del alma, pero la distracción hizo que pisara una piedra floja del camino estrecho y la misma se le volvió espanto cuando sintió la fuerza de gravedad chupándola hacia el vacío. Sebastián e Inara se dieron vuelta al escuchar el ruido. Con cara de horror vieron como Pilu comenzaba a caer por la pendiente pedregosa de la montaña, dando manotazos desesperados al aire en un intento vano de agarrarse de cualquier cosa que le permitiera volver a colocar los pies sobre la tierra. El Nahuelphilú, ágil como una pantera y rápido como una víbora, estiró la cola en dirección a la niña. Pilu se agarró de ella con la fuerza que da la urgencia de la desgracia y sin querer, ni darse cuenta, arrancó un par de pelos negros que luego encontraría sorprendida en la palma de su mano. El Nahuelphilú subió lentamente la cola hasta muy por encima de su cabeza y colocó a la niña sobre el suelo firme, con la delicadeza de quien está acostumbrado a cuidar de cachorrxs.

Embotada como estaba por la reciente experiencia y con los oídos tapados de adrenalina, Pilu solo vio que su hermano se acercaba hacia ella como una tromba, pero no podía elucidar

qué era lo que le gritaba desde la lejanía.

—¡Te dije que era muy peligroso! —Chilló Sebastián enfurecido. Pilu lo miró con los ojos redondos como platos. Clavada como una estaca en el mismo lugar en el que la había depositado el Nahuelfilú. —¡Que eras muy chiquita para hacer un viaje así! —Seba llegó hasta donde estaba su hermana, pero en cuanto estuvo a unos pocos centímetros de ella pegó media vuelta y comenzó a caminar alejándose y gritando casi para sí mismo. —¡Me tendría que haber dado cuenta! —Sebastián caminaba incesantemente de un lado a otro, encerrado en su monólogo. Descargando la furia feroz de la impotencia sobre la blonda cabeza de su hermana. Entretanto, Pilu comenzó a sollozar en silencio. De pronto le iban llegando en oleadas el cúmulo de sensaciones de los últimos segundos de su vida. —¡Te tendría que haber obligado a quedarte en casa! —Vociferó Sebastián mientras volvía a darse vuelta para enfrentarse a la niña y enfatizar sus palabras. —¡Ahora sos MI responsabilidad! —Bramó el adolescente señalándose el pecho. Pilu comenzó a sacudirse espasmódicamente. Ya no había fuerza en el mundo que pudiera contener sus lágrimas. Se cubrió la cara con las manos y se agachó sin moverse del lugar. Lloró y lloró. Como si la vida le fuera en ello. Sebastián se quedó de una pieza al ver la reacción de su hermana. Aquellas convulsiones lo sacaron de su burbuja de rabia y lo lanzaron, de pronto, a un mundo lleno de otras personas con emociones tan complejas y profundas

como las suyas. Miró a Inara sorprendido, sin saber qué hacer.

—Es una nena. —Le dijo la adolescente con reprobación.

Sebastián se arrodilló frente a su hermana para abrazarla. Pilu se agarró de él como si fuera la única tabla de salvación en un naufragio. Hundió la cabeza en su cuello y dejó que las lágrimas le brotaran de los ojos libremente. Lloró rítmica y prolongadamente, no solo por el susto que se había llevado hacía unos momentos. También lloró por su mamá muerta. Por los años en que se sintió sola frente al mundo. Por la ausencia de su papá que se la pasaba trabajando. Por la pérdida de su hermano, que con la adolescencia había dejado de ser un compañero para convertirse en un extraño. Y también por Inara y el éxodo de su pueblo. Y por el Nahuelfilú herido y solo en un mundo que no era el suyo.

El llanto fue lentamente convirtiéndose en sollozos, y las sacudidas convulsivas en un leve temblor del cuerpo. La calma fue entrando lentamente en su espíritu. Y el mundo comenzó a parecerle de nuevo un lugar hermoso y lleno de magia. Sebastián la apartó un poco de sí para mirarla a los ojos.

—Perdoname, no me di cuenta. —Dijo secándole las lágrimas de la cara —Soy muy torpe, no sé cómo cuidarte. — Esta vez fue Pilu quien abrazó a Sebastián para consolarlo. — Ojalá papá estuviera acá. —se lamentó el adolescente.

Pilu repitió el mismo gesto que su hermano había hecho unos momentos antes; lo apartó de sí para poder mirarlo a los ojos.

—Te quiero. —Le dijo con voz de niña y tono de anciana sabia. Ambos hermanos se abrazaron sabiendo que no habría poder en el mundo que impidiera que se cuidaran el uno al otro.

Inara y el Nahuelfilú también sintieron la hermandad y la alegría en sus corazones.



Finalmente les chiques llegaron a una meseta entre las montañas. Lentamente se fueron acercando y deteniendo bajo la afilada sombra que producía la punta de una roca sobresaliente. Une a une se fueron sacando las pesadas y polvorientas mochilas, se sentaron en el suelo de tierra y

bebieron de una cantimplora que pasaron de mano en mano. Inara sacó de un bolsillo de su equipaje un poco de chocolate y almendras secas que también repartió entre los caminantes. Utilizando las pocas fuerzas que le quedaban, pero con ánimo de amar, Pilu se acercó al Nahuelfilú, quien por su enorme tamaño no entraba bajo la sombra que proyectaba la roca y le quedaba medio cuerpo desplegado a merced del sol, emitiendo destellos azules y negros cada vez que los rayos del astro tocaban alguna de las escamas en un ángulo particular. Pilu apoyó la cabeza sobre el pecho fornido del animal y lo acarició con ternura. De pronto una bala cayó a pocos centímetros de las patas traseras del Nahuelfilú, lo que hizo que inmediatamente todos se pusieran en alerta. De un solo salto y al mismo tiempo, los tres chiques se pusieron en pie y comenzaron a otear el paisaje en altura. En cambio el monstruo mitológico replegó hacia abajo las orejas y lanzó un rugido aterrador hacia la dirección de la cual había provenido el disparo. Los blancos colmillos brillaron feroces bajo el ardiente sol, y la lengua bífida asomó entre los negros y finos labios de animal salvaje. El rugido rebotó produciendo un eco terrorífico entre las montañas. Si Alex no hubiera participado de muchos safaris, si no se hubiese enfrentado cara a cara con leones de la sabana y elefantes colosales, aquel rugido lo habría hecho abandonar su plan en segundos. Pero él era un hombre hecho con otro temple. No sería la primera vez que un animal

montaraz le oponía resistencia y, sin embargo, lograba dominarlo. Ubicado en un punto de mayor altura que les chiques, y escondido detrás de la roca sobre la que apoyaba el rifle humeante, buscó con la mira a Sebastián.

—¡Sebastián! —Gritó al tiempo que se erguía para que les niños pudieran verlo. —¡Solo quiero que me entreguen a la criatura! ¡Si lo hacen nadie va a salir herido!

Inara, Sebastián y Pilu se miraron entre los tres, sabiendo en sus corazones que jamás entregarían al monstruo. El Nahuelfilú más alerta y conocedor de ese tipo de situaciones tomó a Pilu con la boca y de un solo movimiento se la cargó al lomo. En el mismo instante un disparo ardiente le atravesó la carne a la altura de la pata delantera, a pocos centímetros de la pierna de la niña. El gigante escamado rugió con la fuerza de mil leones y abriendo la boca tiró un rayo azul que le pegó de lleno en el pecho a Alex, lanzándolo varios metros hacia atrás, tirándolo en el piso. Sin perder tiempo, el Nahuelfilú tomó a Inara con la boca y se la puso en el lomo. Sebastián, a su vez, lo montó de un salto imposible, impulsado por la adrenalina que bombeaba por sus venas. El fiero animal comenzó una carrera enloquecida hacia la cima, sangrando profusamente por la herida abierta.

*

Como un destello azul, y a la velocidad del rayo, el Nahuelfilú llegó corriendo hasta la puerta de la *Salamanca* con

Pilu, Inara y Sebastián cargados en el lomo. Con las pocas fuerzas que le quedaban, esperó pacientemente que los niños lo desmontaran. Y una vez liberado del peso de tres humanidades, se hizo un ovillo en el piso y se quedó lo más quieto que pudo, respirando con dificultad y soportando estoicamente el dolor intenso que recibía su cuerpo ahora que la adrenalina lo estaba abandonando. Pilu, que podía sentir el padecimiento del monstruo casi como si fuera propio, se acurrucó a su lado abrazándolo por el cuello, y haciéndole caricias tiernas con sus pequeños deditos rosados.

Inara desmontó del Nahuelfilú con una sola idea molesta en la cabeza.

—¿De dónde te conoce Alexander Luxer? —Le preguntó a Sebastián con enojo, presintiendo una respuesta poco agradable.

—Mi papá es abogado... —Respondió el adolescente evitando mirarla.

—¿El abogado que contrató GK? —Sebastián la vio de reojo mordiéndose el labio. —¿El abogado que nos está sacando las tierras?!

Inara no podía creer lo que escuchaba. Traicionada por su amigo más cercano; por el que había creído un compañero de lucha. Comenzó a caminar nerviosamente por el lugar tratando de descargar de alguna forma toda esa impotencia y esa bronca que le embargaba el alma.

—¡No lo puedo creer! ¡¿Cómo fuiste capaz de ocultarme una cosa así?! —Sebastián miró el suelo y encogió los hombros. No tenía palabras, no tenía excusas. A Inara aquella actitud indolente la sacó aún más de sus casillas. Miró a Sebastián con el gesto más duro que nunca le hubiera prodigado a una persona. —Sos un traidor. Nunca te importó nada, ni el Nahuelfilú ni los *mapuche*, ni yo. ¡Nada!

—¡No es verdad! —Sebastián se acercó un paso a Inara, pero ella retrocedió inmediatamente. —No sabía como decírtelo. Estaba seguro que te ibas a enojar. ¡Como está pasando!

—¡No seas mentiroso! —Respondió Inara con los ojos ardiendo.

—¡Córtenla! —El grito de Pilu los dejó a ambos paralizadas en el medio de la batalla campal que estaban sosteniendo. Miraron a la niña abrazada al cuello del animal que respiraba con mucha dificultad. —¡Están tan ocupados peleándose que no se dan cuenta que el Nahuelfilú se está muriendo! —Pilu apoyó la cara sobre la piel escamosa y lloró desconsoladamente.

Una vez que logró controlar los espasmos del llanto, miró a los dos adolescentes con determinación.

—Ayúdenme a llevarlo adentro de la *Salamanca*.

Sebastián e Inara tragarón saliva, muertos de vergüenza por su estúpida actitud. Sin decir una palabra, pero con

disposición servicial, se pusieron uno a cada flanco del Nahuelfilú. El monstruo se irguió con dificultad y fue caminando a tientas. Apoyándose a cada paso, alternativamente, en uno y otra adolescentes. Así, lento pero sin pausa, entraron todos a la calidez y la seguridad del interior de la última *Salamanca*.

*

Cualquiera hubiera pasado por delante de aquella puerta sin darse cuenta de nada. No hubiera visto más que piedras, o quizás, si escondía dentro de sí algo de *machi*, una grieta antigua. Pero para el ojo entrenado las señales estaban claras. Y una vez dentro, la visión conmovía. La nave central era enorme, llena de columnas y escaleras a los costados que guiaban vaya a saberse a qué recónditos lugares. Todo el espacio exhalaba un hálito gélido y sin embargo no podía decirse que hiciese frío. Seguramente aquella aura extraña que se respiraba, tenía más que ver con el respeto y la reverencia que inspiran los lugares antiguos y sagrados. Al fondo del enorme espacio abierto podía verse una especie de altar enorme o escenario. Las pisadas de Pilu, Inara, Sebastián y el Nahuelfilú rebotaron en la piedra añosa. No alcanzaron a dar más de tres pasos cuando el monstruo cayó, con todo el peso de su enormidad, sobre el piso lustroso. El Nahuelfilú hizo un

esfuerzo por volverse a levantar, por ingresar un poco más en la enorme sala que le transmitía la seguridad de un hogar. Pero sus piernas flaquearon y cayó, por segunda vez, con un ruido que transmitía el desconsuelo de su derrota. Aceptando su destino se hizo un ovillo en el piso y se dispuso a esperar la muerte. En ese instante apareció un hombre *mapuche* de pelo cano y edad indefinida, que al ver al Nahuelfilú en el suelo se acercó rápidamente en su auxilio. Con la delicadeza de un padre amoroso tomó la cabeza del monstruo entre sus manos y la levantó unos centímetros del suelo, evitando incomodar al animal. Lo examinó con cuidado, identificando cada uno de los rasgos que le habían enseñado sus ancestros, pero que nunca había llegado a ver en persona. Aquella presencia era un milagro hecho realidad, y estaba muriéndose en sus brazos. El *machi*, guardián de la *Salamanca*, miró alternativamente a les niños *wincas* y a Inara. A ella la recordaba de haberla visto hacía muchos años, cuando era apenas una bebé chillona. Y a Sebastián y a Pilu de un sueño reciente, que en su momento no había interpretado como premonitorio.

—¿Cómo es posible...? —Preguntó turbado.

—Eso no importa. ¿Se puede hacer algo? —Dijo Pilu con una voz tan madura y sabía que desentonaba con su aspecto infantil. La niña se acercó unos pasos hacia el *machi* y le apoyó la mano en el hombro. Inmediatamente sintió la energía que fluía de ella. Cálida y antigua, llena de amor y

esperanza. El *machi* examinó la herida del Nahuelphilú con detenimiento. De ella brotaba una sangre azul y espesa con un olor dulzón a jazmines. Era profunda y mortal.

—No. —Dijo bajando la cabeza para no ver la decepción en los ojos de aquella niña antigua. —No va a sobrevivir.

Pilu se abrazó a su hermano mayor y volvió a ser una pajarito frágil entre sus brazos. Sollozó tristemente. A Inara, en cambio, le subió un fuego por la espalda.

—¡No puede ser! ¡Algo se tiene que poder hacer! —El fuego se le pasó a los ojos y las lágrimas ardientes le quemaron las mejillas. Solo se dio cuenta de que estaba llorando cuando se tocó la cara y descubrió la humedad que le mojaba los dedos.

—Solo hay una forma. —Dijo el *machi* mirándola a los ojos. En el silencio expectante solo se sintió la respiración pesada del Nahuelphilú. Inara sonrió triunfal. Pilu y Sebastián miraron sorprendidos al hombre esperando que volviera a hablar. —Hay que cambiar una vida por otra. Pero es un ritual que solo puede hacerse con el consentimiento de ambas partes.

Inara miró a todes por turno, al *machi*, al Nahuelphilú, a Pilu y finalmente a Sebastián. Sabía lo que iba a hacer. Sabía cuál era su destino. Pero eso no lo hacía más fácil de decir.

—Yo me ofrezco. —Dijo en voz baja luego de tragar saliva. Carraspeó para que el miedo se le fuera de la garganta.

Y repitió, ahora sí, con voz decidida. —Hagamos el ritual. Yo ofrezco mi vida a cambio de la del Nahuelfilú.

Sebastián se acercó rápidamente a la adolescente *mapuche* y la tomó por los hombros.

—No podés. No te ofrezcas. —Dijo casi con desesperación. Inara lo miró a los ojos con dulzura y le acarició la cara con suavidad.

—Pilu tenía razón ahí afuera. Hay que dejar de lado los egoísmos. —Sebastián negó con la cabeza y sus manos se deslizaron de los hombros de la adolescente cayendo con resignación. Esta vez fue Inara quien imitó el gesto y tomó por los hombros al joven, obligándolo a mirarla a los ojos. —Esto nos trasciende. Se trata de que la cultura y la mitología *mapuche* perduren. No podemos dejar que se pierda. —Dijo mientras los ojos se le llenaron de lágrimas. —El precio de una insignificante vida es poco para salvar una cultura de miles de años.

Sebastián la abrazó dulcemente, y ambes lloraron a la par. De pronto el ruido de un disparo retumbó en el exterior. Y todes miraron hacia la puerta de la *Salamanca* automáticamente.

—¡Entreguen a la criatura y no va a pasarles nada! —Se oyó la voz de Alex desde el exterior, amortiguada por la piedra.

Esta vez fue Sebastián quien miró a todes alternativamente: a Inara, a Pilu, al Nahuelfilú y finalmente al

machi. Y también comprendió cuál era su destino.

—Yo voy a detener a Alex. Ustedes hagan lo que tengan que hacer.

Inara dio un paso hacia adelante en dirección a Sebastián, pero pronto se detuvo. Comprendió que cada uno tenía un rol en aquella historia. Y que si nadie detenía al desquiciado extranjero sediento de poder, era probable que nunca llegaran a finalizar el ritual. Miró por última vez la nuca negra del adolescente mientras se dirigía a la puerta de la *Salamanca*; y recordó el olor a pasto recién cortado y arena de río que desprendía su cabello cuando lo acaricia al abrazarlo. Se dio vuelta con decisión, dejando atrás sus dudas y sus miedos. Miró al *machi* y asintió en silencio.

El *machi* sacó una *wada* de su *wallca*. La agitó con un golpeteo rítmico y comenzó a cantar una canción antigua en idioma *mapudungun*. De pronto una tenue luz azul emergió de la *wada* y fue haciéndose cada vez más potente y brillante. Hasta que se convirtió en un rayo que se extendió como una alfombra y se metió debajo del Nahuelfilú. Aquella nube azul, que parecía tan etérea, levantó al monstruo como si fuera liviano como una pluma. Y lo trasladó, suave y acompasadamente, hacia el escenario que se extendía al fondo de la nave principal. Inara, Pilu y el *machi* caminaron detrás de la bruma azul que había salido de la *wada* y parecía emitir música por sí misma. Lentamente el Nahuelfilú fue depositado

sobre el piso. Y en el instante en que el *machi* dejó de cantar la nube se evaporó, como si nunca hubiera existido. Entonces el *machi* sacó un *cultrúm*; se acomodó en el suelo entrelazando las piernas y comenzó a balancearse rítmicamente, golpeando el parche del tambor y cantando en su idioma natal. Sebastián, que se había detenido para mirar toda la magia de esa escena, se dio vuelta decidido, y salió por la puerta de la *Salamanca* para enfrentar su destino.

*

Salió por la puerta de la *Salamanca* con el corazón retumbándole en la garganta. No sabía que iba a hacer. Ni cómo. Solo sabía que tenía que parar a Alex de alguna manera. Provenientes del interior se escuchaba el acompasado palpitar del *cultrúm* y el canto ritual del *machi* amortiguados por la piedra. Seba tenía conciencia de que allí dentro se estaba llevando adelante un acto heroico, y él asumía su pequeño papel para garantizar que todo aquello funcionara. Y también tenía mucho, pero mucho miedo.

Alex vio al adolescente salir de entre las piedras. Calibró su mira telescópica y le apuntó a las pies. Era un cazador, no un asesino. Pero tampoco dejaría que este trofeo se le escapara tan fácil.

—¡Quédate quieto y levanta las manos!

Seba miró hacia el lugar del cual provenía la voz, pero el sol lo encandilaba y solo llegaba a ver piedras. Levantó lentamente los brazos, tal como hacen en las películas.

—¡Entrégame al monstruo! —Se oyó a la voz de Alex gritar desde algún lugar entre las rocas.

—¡Nunca! —Dijo Sebastián e instintivamente saltó hacia un lado. Un segundo después, una bala levantaba el polvo clavándose en el lugar en que unos instantes antes había estado el pie derecho del adolescente. Corrió como nunca antes había corrido, con el corazón retumbándole en la garganta, en los oídos. Todo él era un corazón que latía. Hasta que llegó por fin al cobijo de unas piedras. Trató de calmarse y respirar con tranquilidad para poder pensar. Lentamente se irguió por encima de la roca que lo protegía, tratando de mirar pero dejando al descubierto una fracción mínima de su cuerpo. A su alrededor no había nada. Solo piedras, polvo y arbustos. Ni señales de Alex o cualquier otro ser vivo. Aquello parecía un páramo.

Lentamente Alex se acercó por las espaldas del adolescente sin hacer ruido. Apenas dejando una huella efímera en la arena, que en menos de media hora sería borrada por el soplo del viento. Vio a Sebastián agacharse nuevamente, tras espiar por encima de la piedra que lo ocultaba. Era un chico inteligente, pero no contaba con sus años de cazador y sus conocimientos sobre el asedio de una presa. Cada vez

estaba más cerca, así que se llevó la mira a los ojos y le apuntó al joven en la nuca. Era posible que a último momento el chico lo presintiera y se diera vuelta. Y quería estar preparado por si eso pasaba. Solo una vez se le había escapado una presa en circunstancias parecidas a aquella. Un cachorro de león que jugaba distraído dando saltos y tratando de atrapar el viento. En un instante se tensó y se quedó quieto. Sus instintos, mucho más rápidos que Alex, le hicieron dar un salto y esconderse tras un tronco para escapar corriendo, mientras él apenas estaba a medio camino de llevarse la mira a los ojos. No permitiría que eso le volviera a pasar. Así como no permitió que aquel cachorro de león se le volviera a escapar. Ahora él y su madre decoraban una de las paredes de su oficina en su tierra de origen. Dos hermosos y valientes animales.

A través de la mira telescópica vio cómo Sebastián estiraba la mano para alcanzar una piedra que estaba a su lado. Efectivamente era un chico inteligente, sabía que tenía que defenderse de algún modo. Pero las piedras nunca le habían ganado a las balas, y ahí estaba cualquier libro de historia para corroborarlo. Cuando ya estaba apenas a dos pasos de distancia Sebastián comenzó a erguirse para volver a espiar por encima de la piedra. Alex dio vuelta la escopeta y con un movimiento seco y certero, golpeó al adolescente en la nuca con la culata y lo desmayó instantáneamente. El joven quedó tirado en el piso, respirando serenamente, como si estuviera dormido. Alex

saboreó el triunfo y se dirigió hacia la puerta de a *Salamanca*, la que el joven le había revelado al salir por ella.

*

Alex entró sigilosamente en la *Salamanca*, dispuesto a todo. Pero nunca esperó encontrarse con aquello. Trató de mantener la boca cerrada, ya que permanentemente se le abría por el asombro, y caminó, sin hacer ruido, hasta detrás de una columna. Apostado en su escondite, evaluó con detenimiento la escena. El *machi* estaba sentado sobre el escenario de piedra. Entre sus piernas tenía un *cultrún* que goleaba rítmicamente mientras cantaba en *mapudungun*. El balanceo cadencioso y la mirada ausente revelaban que estaba en una especie de trance. Inara y el Nahuelphilú flotaban, envueltos en una nube azul, componiendo una danza aérea que sincronizaba perfectamente con el canto del *machi*. Ambos cuerpos estaban flácidos y era evidente que ninguno estaba consciente de lo que sucedía. La nube por la que estaban rodeados era eléctrica, ya que cada algunos segundos un pequeño rayito azul aparecía, por aquí o por allá, y se esfumaba, en cuestión de un instante. A un costado y casi imperceptible, debido a la magnificencia del espectáculo que captaba toda la atención, estaba Pilu. Quien miraba la escena angustiada y expectante. De pronto un rayo azul salió del cuerpo de Inara sin hacer el más mínimo ruido. Y

con el mismo silencio, se metió en el del Nahuelphilú, quien pareció recobrar un poco de conciencia, ya que sus párpados se entreabrieron por unos segundos en el momento en que el rayo le atravesó la piel. Alex no sabía qué sentir con lo que le producían aquellas imágenes, e hizo lo que estaba acostumbrado, lo que sabía hacer, y se llevó la mira a los ojos. Como en otras oportunidades, tomó el miedo que le producía lo que veía, sin identificar bien el sentimiento, y lo transformó en concentración, en instinto de cazador y ansia de poder. Detrás de la mira se sentía protegido, pero no sabía bien a quién, o qué, tenía que dirigir sus municiones, y apuntó alternativamente a Inara, El Nahuelphilú y al *machi*, mientras decidía a dónde disparar.

*

Jorge y Tahie caminaron lentamente por la ladera de la montaña. Ambos estaban cansados y cubiertos de polvo. Al subir los últimos metros Jorge pareció recobrar la energía, ya que había percibido, detrás de una roca, unos pies que sobresalían de la mima. Se acercó corriendo y encontró a Sebastián tirado en el suelo, inconsciente. Tahie se acercó apresuradamente y vio cómo Jorge tomaba entre sus brazos a su hijo con una delicadeza y una ternura guiadas por su energía paternal. Mirándolo a la cara y temiendo que nunca

volviera a despertarse, aunque su razón le dijera una y otra vez que eso era altamente improbable, palmeó suavemente la cara del adolescente para intentar espabilarlo. Sebastián abrió los ojos como en un sueño, estaba desorientado respecto de dónde estaba o qué hacía allí, pero al ver la cara de su padre le entró una alegría tan inmensa que aquellas preguntas ya no necesitaron respuestas. Ambos se abrazaron como si hubieran pasado una eternidad alejados el uno del otro. El calor que compartieron volvió a unirlos como padre e hijo y comprendieron que ese era un lazo inquebrantable. Por muy distintas que fueran sus ideas o diferentes que parecieran sus personalidades, nunca dejarían de amarse. Jorge rompió suavemente el abrazo para poder mirar a la cara a su hijo y asegurarse que fuera real, también echó una rápida ojeada al resto de su cuerpo, verificando que no estuviera herido o lastimado. En ese momento Sebastián pudo percibir mejor el contexto que lo rodeaba, y se encontró con los ojos de Tahie, llenos de preocupación.

—¿Dónde está Inara?

—Está adentro... Pero... —Contestó Sebastián tratando de esquivar la mirada, hubiera querido no tener que terminar esa frase. Y de hecho no tuvo que hacerlo porque Tahie, más rápido que si tuviera alas en los pies, ya había desaparecido tragado por la boca de la *Salamanca*.

Jorge le ayudó a Sebastián a ponerse en pie ofreciendo

su hombro y su brazo para apoyarse. El adolescente se levantó lentamente, algo mareado aún por el golpe recibido.

—¿Y Pilu? —Preguntó Jorge sin poder disimular el leve temblor de miedo que detentaba su voz.

—También está adentro. —Dijo Sebastián sin dar más explicaciones. Sabía que su papá se llevaría una sorpresa enorme al entrar por la puerta, pero consideró que era mejor que viera con sus propios ojos lo que estaba sucediendo, en lugar de explicarle lo que había pasado con palabras que no estaba seguro de poder encontrar.

Una vez que se sacudieron el polvo, padre e hijo se dirigieron silenciosamente hacia el interior de la *Salamanca*.

*

Al entrar por la puerta, sus ojos tardaron uno segundos en acomodarse a la oscuridad del interior. Lo primero que vieron fue a Tahie como petrificado en mitad del espacio abierto, con los ojos clavados en las alturas de la caverna. Jorge siguió la dirección de su mirada con curiosidad y al ver lo que sucedía no pudo evitar quedarse de una pieza. Tomó, él mismo, el aspecto desencajado y absorto que unos segundos antes le había parecido tan extraño en el joven *longko*.

En el medio de un escenario de piedra el *machi* tocaba el *cultrún* al ritmo de un antiquísima canción cantada en

mapudungun, esa lengua disonante que se sentía tan extraña al oído latinizado. Pero lo más extraño de todo era la enorme nube azul que se desplegaba en la parte superior de la caverna y en la que flotaban Inara y el Nahuelfilú como si fueran tan livianos como una pluma. Ambes giraban en el aire al compás de canto ancestral. De pronto un rayo eléctrico de color azul salió del pecho del Nahuelfilú y se metió en el de Inara, que al recibirlo se quejó débilmente.

Sebastián barrió con la mirada el espacio y se quedó un poco más tranquilo al ver a Pilu a un costado del escenario, siguiendo con atención el proceso mágico que estaban sufriendo sus amigos. Sin embargo, al correr la mirada un poco más allá distinguió, detrás de una columna, la figura de Alex, que apuntaba alternativamente con la boca de su carabina a los tres protagonistas del encantamiento. En ese momento sintió el peso de la roca en su mano. La miró con extrañamiento, recordaba haberla tomado en el exterior para defenderse del extranjero, pero no se había percatado en todo ese tiempo de que todavía la llevaba en la mano. Recién ahora su peso, su textura y su volumen se le hacían presentes de repente, con una existencia propia que le era difícil de ignorar. Sin pensarlo dos veces arrojó la piedra con toda la fuerza de la que era capaz, apuntando directamente a la cabeza del anglosajón.

El golpe lo sorprendió. Estaba tan absorto en las imágenes que llenaban su retina que nunca esperó que una

piedra cayera del cielo, sobre su cabeza. Instintivamente flexionó el dedo que tenía apoyado sobre el gatillo y sintió cómo el recule del disparo le pegó en el hombro con una fuerza que, a él, le resultaba familiar.

La bala que salió disparada realizó un recorrido oblicuo que fue a terminar justo en la caja torácica del *machi*. El viejo *mapuche* ni siquiera la escuchó llegar. Simplemente fue como la picadura de un alacrán gigante que se le clavó en el pecho y tomó su vida en un suspiro. Instantáneamente se paró el repique del *cultrún*, se suspendió el canto y el cuerpo del *machi* cayó al suelo, blando como un muñeco de trapo. Al mismo tiempo la nube eléctrica azul dejó de existir, no quedó de ella ningún rastro, como si nunca hubiera estado allí. Inara y el Nahuelphilú cayeron con fuerza sobre el piso de piedra. El ruido atronador del disparo tapó el sonido seco que hicieron los cuerpos al tocar el suelo.

Pilu no entendió inmediatamente qué era lo que había sucedido. El ruido del disparo le dejó los oídos zumbando y la cabeza llena de confusión. En cuanto vio que la nube azul había desaparecido de pronto, se dio cuenta que algo estaba saliendo muy mal. Desvió la mirada e inmediatamente sus ojos se toparon con el cuerpo blando y sin vida del *machi*. Le creció una furia enloquecida como nunca antes había sentido en su vida. Cegada de odio y de dolor empezó a buscar con la mirada el origen de aquel disparo asesino. Se encontró con la cara

desencajada de Alex, que aún tenía entre sus manos la escopeta humeante. Él era quién había acabado con el *machi* guardián de la última *Salamanca*. El que había destruido para siempre la belleza mitológica y mágica de un ser irrepetible como el Nahuefilú. El que había dejado agonizante en el suelo a una Inara que difícilmente podría volver a levantarse. aquel no era un hombre sino un monstruo. Un grito primitivo le nació en el estómago y le salió por la boca. De pronto se dio cuenta que estaba corriendo con toda sus fuerzas, con todo su odio y con todo su dolor en dirección al hombre que había acabado con sus ilusiones.

El Nahuefilú levantó la cabeza con dificultad. Parpadeó un par de veces hasta acostumbrarse a la luz tenue, a la penumbra clara de la caverna. El grito visceral de Pilu llenó todo el espacio de pronto. La vio correr enloquecida y siguió su dirección con la mirada. Como un animal salvaje, la niña saltó sobre las espaldas de Alex, quien inmediatamente se puso a corcovear tratando de sacársela de encima. Pilu arañaba, golpeaba y gritaba. Y con un movimiento seco Alex logró que cayera al suelo.

El anglosajón repentinamente sintió sobre su espalda 20 kilos de furia. Dos pequeñas manitos comenzaron a clavarse en todo su cuerpo como garras filosas. Sintió el ardor de la cara arañada y enrojecida. Los golpes, aunque no eran fuertes eran punzantes, y aparecían y desaparecían con una velocidad tan

asombrosa que se sentían como mil puños ensañados con su cuerpo al mismo tiempo. De un golpe logró sacarse aquella alimaña de encima y darse vuelta para mirar a la cara a su atacante. Pilu no parecía un ser humano, estaba despeinada y los rulos rubios se le pegaban al rostro con el sudor del esfuerzo. Tenía los ojos enrojecidos y lágrimas de furia le atravesaban la cara dibujando líneas perpendiculares que arrastraban tras de sí el polvo blanco del camino de montaña que le había pintado el rostro infantil. Vio en sus ojos verdes llenos de ira la inquebrantable voluntad de hacerle daño, de matarlo si era posible. Sintió el temor apoderándose de cada rincón de su cuerpo, tensándole los músculos, preparándolo para la acción. Con sus sentidos aguzados percibió los pequeños movimientos que le indicaron que en un momento más aquella niña enfurecida, ese animal rabioso, iba a volver a atacarlo. Sin siquiera pensarlo alzó la escopeta y le disparó en el pecho.

El tiempo pareció ralentizarse. La espalda de Pilu tardó una eternidad en caer sobre el piso de piedra. El agujón de la bala que le atravesó el pulmón se sintió como una aguja de oro perforándole el corazón. Sintió el piso frío y duro rectificándole la columna, y se llevó la mano al agujero por el cual se le estaba yendo la vida. Debajo de su mano comenzó a crecer una mancha roja que le fue tiñendo todo el pecho. Cada centímetro que ganaba era un aliento vital que se perdía.

Un rugido atronador llenó todo el ámbito de la *Salamanca*. Era el grito de una madre a la que le habían matado su cría. Un grito que transmitía furia, frustración y sed de venganza. Alex miró aterrorizado al Nahuelfilú y se encontró con la ira dorada de sus ojos. De entre los colmillos afilados de la boca del animal, salió un rayo azul largo y móvil como un brazo. El rayo se envolvió en la escopeta y Alex sintió como se la arrebatava de entre las manos. La dejó ir, paralizado de temor. La luz se estrechó sobre el caño asesino, y lo retorció como si fuera tan blanda como un alambre de cobre. El anglosajón logró dar unos pasos hacia atrás, pero la visión estremecedora lo tenía hipnotizado y el terror le entumecía el cuerpo. El rayo soltó la escopeta, que cayó sobre el suelo convertida en un pedazo de metal retorcido. Se dirigió hacia él y lo envolvió como una vividora. No importó cuanto esfuerzo hiciera por tratar de liberarse, aquel rayo era una pinza de hierro que lo oprimía y le dificultaba respirar. Lentamente la luz se fue acortando, arrastrándolo irremediabilmente hacia las fauces enfurecidas del Nahuelfilú. El grito del animal se agudizó y se volvió mas intenso con cada centímetro que le acercaba a su presa. También Alex comenzó a gritar comprendiendo su destino de alimento. Cuando estuvo a una distancia próxima, el enorme animal desencajó la mandíbula y se metió lentamente al hombre en la boca. Los gritos se amortiguaron al no poder atravesar la gruesa piel escamosa. En

un primer momento los movimientos de Alex eran espasmódicos y violentos, pero pronto se fueron aquietando, hasta que finalmente ya no pudo oponer resistencia. El Nahuelfilú fue tragando lentamente, devorando a su presa con la parsimoniosa lentitud de una serpiente. Finalmente el animal tragó por última vez, y los pies de Alex desaparecieron en la garganta del Nahuelfilú con zapatos y todo.

Los ojos dorados del Nahuelfilú miraron a Pilu, tendida en el suelo, con cariño. A su lado estaban Jorge y Sebastián, que observaban el cuerpo inerte sin poder creer lo que había sucedido. Con mucha dificultad y temblando hasta la última escama negra, el monstruo enorme logró ponerse en pie. Incluso llegó a dar un paso titubeante, pero inmediatamente volvió a caer en el suelo, con un ruido seco que inundó todo el salón. Resignado a su abatimiento, abrió lentamente la boca y dejó que la luz azul volviera a salir de él. El rayo eléctrico se acercó a Pilu, y se metió debajo de ella como una alfombra. Cuando Jorge notó que el cuerpo de su hija se empezaba a mover intentó seguirlo, pero Sebastián lo tomó suavemente del brazo y le hizo una negación con la cabeza. Pilu flotaba lentamente en dirección al Nahuelfilú. Su piel reflejaba los tonos azulados que irradiaba de su extraña carroza fúnebre. La palidez de la muerte le había devuelto los rasgos infantiles y la cabellera rubia parecía una corona dorada que adornara su cabeza. Se veía como una princesa dormida que flotaba en una

alfombra mágica. Una princesa guerrera, aguerrida y valiente.

Inara se despertó y sintió el frío de la piedra presionándole la espalda. En un primer momento no supo cuánto de lo que recordaba había sido verdad o un sueño. Pero todo se le volvió sumamente real cuando vio, a unos metros de sí, el cuerpo del *machi* tirado en el suelo. Gateando se acercó hasta el hombre, y a pesar de ser plenamente consciente de la enorme macha carmín que se dibujaba en su pecho, lo agarró de la muñeca y le tomó el pulso, tal como le habían enseñado a hacer en el colegio. Mientras trataba, con todas sus fuerzas, de sentir la más mínima palpitación en sus dedos índice y mayor, descubrió los ojos de Sebastián que la miraban con ansiedad. No pudo engañarse más y le hizo un gesto de negación con la cabeza. Sebastián miró al piso compungido. Inara se levantó con dificultad, tambaleándose, y en cuanto logró ponerse en pie vio que su padre se le acercaba lentamente, apretado contra la pared como si una fuerza sobrenatural lo obligara a estar pegado a ella. Sin embargo apenas sus miradas se cruzaron Tahie abandonó todas las precauciones y la distancia que había puesto entre sí y el monstruo gigante que estaba al otro lado de la nave principal de la *Salamanca*. Corrió al encuentro con su hija y la abrazó tan fuerte que a Inara se le hizo difícil respirar. Sin embargo a ninguna de las dos les importaron los dolores y los traumas sufridos hasta el momento. Estaban juntas y se amaban. Ya no volverían a separarse nunca.

La luz azul dejó a Pilu sobre el piso con delicadeza maternal. El Nahuefilú la olió para reconocerla, y luego la empujó suavemente con la nariz. Como hacen las perras parturientas con los cachorros a quienes les acaban de lamer la bolsa que les recubre al nacer. Al contrario de los cachorros, que suelen empezar a otear el aire en busca de una teta que les calme el hambre y el cansancio, Pilu permaneció inmóvil. El Nahuefilú levantó la cabeza y de su garganta salió un aullido lastimero que atravesaba el alma como una puñalada de dolor. Una sola lágrima negra le salió del lagrimal y le recorrió la cara escamada. Casi al mismo tiempo en que la gota cayó sobre el piso de piedra, del Nahuefilú comenzó a brotar un destello azul y mágico. De su garganta salió un canto animal, como un trino primitivo con ritmo suave y triste. El destello se fue convirtiendo lentamente en una nube azul que, pronto, cubrió el cuerpo de Pilu íntegramente. Así como apareció, la bruma mágica se fue diluyendo en el aire. Mezclando sus partículas encantadas con el hidrógeno y el oxígeno terrenales. Los dedos de la mano derecha de Pilu se movieron suavemente. El movimiento sucedió tan de pronto y fue tan leve, que se podría haber pensado que aquello no era real, que había sido solo un espejismo provocado por el deseo intenso de que la niña reviviera. Sin embargo, una vez que abrió los ojos y se incorporó somnolienta, ya no quedaron dudas de que Pilu había recobrado la conciencia. Refregándose los ojos con mano

infantil, la niña miró al Nahuelfilú llena de ternura. Se levantó lentamente y se acercó a él para darle una última caricia detrás de la oreja. El Nahuelfilú ronroneó y refregó la cabeza contra la mano de la niña en señal de amor, agradecimiento y despedida. Cerró los ojos y murió apaciblemente, como una anciana que al fin de sus incontables días se retirara a dormir y ya no volviera a levantarse. Pilu se abrazó al cuello escamosos llorando, y sintió como por él ya no pasaba la vida. Se alejó lentamente y miró alrededor para identificar dónde se encontraba. Parados como dos estatuas de cera, Sebastián y Jorge la miraban incrédulos a unos metros de distancia. Corrió hacia ellos y los abrazó tan fuerte como se lo permitieron sus pequeños brazos.

Jorge y Tahie movieron entre los dos la pesada piedra redonda y la apoyaron con delicadeza en la cima del mojón que marcaba la tumba reciente. Pilu se acercó y acarició con delicadeza el montículo de rocas recién colocadas. Al hacerlo un destello azul se desprendió de su mano. Tomada por sorpresa se miró la palma con extrañamiento. Moviéndose rápidamente los pequeños dedos infantiles, y de ellos salió un rayito azul que rápidamente se perdió en la inmensidad del cielo. Se dio vuelta y miró, divertida, a Inara, que estaba

parada junto a Sebastián con solemnidad.

—Al morir el Nahuelfilú te pasó sus poderes. —Explicó, entretenida, ante el asombro de la niña.

Pilu se miró la mano sonriendo. No sabía bien qué quería decir todo aquello, pero estaba contenta por tener algo que había pertenecido en algún momento al Nahuelfilú. Algo que le recordara su aventura mágica permanentemente, algo que le dijera que todo aquello había sido verdad. Inara se le acercó lentamente.

—Ahora vos llevas al Nahuelfilú y la cultura *mapuche* adentro tuyo.

Ambas se sonrieron mutuamente, reconociéndose en la hermandad de la sangre. Tahie se acercó a Pilu y le apoyó la mano en el hombro. La niña lo miró con ojos tiernos.

—Vas a tener que ser muy cuidadosa con tu nuevo poder. Hay mucha gente ambiciosa dispuesta a hacer cualquier cosa por conseguirlo.

Pilu consideró la seriedad del problema, y asintió con formalidad. Tahie las rodeó y se puso detrás de Inara, apoyándole las manos sobre los hombros.

—Quizás podrías quedarte con nosotros en la Salamanca... —dijo la adolescente en un raptó de ansiedad. E inmediatamente se chocó con los ojos incrédulos de Sebastián. Se dio cuenta que aquella era la primera vez que mencionaba frente a les Martelli los planes inmediatos que había hecho con

su padre. —Es la última *Salamanca* que existe en el mundo, alguien tiene que quedarse a cuidarla. —Trató de explicarse, sonriendo con tristeza.

Sebastián llevó los ojos al suelo para evitar que se le notara la desilusión que acababa de partirle el alma. Inara se arrodilló frente a Pilu para poder mirarla directamente a los ojos.

—Acá podrías aprender a usar tus poderes y conocer la cultura *mapuche*. Jugar todo el día con criaturas parecidas a vos, los *Pillanes*. Y, por sobre todo, nunca tendrías que preocuparte de que algo malo pueda pasarte.

Jorge puso la mano sobre el hombro de su hija. Al notar la aparición de los dedos largos y masculinos, Inara se levantó.

—Por eso no te preocupes. Yo voy a ocuparme de que nunca le pase nada malo a Pilu. —le dijo sonriendo a Inara. Sebastián se acercó y se abrazó a la cintura de su padre. Él le respondió cruzándole el brazo por los hombros. —De que nunca les pase nada malo a ninguno de los dos.

Inara pensó que aquella era la imagen de una familia feliz, de una familia que finalmente había logrado encontrarse y que a pesar de sus diferencias estaba dispuesta a hacerle frente a cualquier cosa que se interpusiera en su camino, y también de salir airoso del intríngulis.

—La oferta sigue en pie. Para cualquier momento en que quieras volver. —le dijo la adolescente a Pilu.

—Gracias. Voy a tenerlo en cuenta. Pero todavía me quedan muchas cosas por saber del mundo, y esta es mi oportunidad para dejar de mirar películas y vivir en una. — Contestó la niña con un aire tan solemne que a Inara se le llenó el corazón de ternura, y no pudo refrenar el impulso de frotarle cariñosamente la cabeza.

Jorge se cargó al hombro la pequeña mochila rosa de Pilu y caminó unos pasos en dirección al camino que volvía al pueblo. Pilu se abrazó a Inara con cariño y le dio un beso en el cachete a Tahie para despedirse. Corrió unos metros y llegó junto a su padre, dispuesta a iniciar la aventura del regreso. Mientras tanto Sebastián se cargó la pesada mochila de viaje. Sin embargo eran otras cosas las que más le pesaban a la espalda. Se acercó a Inara y la miró de frente. La tomó por ambas manos y se acercó lentamente a su rostro, hasta darle un suave beso en los labios. Cuando se alejó se encontró con sus profundos ojos avellana.

—Voy a volver. —Le soltó como una promesa inquebrantable. Inara no pudo hacer más que sonreír, todavía envuelta en la turbadora magia de haber dado el primer beso de toda su vida.

Jorge, Pilu y Sebastián descendieron por el camino pedregoso que los había llevado a vivir la experiencia mas extraña de la que jamás habían sido protagonistas. Tahie le pasó el brazo por los hombros a su hija y ambos se quedaron

Nahuelfilú. Una aventura en el lago.

mirando como les Martellis se alejaban hacia los nuevos destinos que les tocaría vivir. Mientras tanto el sol se asomaba por la cordillera y amanecía a un nuevo día de aventuras.
FIN.

Glosario³:

- Chachai: Forma cariñosa de llamar al padre en Mapudungun.
- Cultrúm: Tambor ritual mapuche.
- Huinca: persona occidental.
- Küllenleufü: Río que hay que cruzar para llegar al Ng'llcheñmaiwe, donde moran las animas de les muertes. Esto se consigue dándole un pase o llangkas al barquero Trempulkawe.
- Longko: Cacique, jefe político.
- Machi: Chamán mapuche. Se trata de un sustantivo epiceno, es decir que denota indistintamente a personas de género masculino o femenino.
- Mapudungun: Idioma mapuche. Al ser una lengua ágrafa los términos pueden encontrarse escritos de diferentes formas a partir de la interpretación fonética.
- Pillan: es un tipo de espíritu divino que representa a los grandes guerreros muertos y a los antepasados mapuche.
- Trempulkawe: Antepasade que conduce, o guía, las almas de les difuntos hacia el Ng'llcheñmaiwe, o mundo inferior.
- Wada: sonaja o maraca chamánica.
- Wallka: Bolsa o saco en la que los Machi suelen llevar sus objetos de poder. Puede ser interpretado como una antigua traducción al mapudungun dela voz kechwa “wallki”, que

3 Referencia: Aukanaw (2013): “La Ciencia Secreta de los Mapuche”. Auka Mapu Centro de Estudios "Maestro Aukanaw."

designa un objeto de idénticas características. También llamado, en ese mismo idioma, “chuspa”.

-Wirünlil: Objeto de poder mapuche que es utilizado por los machi para llevar adelante sus rituales. En su aspecto ordinario suele verse como una piedra. En su aspecto no ordinario puede tomar la forma de un animal o un insecto.

**la historia relatada por Inara: “El río de las lágrimas y su balsa” fue recopilada por Bertha Koessler en 1954 y publicada en el libro “Cuentan los mapuche” de Cesar Fernández (1995). Buenos Aires, Ediciones Nuevo Siglo S.A.